



PURO ACERO

ALISSA BRONTË

OPERACIÓN KHAOS III

zafiro[♥]

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando Vanesa encuentra el cadáver de su padre en la biblioteca de su casa y una nota que él mismo le escribió para advertirle del peligro que corría, huye despavorida a Málaga siguiendo sus instrucciones. Sin embargo, en lugar de buscar a Acero, acaba perdiéndose en el musculoso cuerpo de un enigmático hombre que vive en su mismo edificio.

En cuanto Carlos Acero, capitán de la guardia civil, recibe la noticia de que la persona que fue un padre para él ha muerto, se desplaza a Sevilla en busca de Vanesa. Pero la joven ha desaparecido sin dejar huella y Acero se verá acechado por antiguos demonios.

¿Conseguirá el capitán resolver el caso? ¿Lograrán ambos esclarecer todos los misterios que los rodean? ¿Conseguirán salir de ese enredado laberinto o, por el contrario, acabarán más perdidos que antes?

PURO ACERO

Alissa Brontë

A todos aquellos que, bajo la suave piel, ocultan una armadura de puro acero

PRÓLOGO

Los gritos llenaron la casa, hasta ese momento en calma. Ruido de cacerolas, platos y chillidos inundaron la atmósfera, privándola de oxígeno.

Algo horrible había sucedido, pero, por más que corrió a la cocina, el foco del estruendo, comprobó que ya era demasiado tarde. Las manos le temblaban mientras trataba de marcar el número de emergencias; no sabía cómo actuar... ¿qué demonios se hacía en esos casos?

Sólo era capaz de llorar mientras miraba, impotente, a su chiquilla tirada en el suelo, con la olla volcada a un lado y su pequeño cuerpo estremeciéndose entre sacudidas por el dolor que las quemaduras ocasionadas le provocaban.

Sus quejidos taladraban su piel, su carne y su alma, adentrándose con fuerza en su interior, y supo con certeza que nunca iba a poder deshacerse de ellos, ni de la culpa.

Trataba de activarse, de hacer que sus manos y sus pies se movieran del sitio, en vano. Tan sólo fue capaz de abrir la boca y gritar pidiendo auxilio.

Al poco, pudo oír a los vecinos, quienes le preguntaban, vociferando desde detrás de la puerta que daba al pasillo, si todo iba bien, y, aunque quería abrir, no podía. Sus piernas parecían soldadas al pavimento por el efecto de la misma agua hirviendo que había caído sobre su hija. Oyó unos golpes secos en la puerta y el crujido que provocaron los goznes al ceder. Uno de sus vecinos entró y, al ver la situación, marcó por ella el número de emergencias para solicitar una ambulancia.

Toda la escena era dantesca y ni siquiera, después de que el hombre que había entrado la sacudiera para preguntarle qué había pasado, fue capaz de explicarse con coherencia o de moverse. Su pequeña seguía en el suelo,

quejándose, y ella, su madre, no podía ni acercarse para ayudarla o tranquilizarla.

La ambulancia llegó en lo que le pareció una eternidad y, durante todo ese tiempo, fue incapaz de hacer nada; ni tan sólo tocar a la niña. No había sido capaz de recordar, por más que lo había intentado, si se tenía que poner o no agua fría o hielo en las quemaduras, ¿era correcto?, ¿era lo que debía hacer? O, por el contrario, ¿empeoraría la situación, ya desastrosa de por sí?

No podía soportar la visión de su pequeña..., el lado izquierdo parecía destrozado; la piel se arrugaba, deformando su preciosa y redondeada carita. No era capaz de acercarse, las piernas no le respondían, y eso que necesitaba comprobar si el agua hirviendo había afectado a sus ojos; de ser así, el agua, a esa temperatura, seguro que le habría destrozado la retina... ¿estaría ciega?

Los sollozos y gritos de su hija le hicieron perder las fuerzas y caer de rodillas a su lado, incapaz de apartar la llorosa vista de ella. ¿Qué había hecho?, ¿qué había hecho...?

Los sanitarios actuaron con rapidez. No podía recordar si alguien la había ayudado a bajar la escalera y a montarse en la ambulancia; supuso que lo había hecho el mismo vecino que la había socorrido, aunque lo cierto era que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta la sala de espera.

Los médicos salían y entraban con pasos apresurados, pero nadie la informaba de nada.

—¡Caro! —la llamó su marido—. ¿Qué coño ha pasado? —aulló.

—No... no lo sé, Antonio, no lo sé...

—¿No lo sabes? He llegado a casa y la puerta estaba rota y abierta. Maruja, la vecina de arriba, me ha explicado que una ambulancia se ha llevado a la cría... ¿Qué cojones ha ocurrido? ¿Por qué nuestra hija está en el hospital y tú estás así? ¡Habla!

—Estaba en el salón, recogiendo... —contestó entre sollozos y temblores— y de repente... —se volvió a interrumpir, presa del llanto.

—¿Y después? ¡Vamos, Carolina, dímelo, por Dios!

—Después he oído ruidos y la niña...

—¡Me vas a matar! ¡Habla ya!

—La cacerola... se volcó la cacerola con... —Cayó de rodillas. No era capaz de seguir con eso.

La culpa por lo sucedido pesaba demasiado sobre su frágil espalda; si perdía a su pequeña... no sabía qué iba a hacer. Les había costado tanto tener un bebé... y ahora, por un puto descuido de ella, su única hija podía morir.

El grito que salió de su garganta paralizó a la sala entera. La gente que esperaba allí la miraba con lástima, que se palpaba en sus ojos de diferentes colores y formas. Todos se habían hecho eco de lo sucedido. La noticia, al ver entrar a la pequeña en tan mal estado, había generado nervios y confusión en todo el hospital. Los médicos habían ido de aquí para allá gritando multitud de términos en esa jerga que las personas que se encontraban en la sala habían sido incapaces de comprender por completo, pero las palabras «niña» y «graves quemaduras» habían corrido como la pólvora.

Carolina no era capaz de levantarse del suelo y, cuando se atrevió a alzar la mirada, se encontró con la que su marido le dedicaba, llena de desprecio.

Su pequeña... su pequeña podía morir... Si eso sucedía, ella... ¡Oh, Dios santo! Si eso sucedía ella tendría que acabar con su vida, porque, sin duda, sin su hija no sería nada. No querría seguir viviendo. Había cometido un fallo imperdonable y su niña estaba pagando las consecuencias.

Su esposo no hablaba, pero no era preciso; su acusadora mirada, culpándola, era suficiente. Pasó una eternidad, durante la cual Carolina no dejó de llorar ni un segundo. Aún no tenían noticias sobre el estado de la niña y comenzó a temer lo peor. Su pequeña princesa de pelo rojo como el fuego, de ojos color turquesa, sonrisa sincera, esa misma que se abrazaba a ella como si fuese lo más grande en el mundo... en ese momento quizá había fallecido por su culpa.

Carolina se levantó y se dirigió hacia la puerta del centro médico; necesitaba aire, pues los pulmones le quemaban y le resultaba difícil respirar sin que le doliese... Miró hacia la calle; ambulancias, peatones, utilitarios, taxis..., todos seguían con su actividad rutinaria, menos ella. Algo se había roto. Lo había oído crujir en su interior. Su pequeña estaba muerta, muerta...

Al percatarse del verdadero significado de ese hecho, no pudo evitar llorar con más fuerza. Salió corriendo en busca del oxígeno que le faltaba, anhelando liberar la pesada carga que oprimía su pecho... Cruzó la calle, sin mirar.

El ruido de su cuerpo al chocar contra el asfalto debido al golpe acaparó la atención de todos. Los enfermeros de la puerta de Urgencias acudieron de inmediato, pero era tarde. Carolina notaba cómo la sangre llenaba su interior,

cómo la invadía el cansancio, cómo su espíritu se alejaba de un cuerpo aplastado.

El autobús le había dado fuerte. No había tenido tiempo de frenar. Había salido de la nada.

Así fue cómo Antonio perdió a su mujer, sin poder decirle que su hija, a pesar de las graves quemaduras, sobreviviría. Ella no.

CAPÍTULO 1

Sevilla, enero de 2018

Ahogó un gemido al mirarse en el espejo. A pesar de los años, todavía le costaba observar sin pesar la imagen que se reflejaba frente a ella: la de un cuerpo destrozado.

Las imágenes de lo sucedido aparecieron en ráfagas difusas. No era capaz de recordarlo con claridad, pues era demasiado pequeña cuando sucedió y no había podido retener los detalles, que se habían ido diluyendo con el paso de los años. Sin embargo, las sensaciones de lo que vivió persistían: el dolor, el miedo, la confusión y el sonido ensordecedor de todo lo que llegó después la sacudían con violencia, provocándole temblores.

No quería buscar culpables, pero, a veces, le resultaba inevitable. Y eso la hacía sentirse mal, un monstruo, y no sólo por su aspecto, sino porque, en el fondo de su alma, guardaba un secreto rencor contra su madre, y culparla por el lamentable suceso, a pesar de que había pagado con su propia vida ese fatal descuido, la llevaba a verse a sí misma como un animal sin sentimientos.

Suspiró con fuerza. No le gustaba estar con nadie y por eso intentaba evitar a todos los que la rodeaban; el único al que permitía acercarse era a su padre, y no siempre. Se sentía agradecida por poder vivir en una casa tan grande destinada a tan pocos, pues eso le daba la posibilidad de estar en la planta de arriba sola, paseando y pensando sin que nadie la molestase con sus perpetuas expresiones de pena.

Pensar..., algo que practicaba demasiado a menudo, demasiadas horas. No debería hacerlo, pero era como si el caos se hubiese instalado dentro de ella y no quisiera alejarse; al parecer se sentía cómodo habitando en su interior.

—Su padre desea verla, señorita Acosta —la interrumpió la voz de Liliana, una de las pocas personas que vivían en la casa. La conocía desde siempre, y era lo más parecido a una amiga que había tenido nunca.

—Gracias, Liliana. Bajaré enseguida.

Lili era la única que parecía no darse cuenta de sus defectos y eso suponía un alivio.

Tras la muerte de su madre, su padre hizo algo de dinero, que luego invirtió con atino, por lo que sacó grandes beneficios con los años. Después se decidió por la construcción y en la actualidad poseía una de las mayores empresas en ese sector no sólo a nivel nacional, sino también con proyección al exterior.

Por eso ella se decantó por estudiar empresariales y derecho, una forma de poder continuar con lo que su padre había levantado y, a la vez, la única manera de poder llevar las riendas de su vida en un futuro sin tener que tratar con demasiada gente.

Se miró una última vez —con el tiempo había aprendido a ocultar todo lo posible las cicatrices que aún eran visibles en su rostro, a pesar de todas las operaciones a las que se había sometido durante su adolescencia, una etapa que deseaba olvidar con todas sus fuerzas— y decidió que, entre el maquillaje, el cuello alto y el pelo suelto, no se apreciaba tanto la marca que poco a poco, con los años y los tratamientos, había perdido fuerza.

Salió de la habitación camino de encontrarse con su progenitor. Imaginaba que éste quería recordarle que se marchaba al extranjero para cerrar un contrato; se iba a un país árabe... ¿Volaba hasta Dubái? Tal vez sí, aunque la verdad era que no le había prestado mucha atención desde que había regresado de la universidad con sus dos títulos bajo el brazo.

El brazo... eso le recordó, de nuevo, que era una mujer triste, con un cuerpo y un rostro deformados por las quemaduras y cicatrices y un interior lleno de amargura y rencor.

La peor parte se la llevaron el costado y la pierna izquierda, que seguían mostrando con claridad las marcas y cuya piel era muy sensible en esas zonas. Al pasar los dedos por encima de la misma, la sensación resultaba extraña,

porque se percibía muy suave y rugosa a la vez, como la piel de los dedos después de pasar demasiado tiempo en el agua...

Bajó la escalera que separaba una planta de la otra; los escalones brillaban, igual que todo en esa maldita casa, quizá para que su tristeza quedase oculta bajo su resplandor o tal vez para suplir la falta de amigos. Sin embargo, eso no era suficiente; demasiadas carencias que no había sabido llenar: una madre que se fue muy pronto, un padre con exceso de pesar y una niña con demasiadas marcas como para dejar que la consolaran.

Pasó, despacio, la mano por la barandilla de madera oscura y suave; observó su contraste contra el suelo de mármol blanco, impoluto, y no pudo evitar que le recordase a ella, a la claridad que pudo existir en su interior y a la oscuridad que, no obstante, reinaba en su lugar.

Se dirigió directamente a la biblioteca; su padre era una persona de costumbres, por lo que la estaría esperando en esa habitación. Llamó a la puerta entreabierta, esperando a que le diese permiso para entrar, pero no se oyó nada. Empujó con suavidad la pesada madera, que rechinó como advirtiéndola de lo que iba a mostrar. Su padre yacía, sin vida, sobre el escritorio y la sangre lo llenaba todo a su alrededor. Su cabeza reposaba de lado sobre la mesa, y sus ojos la miraban sin verla.

El vello de todo su cuerpo se erizó y su estómago se retorció a la vez que sus manos acudieron a su boca para contener el grito que necesitaba soltar, pero algo le advirtió de que podía estar en peligro, de que quizá el asesino seguía ahí.

Abandonó la biblioteca sin hacer ruido, caminando hacia atrás para no perder de vista la estancia, por si el que había cometido esa atrocidad contra su padre permanecía allí, y salió de la casa a toda prisa y en silencio. Cuando vio su coche, recordó que en el maletero tenía una mochila preparada «para las emergencias», algo a lo que nunca le había dado importancia y que había tomado como una manía tonta de su padre, una paranoia como esa extraña obsesión de que aprendiera alguna disciplina de defensa personal, pero que, en ese instante, desde luego, no le parecía una idea tan absurda.

Subió al vehículo y arrancó, saliendo a toda velocidad por el jardín y dejando las huellas de los neumáticos grabadas en el cuidado césped. Condujo con desesperación apenas sin ver a causa de las lágrimas que derramaba sin ser consciente de ello, hasta que consideró que había puesto bastantes kilómetros de

por medio. Cuando logró calmar un poco el estado de agitación en el que se encontraba sumida, llamó al número de emergencias para contarles lo que había sucedido y les facilitó la dirección entre llanto y desesperación. De pronto, un pensamiento cruzó su mente: Liliana... aunque sólo la tuvo en mente un segundo. No podía regresar ni perder el tiempo. El monstruo egoísta que vivía bajo su piel de acero la avisó de que tenía que huir, de que ella podría ser la próxima y, a pesar de la de veces que había deseado morir e incluso había intentado arrojararse a los brazos de la muerte, cuando sintió cerca el fin, su instinto de supervivencia se despertó feroz.

—Espero que estés bien, Lili, pero es que... no he podido quedarme, no he podido hacerlo... —sollozaba en voz alta mientras salía del coche para hacerse con la mochila que seguía en el maletero.

De vuelta a su asiento, y tras asegurar las puertas, sacó lo que contenía la bolsa; hasta ese momento nunca había sentido la necesidad de saber qué guardaba y sin duda se arrepentía de ello; tal vez eso le salvara la vida. Había documentación falsa; era evidente, ya que, aunque en todos los documentos aparecía su cara, en ninguno constaba su nombre real: carné de identidad, pasaporte, tarjeta sanitaria, permiso de conducir y... dinero. Mucho dinero.

No podía saber cuánto, pero había dos gruesos fajos de billetes de cien euros sujetos con una goma elástica... Debía de haber... No podía pensar con claridad, lo único que importaba era que había pasta de sobra como para huir de allí, para irse lejos... quizá, incluso, para empezar de nuevo.

Comenzó a llorar otra vez, pero de manera más suave. Su padre... El recuerdo le puso el vello de punta y se tapó la boca con las manos mientras su cuerpo se convulsionaba por la pena.

Aunque su relación distase mucho de ser perfecta, no se merecía eso... ¿Quién podía haber hecho algo así? Alguien sin escrúpulos, eso era lo único que tenía claro.

Al ir a dejar la mochila en el asiento del copiloto, se dio cuenta de que había algo más en su interior: un sobre oscuro, con su nombre escrito con la elegante y anticuada caligrafía de su padre.

Con dedos temblorosos, consiguió abrirlo. Todavía no podía creer del todo que lo que había visto fuese real, pero lo era, y otro profundo sollozo escapó de su pecho, liberando más lágrimas que nublaron, por unos instantes, su visión.

* * *

Acero estaba impactado. A pesar de no ser la primera escena de un crimen en la que estaba, ésta le pasaba especial factura. Nunca se iba a acostumbrar, pero ver como víctima a un hombre al que había querido como a un padre se lo hacía más difícil.

Ya no recordaba cuánto hacía de la última vez que lo había visto, demasiado, y en ese momento, además, era tarde. Nunca más saldría el sol para él.

Se marchó de allí molesto, en realidad furioso; no entendía qué estaba pasando, pero sospechaba que algo extraño había detrás de aquella muerte. Unos días atrás le había llegado una carta del difunto en la que le pedía que cuidara de su hija, ¿y luego aparecía muerto? Quizá las sombras enterradas salían de sus tumbas para perseguirlos de nuevo.

Su instinto nunca le fallaba, y en esa ocasión le gritaba que la chica estaba en peligro y nadie había sido capaz de dar con ella. Casi no la recordaba; apenas estaba dejando la niñez atrás cuando él ya era todo un hombre... o tal vez era ya una adolescente... Sólo tenía un vago recuerdo de su larga melena, roja como el fuego, pegándose a su pecho y del sentimiento poco apropiado que suscitaba en él, demasiado extraño como para tenerlo en cuenta, más cuando Vanesa era bastante más joven que él. Desde entonces siempre le había gustado ese color de pelo.

Al llegar a la calle salió a correr, necesitaba que la bestia que amenazaba con despertar siguiese dormida, y, al llegar a una arboleda cercana y solitaria, golpeó un pobre abeto inocente para descargar su frustración.

El teléfono sonó y descolgó enseguida.

—¿Cobos?

—Jefe, ¿todo bien?

—No, no regreso todavía. Hay que encontrarla; ha desaparecido.

—¿Quién, capitán? —planteó Cobos al otro lado.

—Su hija; no se sabe nada de ella, aunque, según la mujer que trabaja en la casa, su padre la había llamado y ésta bajó a hablar con él. Es horrible, Cobos; la biblioteca está llena de su sangre, su cabeza reposa sobre el escritorio y su mirada...

—Jefe...

—Tengo que colgar. Voy a ver si han averiguado algo nuevo los compañeros de aquí. Si no es así, en unos días regresaré a Málaga y empezaré a buscarla desde el cuartel.

Acero colgó sin esperar respuesta y sin despedirse; estaba trastornado. Verlo había liberado muchos recuerdos que había tratado de ocultar y que, de pronto, salían a la luz de golpe, dejándolo sin aliento. Era una etapa de su vida que se había obligado a sepultar y ahora tendría que desenterrar esos recuerdos y tratar de dar con la joven Vanesa. ¿Habría cambiado mucho durante esos largos años?

Regresó a la casa un poco más compuesto y observó cómo trabajaba el equipo.

—¿Hay algo? ¿Alguna pista? —preguntó al forense.

—De momento sólo puedo decirle que quien lo hizo es diestro y que le rebanó el cuello desde atrás. Está claro que murió por la herida, pero nada más. Por ahora no hemos hallado pelo, huellas ni nada que pueda servir para identificar al culpable. Es como si fuese un fantasma.

Acero dejó que su mirada vagase por la estancia para grabar cualquier detalle, por pequeño que éste fuera, que le pudiese servir para hallar al homicida. Su mirada se posó en una vieja fotografía; en ella Acosta sostenía sobre sus rodillas a una niña de mirada triste cuyo perfil izquierdo ocultaba contra el pecho de su padre. Él sabía el motivo: sus quemaduras. Parpadeó para alejar los recuerdos que le trajo esa imagen y notó que había algunos libros fuera de lugar; se acercó despacio y pidió unos guantes a un joven ayudante del forense para poder tocarlos sin alterar la escena del crimen.

—Parece que el asesino buscaba algo —musitó.

—¿Asesino? ¿Da por hecho que la hija es inocente, capitán? —preguntó uno de los compañeros.

—Vanesa, la hija, no tenía ningún motivo.

—Parece que los conocía bien.

—Los conocía, pero hace mucho que no teníamos contacto. ¿Qué hay de la mujer que trabaja en la casa?

—Liliana, sí. Le hemos tomado declaración. Nos ha contado que avisó a la señorita Acosta de que su padre la esperaba y después, al bajar para preguntar si necesitaban algo, se encontró con el hombre sin vida y sin rastro de la chica. La

hemos mandado a casa y le hemos indicado que no puede ausentarse de la ciudad.

—Gracias, ya tengo todo lo que necesito. Cualquier cosa, manténganme al corriente, por favor —pidió alargando una tarjeta con su nombre y número de teléfono.

—Claro, capitán Acero, delo por hecho.

Éste abandonó el lugar y, cuando se subió a la motocicleta, miró por última vez la casa en la que tantos y tan buenos momentos había pasado hasta que todo se torció; observó la planta de arriba y por un instante le dio la sensación de que alguien lo espiaba. Cabeceó y se colocó el casco para, acto seguido, arrancar y salir a toda velocidad sin un rumbo concreto, mientras en su cabeza se repetía una y otra vez la misma pregunta: «¿Dónde estás, Vanesa?».

CAPÍTULO 2

Málaga, marzo de 2018

—¡Joder! ¿Cómo es posible que sea tan torpe...? ¡Es increíble! ¡Todo se ha quedado dentro del maldito coche! ¡Todo!

Vanesa no podía creer lo que acababa de sucederle. Mientras se abrochaba el abrigo para no congelarse en ese frío día, una ráfaga de gélido aire invernal había cerrado la puerta del vehículo. Al intentar abrir se dio cuenta, tarde, de que había cerrado ella misma el cierre centralizado antes de soltar la llave, el bolso y el móvil sobre el asiento del copiloto.

Desesperada, miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. Más nerviosa a cada momento que pasaba, se llevó las manos a la cabeza sin saber qué hacer. ¿A quién podía llamar, si tenía el teléfono sobre el asiento? Por más que miraba en todas las direcciones, no divisaba a nadie. Estaba sola. Sola...

Daba vueltas sin ir a ningún lado cuando uno de sus pies tropezó con un adoquín suelto, situado cerca de un árbol. Una idea cruzó por su cabeza y se metió en su mente tan rápido que no se detuvo a meditarla. Agarró la piedra del suelo y se preparó para golpear la ventanilla trasera. Una vez rota, metería la mano y abriría esa puerta trasera, logrando tener acceso a la principal para, así, poder recoger sus pertenencias.

Respiró con fuerza y, sin más, dejó que el pedrusco se estrellase contra la pequeña ventana; al hacerlo, cerró los ojos para evitar que algún cristal la hiriese.

Para su sorpresa, la ventanilla ni se inmutó. Nada. Ni un pequeño arañazo. Volvió al ataque con más ganas y tampoco sucedió nada, así que dio otros dos golpes usando toda la rabia y la energía que le quedaban y, para una sorpresa aún mayor, la ventanilla siguió casi intacta; un arañazo, pero nada más... y para verlo era necesario prestar atención.

¿Qué iba a hacer entonces? Lo poco que tenía estaba sobre el asiento del copiloto...

—¿No estará robando a plena luz del día y frente a un colegio casi a la hora en la que los niños van a salir, verdad?

La voz, profunda y primitiva, cortó su aliento. Se quedó paralizada sin saber qué hacer o decir y se ajustó la capucha del abrigo sobre el rostro para ocultarlo más.

—No, no intentaba robar nada... —se justificó—. Es que la puerta de mi coche se ha cerrado y me he dejado las llaves dentro, el bolso, el móvil... todo. Lo siento —murmuró sin saber, en realidad, por qué se disculpaba ante un extraño.

—¿Cómo ha sucedido?

—¿Acaso es policía? —interrogó algo molesta de repente por la actitud del desconocido.

—Sí, capitán de la Guardia Civil —contestó dedicándole una sonrisa de medio lado.

Vanesa comprobó que era un hombre apuesto, aunque lo que más destacaba de él era una gran cicatriz que cruzaba su cara desde la ceja hasta la barbilla, pasando por la mejilla, que se adivinaba afilada a pesar de la barba que cubría su rostro. Vanesa pensó que tal vez usara la barba para disimular la marca, igual que ella hacía con las suyas. Sus ojos, de un tono marrón tan oscuro que parecían negros, estaban enmarcados por largas y tupidas pestañas y la observaban inquisidores, quizá porque ella lo miraba con descaro, pero no podía evitarlo, era un tipo muy atractivo, tanto que sin duda alguna no tenía problemas para atraer al sexo opuesto.

—¿Cómo puedo saber que no miente? ¿Y su identificación?

—La que parece estar a punto de cometer un delito es usted, no yo, así que no veo por qué debería mostrársela.

Vanesa sopesó la situación por unos instantes; de todos modos, ¿qué más le

daba si mentía o no? Lo que importaba era que parecía poder ayudarla.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—. Me estaba abrochando el abrigo junto a la puerta del copiloto y un golpe de viento ha cerrado la puerta. Antes de bajar del coche había accionado el cierre centralizado, así que...

—¿No tiene a quién llamar?

—Aunque tuviese a alguien, el móvil también se ha quedado dentro.

—Estamos en un serio problema, ¿cómo puedo saber que dice la verdad antes de ayudarla? —continuó el interrogatorio.

—Bueno, puedo darle mi número de teléfono y, cuando compruebe que el móvil que suena es el que está en ese asiento, ¿podrá creerme?

—Sí, en ese caso la creeré y le echaré una mano —afirmó.

Acero miraba a esa joven que se empeñaba en tapar parte de su cara con la ayuda de la gran capucha del abrigo. No le gustaba no poder ver con claridad a las personas, pero no podía juzgarla antes de tiempo; tal vez tan sólo era por timidez, aunque también cabía la posibilidad de que ocultase algo... No podía estar seguro, pero su instinto le decía que tuviese cuidado con ella. Toda esa explicación resultaba extraña, tanto como la dueña de esas palabras.

Después de marcar en su teléfono el número que la sospechosa le facilitó, esperó a que diese tono y comprobó cómo el móvil de la joven se iluminaba y salía en la pantalla el suyo propio; eso era prueba suficiente, al menos el móvil era realmente de ella.

—Está bien —dijo después de colgar—; voy a forzar la puerta del coche y le daré sus cosas —explicó mientras sacaba unas pequeñas herramientas y, con ellas, en unos segundos, abría la puerta del vehículo—. ¿Dónde vive? —inquirió, dejándola sin respuesta.

—Lo siento, acabo de mudarme hace poco y no conozco la zona, ni siquiera tengo claro el nombre de mi calle.

—Necesito que me facilite sus datos y que esté localizable.

—Ya le he dicho que no estaba robando mis propias cosas.

—Aun así... —Se vio interrumpido por una llamada de teléfono.

Acero le indicó con la mano que esperase y acto seguido se giró para hablar entre dientes, lo que ella aprovechó para subir a su coche y alejarse a toda prisa. Cuando Acero se percató de ello, era tarde; ya se había marchado.

—¡Mierda!

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó Cobos desde el otro lado de la línea.

—Nada importante.

—¿Alguna novedad? —se interesó su hombre.

—Ninguna. Sigue disfrutando de tus merecidos días de descanso, te los has ganado.

—Sientan muy bien.

—Igual que meter a esa panda de bastardos entre rejas.

—Eso ha sido, sin duda, lo mejor de mi vida.

—¿Cómo está Soledad?

—Bueno, vamos poco a poco, pero mejor.

—Me alegra oírlo. Te dejo. Te mantendré informado si algo sucede.

—De acuerdo, Acero.

El capitán colgó mientras caminaba despacio hacia su piso; vivía en un edificio algo viejo del centro, pero le gustaba la zona. Era muy tranquila, ya que la mayoría de los vecinos eran ancianos, había varios parques cercanos donde practicar deporte y contaba con todos los comercios que necesitaba.

Conocía, de vista, a todos los habitantes del barrio y eso le daba mucha seguridad. No le gustaba la gente extraña, no confiaba en los desconocidos. ¿A quién quería engañar? No solía confiar en nadie.

Subió a su casa por la escalera, pues evitaba los ascensores en cuanto le era posible, y telefoneó a Raquel; ella siempre estaba dispuesta a sexo sin compromiso. No había pasado ni media hora cuando la mujer llamó a su puerta. Al abrir, la vio frente a él; llevaba un abrigo que la cubría hasta la mitad de los muslos, que se adivinaban suaves bajo las medias transparentes que acababan en unos tacones de infarto de color negro que no tardarían en volar por los aires. Él sabía que debajo del abrigo sólo vestía ropa interior.

* * *

Vanesa no era capaz de creer lo que acababa de hacer, ¡se había largado en presencia de un capitán de la Guardia Civil! ¿Estaba loca? Sí, loca de remate y aterrorizada. Había huido espantada por culpa de la carta que su padre le había dejado en su mochila.

Si llegas a leer esto significará que algo malo me ha sucedido. Si es así, huye y escóndete. He hecho cosas terribles, hija, y ahora regresan con fuerza clamando venganza. Lo siento. Ponte en contacto con Acero. Ve a Málaga, es el único en el que puedes confiar, y te estará buscando. Espero que alguna vez puedas perdonarme y necesito que sepas que, a pesar de todo, te quiero.

La primera vez que la leyó, tras varios intentos, ya que las lágrimas le habían impedido su lectura fluida, aceleró el coche y no se detuvo hasta llegar a Málaga, una ciudad en la que no tenía lazos ni conocía a nadie; necesitaba alejarse de todos.

Nunca había tenido contacto con mucha gente por culpa de sus visibles cicatrices y sus complejos físicos debidos a ellas, pero en ese momento extrañaba los lugares conocidos. Todavía no había trazado un plan para hallar a Acero; aunque llevaba varias semanas en la ciudad, no sabía más que ese «nombre», que tal vez no era más que un apodo. Y tampoco podía buscarlo en una guía telefónica, ¿verdad?

Había procurado no salir del piso; sólo lo había hecho para lo imprescindible y, para una vez que se le ocurría salir a hacer unas compras... la que había liado. Después del desafortunado encuentro, había tenido que deshacerse del móvil de prepago que había comprado para evitar que la pudiesen localizar, igual que había tomado la precaución de adquirir un coche de segunda mano usando la documentación falsa y el dinero que su padre le había facilitado.

Perdida en sus pensamientos y en ese atractivo capitán, que quizá podría haberla ayudado si no hubiese salido pitando como una vulgar ladrona, se asustó a causa de un ruido sordo que no sabía de dónde provenía.

Alertada, se llevó una mano al pecho y dejó que sus dedos vagaran por la cicatriz que cubría esa parte de su anatomía, desde el cuello hasta casi la rodilla. Toda esa zona de piel era horrible, monstruosa... igual que ella.

Entonces lo vio, el cuadro. Se había caído al suelo sin motivo aparente. Se agachó a recogerlo y, al disponerse a ponerlo en su sitio, se percató de que servía para ocultar un pequeño agujero en la pared.

Se mordió el labio inferior, dudando. ¿Debía mirar? No, claro que no debía, pero la curiosidad y los ruidos que se colaban por el pequeño orificio pudieron más que la ❖❖tica. Acercó uno de sus claros ojos a la ranura y lo vio; un

hombre de espaldas, desnudo y tatuado. El tatuaje ocupaba su omoplato derecho y, aunque no era capaz de distinguir con claridad los trazos, adivinó que era un lobo aullando a una luna llena.

El tipo caminaba con seguridad y sus músculos se tensaban con cada paso que daba, logrando que se le secara la boca ante la visión de esa espalda musculosa, las caderas firmes, las piernas fuertes y ese culo... perfecto.

Se mordió el labio de nuevo, esta vez con fuerza, y apretó los muslos para contener el deseo que ese atlético desconocido había despertado en ella. Divisó a una chica con él; tampoco podía verle el rostro, pero sí distinguir un abrigo de pieles en tonos oscuros que destacaban sobre su piel lechosa.

Sinuosa, movía las caderas al son de una música que sólo ella podía escuchar, enroscándose como una serpiente alrededor del hombre, hipnotizándolo con su provocativo contoneo, hasta que dejó caer el abrigo al suelo para ofrecerle sus encantos, atrapados bajo el seductor encaje negro.

Tenía un cuerpo perfecto, una piel pálida, lisa y tersa, una piel que apetecía acariciar... no como la suya.

La mujer se acercó a él y lo abrazó para besarlo con deseo; las manos femeninas recorrían la fuerte espalda y agarraban el trasero con necesidad, como si no pudiese saciarse nunca de ese hombre y, tal vez, eso era lo que sucedía.

Debía darles la privacidad que merecían, lo sabía, pero no era capaz de alejarse de esa pared por la que se colaban musicales ruidos de placer cada vez que sus bocas se unían.

Con brusquedad, él la giró y la inclinó sobre el respaldo del sofá, dejando las nalgas expuestas a la mirada de su compañero y, sin saberlo, a la de una extraña.

Tragó con dificultad la saliva que se había acumulado en su boca y volvió a morderse el labio, con lascivia, dejando escapar un gemido de deseo. Por un instante, creyó que el tipo lo había oído, pues durante unos segundos se detuvo como buscando algún peligro que no podía ver, pero la mujer lo reclamaba con insistencia, golpeando con los muslos el masculino miembro.

Aunque no podía verlo, Vanesa sabía que éste estaría duro, erecto y listo para la chica, y su compañera sexual también debía de saberlo, ya que lo provocó una vez más, arrodillándose y levantándose para que sus nalgas rozaran las piernas del hombre, que apretó los puños, suspiró y le bajó las bragas hasta los tobillos para penetrarla enérgicamente, sin piedad.

La embestía con fuerza, la misma con la que Vanesa jadeaba desde el otro lado de la pared. Acarició su boca para recorrer luego su cuerpo hasta llegar a su vagina. Pasó sus dedos por los labios húmedos e inflamados de su sexo hambriento mientras observaba a la pareja follando, porque desde luego eso no podía llamarse hacer el amor.

Los movimientos del desconocido se acrecentaron hasta convertirse en una danza de frenéticos vaivenes, y Vanesa no pudo evitar sentir que ella era la mujer que yacía apoyada sobre el sofá gimiendo con fuerza y recibiendo cada una de esas acometidas que provocaban placer.

Se apretó contra la fría pared y dejó a sus dedos colarse dentro de su vagina para tratar de imitar los movimientos voraces de aquel hombre. Fijó la vista en el lobo de su espalda y aulló en silencio, acompañándolos en el orgasmo.

Después de unos segundos, los que necesitó para recuperar el aliento, comenzó a temblar y a sentir vergüenza por lo que había hecho. El sentimiento se apoderó de ella y se obligó a separarse de la pared; por un segundo creyó que su vecino se giraba en busca de la fuente de esos otros jadeos, los suyos.

Se alejó a toda prisa y se derrumbó sobre el suelo, que manchó de sangre; se había mordido demasiado fuerte el labio, presa del éxtasis, y éste sangraba, salpicando de rojo pasión las losas a su alrededor.

Sola, sobre la rugosa superficie, se abrazó las rodillas justo cuando las lágrimas arrasaron su rostro y los sollozos la sacudieron como instantes antes lo habían hecho las olas que el placer le había proporcionado.

¿Eso era todo lo que podía esperar de la vida?

Sí, eso era todo. Era una mujer incompleta, una mujer a la que nadie iba a desear tocar jamás. ¿Quién querría posar sus manos sobre un cuerpo marchito y arrugado? Era un monstruo horrible y por esa razón sólo le quedaba por vivir una espantosa vida. Quizá lo mejor sería que, quienes habían acabado con su padre, dieran con ella y pusieran fin a su sufrimiento.

Con ese pensamiento envenenando su mente, permaneció sobre el pavimento tanto tiempo que perdió la noción de todo lo que la rodeaba; sólo se permitió dejar de llorar y se obligó a levantarse cuando sintió las piernas tan entumecidas que le dolían.

CAPÍTULO 3

Parecía que el miedo nunca iba a abandonarla. Había pasado del miedo a que los demás la viesen, algo que seguía sintiendo, al miedo por su vida. Sonrió con tristeza. Hubo un tiempo en el que quiso morir y en el que deseó haber fallecido en aquel accidente que la dejó así.

Observaba la calle por la ventana; apenas había salido de la casa en las semanas que llevaba en Málaga, aunque lo poco que había podido ver de la ciudad durante sus paseos en coche le había parecido bonito, a pesar de que no se hubiese atrevido a hacerlo a menudo. Lo estaba posponiendo todo lo que podía, pero sabía que se estaba quedando sin tiempo y que tenía, fuera como fuese, que dar con ese hombre al que su padre se refería en su carta como «Acero», aunque la verdad era que no tenía ni la más remota idea de por dónde empezar.

¿Sería su apellido? ¿Un mote? Se le había pasado por la cabeza coger el listín telefónico y buscar... pero ¿aún habría gente que usara el teléfono fijo?

La desesperación le ganaba una vez más la batalla; en los últimos días parecía que eso era todo lo que podía hacer: rendirse. Se sentó en el trillado sofá para ver pasar otro monótono día y cogió el mando de la vieja televisión; realmente no entendía cómo era capaz de encender siquiera... pero todavía lo hacía. Accionó el botón, pensando que a lo mejor se sorprendía con lo que se encontraba... como la escena de la que había sido testigo gracias al pequeño agujero de la pared días atrás.

¿Quién iba a imaginar que, tras ese ruido sordo, le esperaba aquello? Todavía se avergonzaba por haberlos espiado, aún se sonrojaba por haber usado el placer

de esa pareja para obtener el suyo propio... y había sido tan placentero... Casi como si hubiese estado entre los brazos de ese hombre, el del aullido. Y, a pesar de los reparos, el calor la invadió de nuevo y se dejó arrastrar a los brazos de ese tipo que, sin ser consciente de ello, le daba tanto.

* * *

Acero paseaba por su despacho, frustrado, nervioso y molesto porque nada estaba saliendo como quería; no era capaz de hallar ninguna pista sobre el paradero de la chica. ¿Cómo era posible que una joven sin recursos no hubiese dejado ningún rastro? Para más inri, sus compañeros tampoco habían logrado encontrar algo que los pusiera sobre alguna pista que seguir respecto al asesino, era como si éste no fuese humano.

Habían sido semanas agotadoras; además, a eso debía sumar el hecho de que, ver muerto al que había sido casi como un padre para él, lo había afectado más de lo que quería reconocer, y el hecho de no tener a Cobos cerca para desahogarse con él también le había resultado difícil. Al menos podía alegrarse de que el teniente se reincorporaba al día siguiente; un apoyo más y una preocupación menos.

Había llamado a «su chica para esos momentos» y le había pedido que lo esperase en el piso. Ella sabía que él le había dejado la llave del apartamento en el buzón, y ella tenía una copia de la de ese buzón. Eso hablaba muy mal de él, ¿no? ¿Quién dejaba la llave de su casa en su propio buzón?

El móvil vibró en el bolsillo de su cazadora de cuero y, al sacarlo, vio que era Cobos.

—¿Nada, jefe? —inquirió el teniente al otro lado de la línea.

—Nada, Cobos. Parece que no soy capaz de encontrarla... ¡Por Dios! ¡No es más que una chica criada entre algodones que ahora está sola! ¿Dónde puede haber ido?

—Tal vez... vio lo que sucedió y está escondida.

—Lo he pensado, pero, entonces, ¿cómo coño voy a dar con ella? Parece que se la haya tragado la tierra, Cobos. No hemos encontrado nada... ni movimientos de sus tarjetas de crédito, ni el coche que se llevó, a pesar de haber rastreado el número de matrícula... nada. Es como si se hubiese volatilizado. Estoy

desesperado. Lo he perdido a él sin poder hacer nada por evitarlo y no me perdonaría que a su hija le ocurriera algo antes de poder dar con ella.

—Encontraremos la forma —afirmó Cobos alentando a su jefe—; siempre lo hacemos, ¿verdad?

—Siempre lo hacemos —repitió como despedida antes de colgar.

Acero dejó su despacho para dirigirse a su casa. Al salir a la calle se topó con la desagradable sorpresa de la prensa; no le gustaba que los periodistas estuviesen pululando por allí cuando un caso estaba en proceso, y con ése tenía más miedo todavía, porque, si detrás de todo el asunto estaba quien él imaginaba que estaba, iba a ponerlo en una situación comprometida.

Había logrado mantener esa parte de su pasado a buen recaudo durante mucho tiempo y no estaba dispuesto a que, precisamente entonces, saliera a la luz. Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera que llevaba bajo la chaqueta y salió tratando de pasar desapercibido.

Por el momento, dejaría todo eso aparcado durante unos minutos, los mismos en los que tenía pensado disfrutar del cuerpo de la mujer que lo esperaba en su piso, ansiosa.

* * *

Vanesa oyó ruidos en el apartamento contiguo y se obligó a mirar la televisión para no caer en la tentación que susurraba tras el agujero de la pared. Ese pensamiento la llevó a preguntarse cuántas personas conocerían ese pequeño orificio y cuántas habrían observado lo que sucedía tras ese muro, igual que había hecho ella desde que lo descubrió. Había mirado de vez en cuando; su vecino apenas paraba por casa y eso disparaba su mente, aburrida, inventando mil motivos por los que no hacía apenas vida casera.

Pero se había prometido no inmiscuirse a hurtadillas en su intimidad, aunque la verdad era que su desconocido y atractivo vecino era lo único que la hacía sentir algo diferente a la indiferencia. Una noche se había quedado embobada observándolo mientras él estaba en el sofá mirando la tele. Sabía que por la mañana, muy temprano, se iba a hacer deporte, porque siempre llevaba ropa deportiva, y que solía usar una chaqueta de cuero oscuro.

Todo lo demás seguía siendo un misterio para ella, que cada día pensaba más

y más en él. Los movimientos dejaron de percibirse y eso despertó todavía más su curiosidad. Se levantó con calma, como poseída por un sentimiento tan poderoso que hubiese anulado todos los demás, y quitó el cuadro con cautela para, acto seguido, hacer precisamente lo que no quería hacer más: espiar.

Por la ranura podía distinguir algo del apartamento; era un espacio diáfano, el salón y el dormitorio estaban comunicados, y desde su posición podía divisar la cama, en la que adivinó a la misma mujer de las otras veces tumbada, con una preciosa lencería negra puesta. ¿Le gustaría a ella o a él ese color?

Sintió un pequeño ramalazo de envidia. Ella nunca iba a poder lucir algo así, no con las marcas que aún perduraban en su cuerpo. Ella no tenía ni esa piel ni esas suaves curvas; las únicas curvas que destacaban eran las que las cicatrices habían grabado en su piel cuando era niña y que habían crecido junto a ella con el paso de los años. Tal vez, sin esas huellas, hubiese llegado a ser atractiva, pero no lo era; era un puto monstruo al que nadie nunca miraría como a esa fémina tendida en la cama.

De repente, oyó otro ruido; una puerta se cerró y el hombre del tatuaje entró en escena. Era alto y el enfoque desde el hueco no le permitía verle más allá del torso; se agachó para tratar de obtener una mejor perspectiva, pero, antes de poder comprobar si eso había servido de algo, el tipo se alejó de su limitado rango de visión.

—¿Un mal día, cariño? —preguntó ella abriendo las piernas para él.

Ese gesto le secó la boca. No es que le gustasen las mujeres, pero la expectación de lo que iba a suceder la excitaba. Sintió cómo sus pezones se erguían para reclamar unas caricias que jamás llegarían; percibió su ropa interior húmeda por los flujos que nadie probaría...

Él susurró un «sí» y se acercó a ella quitándose la sudadera que llevaba puesta. De nuevo su espalda desnuda le mostraba al lobo aullando; se detuvo un segundo y caminó unos pasos hacia atrás. Eso la asustó y, con rapidez, colocó el cuadro en su sitio y permaneció inmóvil apoyada contra la pared, tratando, desesperada, de contener su respiración agitada y el atronador ritmo al que palpitaba su corazón en esos instantes.

Cerró los ojos y recordó la frase que acababa de leer en su cuello gracias a la cercanía: «Puro acero, puro honor».

¿Sería verdad? ¿Sería en realidad «puro honor»? ¿Podría confiar en él?

Quizá pudiese compartir con él la situación en la que se encontraba; lo cierto era que necesitaba conversar con alguien, explicar qué sucedía, solicitar ayuda... pero le costaba tanto hablar con los demás... sobre todo para pedir socorro.

De nuevo el murmullo acompasado y rítmico le indicó que la pareja estaba manteniendo relaciones sexuales y se atrevió a descolgar con cuidado el cuadro del muro para volver a observarlos.

La espalda del hombre tenía algo que la hipnotizaba; le gustaba ver cómo todos los músculos se tensaban con cada movimiento. Se había acercado a la cama, la mujer tenía la mirada fija en el hombre que iba a poseerla y Vanesa sabía muy bien el porqué, ¡cuánto daría por tener, aunque fuese sólo una vez, esa misma sensación!

Ese sentimiento de ser deseada por otra persona, esa sensación de tener el poder sobre alguien a quien vas a regalarle el mismo placer que vas a obtener.

Perdida en sus reflexiones estaba cuando, sin saber por qué, un ruido la puso en alerta. Colocó el cuadro en su sitio y se ocultó tras el sofá; alguien intentaba abrir la puerta de su apartamento, estaba segura.

¿Serían los mismos desalmados que habían acabado con la vida de su padre? A pesar de todo lo que había hecho para pasar desapercibida, ¿habrían sido capaces de localizarla? De ser así, estaba perdida. Sólo esperaba que todos los años que había dedicado a practicar defensa personal le sirvieran en ese momento en la vida real, aunque no podía evitar el temblor que asolaba sus piernas.

La puerta se abrió despacio y un hombre tan alto que parecía una montaña entró. No tenía pelo, y su cabeza estaba tatuada por completo. Llevaba un arma, no se había molestado siquiera en ocultarla. ¿Quién iba a enfrentarse a un tipo tan aterrador?

Continuó escondida tras el sofá, sobre sus rodillas. Esperaba que el gigante no se percatase de su presencia y pensara que no estaba en casa y se fuera sin más. Eso le daría el tiempo suficiente como para coger la mochila y largarse cagando leches a otro sitio; de todas formas ese Acero... ¿Acero? Eso le hizo recordar algo que no podía detenerse a encajar, no aparecía por ningún lado de su mente.

Gateando, se desplazó por el suelo, usando el largo del sofá como escudo protector, y observó cómo el tipejo husmeaba entre sus cosas.

De repente el móvil del extraño sonó.

—Sí, jefe. No sé si está, pero vive aquí.

Una eternidad pasó y el hombretón no pronunció ni una sola palabra más, tan sólo asentía y, cada vez que lo hacía, su gran papada se arrugaba, asemejándose a una gruesa cara.

Parecía que se iba a ir, así que, en cuanto estuviese segura de que ya no había peligro, se esfumaría. Dejaría la llave a... a nadie. ¿A quién iba a dejarle la llave de un piso para que se la devolviese a un casero al que apenas conocía?

Se la enviaría por correo, eso haría, junto con un cheque con el dinero suficiente como para cubrir dos meses de alquiler y, así, compensar su repentina huida. Trazaba un plan a toda velocidad cuando se dio cuenta de que el tipo sacaba un encendedor de su bolsillo, dispuesto a prender fuego al apartamento.

No podía, no, no podía... no podía pasar por eso de nuevo. No podría soportar otra vez sentir el calor en su piel, penetrándola hasta marcarla para siempre. No supo de dónde vino la rabia que se hizo con el control de su cuerpo. Salió a toda prisa y con una agilidad asombrosa de su escondite, y le propinó una patada al extraño que, ante la inesperada sorpresa, dejó caer el encendedor.

—Así que la rata estaba escondida... —dijo con un marcado acento extranjero, sonriendo al verla.

El tipo, a pesar de su gran tamaño, la embistió con agilidad. Era un mastodonte furioso. Trató de recordar lo que había aprendido, pero no fue capaz. Por un instante, se quedó paralizada junto a la pared, mientras el matón cada vez estaba más cerca, para golpearla con todo su grueso cuerpo. Vanesa esperó hasta el final, justo cuando iba a impactar contra ella, y se alejó con rapidez del muro, que recibió el choque que estaba destinado a ella.

—¡Putas! —gritó mientras el tabique temblaba por el trastazo.

«Sí, putas. Si todavía soy virgen, por el amor de Dios.»

—¿Es que no te da la sesera para pensar en un insulto más original y menos gastado? Si ya ha perdido hasta el sentido, después de tan largo y continuado uso a lo largo de los siglos.

El gigante la miró desconcertado.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Quién coño te envía? —interrogó mostrando una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Tu cabeza —soltó de repente, asustándola.

El tipo atacó de nuevo; su cuerpo de pronto pareció recordar con exactitud lo que había aprendido durante años y pudo defenderse y esquivar algunos porrazos, pero él resultó ser asombrosamente rápido a pesar de su enorme volumen y estatura y, antes de que pudiera evitarlo, colgaba por el cuello a unos centímetros del suelo mientras él no dejaba de apretar con fuerza, impidiéndole respirar con normalidad. Sus fuerzas la abandonaban poco a poco y supo que ese final que tanto había ansiado estaba a punto de llegar. Y tuvo miedo. Miedo de verdad.

—¡Suéltala, maldito hijo de puta! —Oyó otra voz, una que por un instante le pareció familiar.

Su agresor aflojó el agarre al girar el rostro para mirar con asombro al desconocido que se atrevía a hablarle así, y Vanesa pudo toser y tratar de recuperar el jodido aire que le estaban robando.

Antes de recuperar el aliento, el golpe contra el suelo se lo arrebató de nuevo. El mastodonte la había tirado para defenderse del otro, que lo atacaba con precisión y sin pausa. Ambos estaban acostumbrados a luchar; los puñetazos y los bloqueos se sucedían a toda velocidad. Todo ocurría muy deprisa y apenas le daba tiempo a ver quién atizaba o quién recibía. Se concentraba en recuperar el oxígeno que su cuerpo demandaba.

Entonces se dio cuenta de que su vecino, porque era él, iba perdiendo terreno. Su espalda se tensaba cada vez con mayor esfuerzo y decidió que debía ayudarlo. Se levantó como pudo y empezó a dar golpes al matón en los riñones, en las rodillas, en la espalda..., cualquier zona en la que pudiese causarle dolor y mermar sus fuerzas, que parecían no tener fin.

El hombre de acero recuperó terreno gracias a su ayuda y comenzó a lanzar una tanda tras otra de certeros golpes que lograron que, al fin, tras unos insufribles minutos, el tipo cayese al suelo, desplomado.

Su salvador remató la faena con un puñetazo en la cara del matón que le hizo perder la poca conciencia que le quedaba y después, durante unos intensos segundos, se miraron a los ojos y Vanesa adivinó que la había reconocido. Desde luego ella tenía meridianamente claro quién era él, el capitán de la Guardia Civil que la había ayudado con el bochornoso asunto del coche días atrás, ese de quien salió huyendo y que ahora resultaba que era su vecino, al que había visto follar con esa mujer; estaba segura porque se había aprendido ese lobo tatuado de

memoria. ¡Oh, Dios! ¡Se había masturbado pensando en él!

Al caer en eso, no pudo evitar que el calor llenase su cara; le ardían las orejas y sentía el labio sudoroso, igual que sus manos, y su respiración, agitada por el momento de tensión, se aceleró más. ¿Qué coño acababa de pasar?

—¿Quién cojones eres? —dijo él, tratando de recuperar el aliento y limpiándose la sangre que goteaba de su labio inferior.

—No... no soy nadie; sólo estoy de paso —mintió.

—No, no estás de paso. Y sí, sí eres alguien. Desde este instante estás bajo mi tutela, Vanesa —soltó sin que ella se lo esperara.

—¿Sabes quién soy? —preguntó sorprendida.

Se lo quedó mirando, ¡todo era de locos! Había pensado que la había reconocido por el incidente de la ventanilla del coche, pero no. Él la conocía, sabía quién era, y eso le trajo recuerdos lejanos de un hombre de brazos fuertes y una piscina de agua helada que la llamaba con insistencia.

—Tienes los ojos de tu madre y el mismo pelo rojo. Además, he visto la cicatriz y...

Vanesa, sin poder evitarlo, giró el rostro para que no viese más, aunque no parecía sorprendido ni la miraba con repugnancia.

Acero vio cómo ocultaba su cara. Todavía recordaba a aquella chiquilla que siempre huía de las miradas de todos y no pudo evitar sentir que regresaba a un pasado que no fue mejor, sino doloroso. Muy doloroso.

—Siento lo de tu padre, fue un gran hombre —susurró.

—¿Cómo sabes que han matado a mi padre? ¿Quién eres, de todas formas? ¿De qué me conoces? ¿También quieres acabar conmigo, darme caza?

—No, nada de eso. Estoy aquí para protegerte —afirmó rotundo—. Acero, capitán Acero —se presentó.

—Acero... tú eres a quien me dijo que encontrase...

—Me pidió que cuidara de ti, unos días antes de que apareciera muerto. Te llevo buscando una eternidad —musitó acercándose a ella. Acero no tenía ni idea de la verdad que encerraban esas palabras. Tan sólo era capaz de ver a una chica asustada que seguía impactada por lo sucedido y conocía bien esos estados. Aunque parecía estar bien, en breve, se derrumbaría.

—Pues ya me has encontrado —murmuró a punto del colapso.

—Sí, y ahora estás a salvo —sentenció abriendo los brazos para acogerla.

Y, Vanesa, refugiándose en ese duro pecho sudoroso, quiso creer que de verdad lo estaba.

CAPÍTULO 4

Acero esperó unos segundos, pero sabía que no podía alargar mucho más esa situación. Estaban en peligro. Aunque no creía que hubiesen enviado a nadie más aparte de a ese energúmeno, tenían que salir de allí a toda prisa. Sus viviendas se habían visto comprometidas. Fueran quienes fuesen los que estaban detrás de todo aquello, habían sido más listos que él y la habían encontrado; a partir de entonces tendría que mantenerla a salvo hasta que diera con los cabrones responsables de la muerte de Acosta y que querían ver a Vanesa también sin vida.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Por qué huiste?

—Cuando entré en la biblioteca y vi a mi padre —dijo ahogando un sollozo—, no supe qué otra cosa hacer. ¿Estuviste allí?

—Por supuesto. Me llamaron en cuanto hallaron el cuerpo.

—¿Lo viste?

—Sí, se pusieron en contacto conmigo tan pronto como los compañeros llegaron.

—Tendría que haberme quedado... Me fui de allí sin más... ¿Sabes qué ha sido de él?

—Traté de que lo mantuvieran en la morgue, pero en Sevilla no tengo tantos contactos como aquí. Una vez comprobada su identidad y después de tomar todas las muestras, procedieron a incinerarlo.

Vanesa sintió cómo la tristeza la llenaba; había salido huyendo temiendo por una vida que tantas veces había odiado y ahora se sentía mal, culpable.

—Y Lili...

—¿La empleada del hogar?

—Sí. ¿Está bien? Me largué sin ni siquiera importarme si estaba bien o no, si el asesino o los asesinos seguían en la casa... sólo pensaba en huir y ponerme a salvo... —murmuró sin poder contener las lágrimas.

—El instinto de supervivencia es algo que llevamos dentro. No te fustigues por hacer algo que la mayoría haría; el problema es que, al huir, te convertiste en sospechosa.

Vanesa pensó en las palabras que Acero le decía y se dio cuenta de que todavía seguía abrazándola por la cintura con sus fuertes brazos desnudos, cuya visión la llevó a instantes antes, cuando lo espiaba; a esa espalda fuerte y a sus tatuajes.

Sintió cómo el rojo se apoderaba de su rostro y se alejó con brusquedad de él. No podía tenerlo tan cerca, seguro que sus pensamientos se reflejaban en su mirada con total claridad.

—Nunca haría daño a mi padre, lo quiero... lo quería o algo así. Aunque no demuestre mucho afecto... puedo sentirlo.

—Para él eras lo más importante también —confesó en voz baja.

—¿Por qué te llamaron? Quiero decir, ¿por qué tuvieron que avisarte? No es como si fueras de la familia.

Acero apretó la mandíbula, el recuerdo del cadáver de su mentor y amigo, al que consideraba casi como a un padre, hizo que la rabia contenida regresara con fuerza, la misma que los recuerdos que había mantenido enterrados usaba para salir de ese agujero al que los había relegado.

—Soy de la familia. No siempre la sangre define eso. Era como un padre para mí.

—¿Cómo es, entonces, que no tenía ni idea de tu existencia? No sé quién eres...

—Eras muy joven y los años nos han cambiado a los dos. Todavía recuerdo cuando llegué a tu casa la primera vez... Siempre ibas con aquella sudadera de capucha rosa y con el pelo suelto. Nunca dejabas que te lo recogieran.

Vanesa sonrió, era cierto. Siempre había llevado aquella sudadera rosa con capucha y su pelo era un nido de enredos porque invariablemente quería llevarlo suelto, era como su manto mágico y lo colocaba por encima de su rostro y era

casi como si la cicatriz dejase de verse.

—Recuerdo aquella sudadera —murmuró con melancolía.

—Cuando me fui eras todavía pequeña, tal vez por eso no me recuerdas... Los años nos han cambiado a los dos, supongo. Pero no tenemos tiempo ahora para rememorar el pasado. Prepara lo imprescindible mientras pienso en qué podemos hacer. Aquí está claro que ya no es seguro... para ninguno de los dos.

Vanesa asintió, conforme, y Acero se alejó de ella, que quedó rodeada, de repente, del crudo invierno como si el hombre se hubiese llevado su escaso calor. Lo observó mientras se acercaba, tan sólo con los vaqueros puestos, al gigante que yacía en el suelo; lo golpeó con un pie para asegurarse de que no había recobrado la conciencia. Tal vez temía que despertara y los atacara de nuevo. Se agachó y le dio la vuelta para esposarlo a la espalda. Ya no había nada que temer.

Acto seguido, sacó el móvil del bolsillo del pantalón que colgaba justo sobre sus caderas, dejando todos sus espectaculares músculos a la vista, y ella no pudo evitar contemplarlo con la boca abierta. Su torso estaba cubierto por una fina capa de sudor, seguramente por el esfuerzo de la lucha, dando brillo a sus marcados abdominales.

Se imaginó tocando cada uno de ellos de arriba abajo hasta que sus manos se perdiesen en lo que ocultaban los vaqueros. ¿Serían de acero? Realmente no le extrañaría.

«Podría lavar ropa toda la noche en esa tableta de chocolate», se dijo. «Sí, lavar ropa es en lo que piensas...», se burló de sí misma mentalmente.

—Me voy —anunció de pronto una voz de mujer que Vanesa supo al instante a quién pertenecía.

—Sí, será mejor. No hables de esto con nadie.

—Seré una tumba. De todos modos, abrir la boca sería firmar mi propia sentencia de muerte... Hasta la vista, *baby* —se despidió guiñando un ojo y tratando de imitar al protagonista de *Terminator*.

Acero no le prestó atención ni dijo nada más al respecto, como si esa mujer a la que poseía con un deseo poco contenido, casi con rabia, no le importase nada.

—Vanesa, dame un segundo. Tengo que hacer una llamada. Mientras tanto prepara tus cosas. Recuerda: sólo lo imprescindible.

—No tardaré. Siempre las tengo preparadas.

La respuesta lo complació y sonrió a la vez que marcaba teclas en el móvil.

—Cobos —soltó sin más—, la he encontrado. Necesito un lugar seguro; ellos también han dado con ella. Pide a una patrulla que venga a mi domicilio, tengo una sorpresa esposada esperándolos en el apartamento contiguo.

Acero permaneció en silencio, Vanesa supuso que escuchaba lo que el tal Cobos le decía.

—Nos vemos en el bar Deportivo en media hora. Trae a Soledad, voy a necesitarla.

El capitán colgó el teléfono sin ni siquiera despedirse y volvió a dirigirse a Vanesa.

—Vamos, hay que largarse antes de que lo echen en falta y vengan más.

—¿Quién es Cobos? ¿Y Soledad? ¿Son de fiar?

—Lo son, no te preocupes.

—Es complicado no preocuparse cuando se debe confiar en extraños.

—No soy un extraño, conocía a tu padre; de hecho, espera —ordenó, para luego entrar en su piso y salir a los pocos segundos del mismo mostrándole un trozo de papel—. Me envió una carta escrita de su puño y letra; la reconocerás —explicó mostrándole la carta.

Vanesa la miró sin poder ocultar su desconfianza; siempre le había costado fiarse de la gente y ahora se veía obligada a hacer un acto casi sobrehumano para ella y pensar que con él estaría a salvo.

Cogió el papel entre las manos y comprobó que era la letra de su padre; si había algo que conocía a la perfección de él era su letra. A Vanesa nunca le había gustado hablar por teléfono, por miedo a que su padre supiera lo mal que se sentía mientras estudiaba: primero en el instituto, donde fue víctima de burlas, y más tarde en la universidad, aunque para ese entonces los insultos, las miradas de repugnancia y los cuchicheos habían dejado de molestarle tanto o, al menos, de eso trataba de convencerse cuando se encerraba en su habitación a llorar y recordaba la de veces que la habían llamado ese día «pobre niña rica». Por ese motivo había empezado a escribir a su padre en lugar de llamarlo y, lo que comenzó siendo un medio para protegerse acabó convirtiéndose en una bonita costumbre y cada semana esperaba la carta de su progenitor con ilusión.

Acero, estoy en peligro; sé que vienen a por mí, pero eso no me preocupa, sino que vayan tras Vanesa. Sé que su vida estará a salvo en tus manos, eres

el único en quien confío. Por favor, cuídala; ella es lo único que de verdad merece la pena. Dile que la quiero.

Trató de no llorar; sin duda era la letra de su padre y era evidente que se fiaba de él. Releyó las palabras varias veces, esas en las que decía que ella era lo único que merecía la pena, y sintió cómo una lágrima solitaria, tanto como lo estaba ella, se escapaba de uno de sus ojos y resbalaba por su mejilla. Con un ágil movimiento, la secó y le devolvió la carta sin decirle nada más a Acero, que la observaba serio, acerca de la nota.

Por un momento creyó adivinar en su mirada que iba a abrazarla y, aunque fuese lo que necesitaba, no estaba dispuesta a volver a repetir ese gesto tan íntimo.

—¿T² no tienes que preparar nada? Yo ya estoy lista —dijo para romper el momento.

—No tengo nada que quiera llevarme —soltó sin más.

Se dio la vuelta y, mientras pasaba por encima del agresor, se dio cuenta del pequeño orificio en la pared. Lo estudió con cautela y curiosidad, se acercó con paso lento a él y coló el dedo índice, como para medir el grosor del agujero; después miró a través de él.

Vanesa temblaba; sin duda ahora la acusaría de espía o de algo peor. ¿Qué clase de mujer no respetaba la intimidad de su vecino? Un monstruo como ella.

Acero se giró hacia la chica y Vanesa sintió que su corazón iba tan aprisa que iba a escapar de su pecho en cualquier momento. ¿Qué sucedería a continuación? ¿Le gritaría? No sería para menos... y ella, ¿qué debía hacer?, ¿excusarse?, ¿tratar de hallar una explicación convincente?

Sin embargo, Acero le dedicó una sonrisa lobuna, una sonrisa que hizo que su gran cicatriz destacase por debajo de la barba que llevaba, y Vanesa sintió que sus muslos estaban de nuevo húmedos. ¿Cómo podía ser un hombre tan diabólicamente atractivo que era capaz de distraerla de que su vida corría serio peligro?

Quiso decir algo, pero temió, por un instante, que si abría la boca para justificarse lo único que saldría de ella serían gemidos, jadeos y suspiros ahogados. Todos los que había sentido y robado a través de esa abertura.

—Hablaemos de eso en otro momento.

Gracias al Todopoderoso, Acero se dio la vuelta y se marchó a su apartamento sin pedir explicaciones, lo que Vanesa aprovechó para recuperar el aliento y coger el abrigo con capucha que siempre llevaba y la mochila que había encontrado en su coche para las emergencias. Todo lo importante lo llevaba allí: el dinero, la documentación falsa, una muda de ropa interior y poco más.

Rodeada por un silencio que daba grima y acompañada por el cuerpo fuera de juego del hombre que la había atacado, esperó a que Acero regresara de su piso a por ella. Ahora, él era lo único que tenía, él parecía ser el único capaz de ayudarla y quizá, incluso, el único que podría averiguar qué le había sucedido a su padre. Tal vez también fuera el único que pudiese contarle todo lo que ella no se había preocupado por saber de su progenitor; sobre todo por qué, lo que parecía ser una banda de criminales de la peor calaña, habían acabado con su vida y la perseguían a ella, probablemente, con el mismo propósito.

Aunque no le entusiasmase la idea, Acero parecía ser su única tabla de salvación y eso la ponía nerviosa, ya que había algo en ese hombre que le hacía saltar una alarma interna, avisándola de que con él no estaría a salvo, sino en peligro.

CAPÍTULO 5

Todos estaban en silencio; sabían que algo horrible iba a ocurrir, con él no se jugaba. Se podía pensar que era así a causa de que era él quien manejaba los hilos, pero lo cierto era que disfrutaba con lo que hacía. El poder que sentía que tenía, el temor que sabía que inspiraba en los demás..., todo eso lo hacía sentirse importante, no un alfeñique como a su padre le hubiese gustado.

Recordó la satisfacción que lo inundó cuando, en el pasado, acabó con él. En ese momento, sonrió al ver que el miedo ya no dominaba su mirada, sino la del hombre que se hacía llamar «padre» y que tan cruel había sido con él desde niño. Lo miró sonriendo mientras apretaba las manos alrededor de su cuello, y disfrutó cuando dejó escapar ese último aliento de vida, que fue el primero para que él pudiese vivir la suya; entonces no tenía más que dieciséis años, y acababa de poner fin a la existencia del ser que más odiaba. No le importaba que tras él hubiese otro más temible; le gustaba donde estaba y se conformaba con lo que había conseguido; subir desde tan abajo en una organización como ésa era todo un logro.

—¿Qué cojones ha pasado? —rugió, tras volver al presente, golpeando el rostro del joven asustado que tenía frente a él.

El chico aguantó el tipo; sabía que, si cometía otro error, la situación podía ponerse todavía más fea.

Lo han cogido, alguien la ayudó. Yo lo vi, pero no pude hacer nada... La mujer se defendió con uñas y dientes, la muy zorra sabe golpear, y entonces apareció Acero y entre los dos acabaron con Darío. Cayó como un gran árbol al que han partido el tronco. Cuando me disponía a tratar de intervenir, llamó a la pasma. Quizá es de la pasma. Habló con alguien y le pidió que enviaran una

patrulla.

—Así que Darío no ha podido con la chica, lo han detenido y el desaparecido Acero resulta que aparece y está en el otro bando.

—No lo tengo claro, señor —dijo a media voz—, pero desde luego eso parecía.

—¿Estás seguro de que era él?

—Tenía una cicatriz que le cruzaba todo el rostro, tal como me dijo, y ella...

—¿Ella?

—La joven parecía tener algo raro en la cara también.

—¿Algo raro? ¿A qué te refieres?

—A una especie de mancha.

—Así que los dos llevan marcas en la cara; no será complicado dar con ellos.
¿Algo más sobre la chica?

—Sí, tiene el pelo de un color rojo intenso.

Su jefe guardó silencio por un instante, pensativo. Sin duda se relamía, porque no eran dos personas que pudiesen pasar desapercibidas y eso le iba a poner algo más sencillo enmendar el error que Darío y el joven acababan de cometer.

—¿Sabes dónde tienen a Darío?

—Señor, lo tienen en un calabozo del cuartel de la Guardia Civil hasta que lo interroguen.

—¿Tenemos a alguien dentro? —inquirió.

—No es necesario; él sabe qué ha de hacer.

—Mejor, me ahorrará tiempo y recursos. Es imprescindible —trató de sonar más calmado— que encontréis a la chica antes que ellos; no sabemos si su padre la advirtió o si le dio alguna prueba que pueda incriminarnos.

—Daremos con ella, señor. El hombre dijo algo más —añadió.

—¿Qué?

—Que se vería con alguien en el bar Deportivo.

—No es gran cosa, pero tampoco hay muchos por aquí con ese nombre; habrá que enviar hombres a todos ellos.

Sin mediar palabra, se giró. El muchacho suspiró aliviado; había salido ileso, tan sólo un bofetón, y tenía que dar gracias, pues todos sabían que, cuando no se hacía bien el trabajo, el jefe era un tirano; sin embargo, el pago era generoso, por

eso se arriesgaban.

—Otra cosa —añadió dándose la vuelta.

—Sí, je...

La palabra quedó en el aire; la bala atravesó la cabeza del joven, que perdió tan rápido la vida como había salido el proyectil del arma. El hombre se dio la vuelta de nuevo, sin pestañear, acostumbrado a matar a sangre fría. En general lo disfrutaba, le encantaba acabar con la existencia de los que cometían errores, porque él no cometía ninguno... bueno, sólo uno: haber dejado escapar con vida a Acero, pero por fin había llegado el momento de la venganza; había dado con él y con ella. Tenía claro que Antonio Acosta iba a mandarla con él. Siempre había confiado en ese hombre a pies juntillas; ahora se preguntaba si el difunto sabría que era de la pasma y si él sabría de los negocios sucios que llevaba tan discretamente o si tan sólo había sido todo una sucesión de casualidades que iban a terminar con su vida.

La visible cicatriz debía ser un buen recordatorio para Acero; estaba seguro de que no había olvidado a Niklas, el tipo que le había marcado tan profundo como el acero su cara para toda la vida y había jodido su alma y destrozado su corazón. Era lo mejor para acabar con un hombre, joderle el alma.

Porque hasta los chicos malos se enamoraban y, cuando eso sucedía, era para siempre.

—Por vuestro bien —susurró amenazante a los hombres que quedaban, mientras abandonaba la parte trasera del antro—, espero que deis con ellos, pronto. ¡Sacad la basura! —ordenó antes de cerrar la puerta.

Nunca le había gustado ese sitio, pero era discreto y nadie sabía qué ocultaban en los bajos que tenía. El antiguo dueño, un rico excéntrico y medio loco, había construido bajo el hotel de gran lujo un sótano para guarecerse en caso de una guerra o de un posible apocalipsis, así que las instalaciones eran seguras, a prueba de bombas y apenas si había cobertura.

Había resultado ser el lugar adecuado para llevar a cabo sus negocios no tan limpios y era cómodo cuando secuestraban a alguna clienta; la bajaban directamente desde la habitación en la que se alojaba por un ascensor privado que daba a la intrincada y larga red de túneles que conectaban el hotel con El Almacén; el lugar se ocultaba en lo que había sido el almacén de un antro al que poca gente se atrevía a entrar, era la tapadera perfecta. En él se reunía lo más

selecto de la ciudad para jugar, apostar y, si tenían suerte, pasar un buen rato con algunas de las chicas. Las drogaban para que no supieran dónde las llevaban, aunque en realidad ninguna había conseguido escapar, pero era más fácil así... y más seguro.

Su negocio no dejaba de crecer y daba cada vez más beneficios. Si ese gilipollas de Acosta no se hubiese negado a seguir blanqueando parte de sus ganancias a través de la empresa de construcción que ellos le habían ayudado a levantar, en ese momento no estaría disfrutando del paraíso, si es que éste existía.

Nadie acostumbraba a negarse a hacerles el trabajo una vez que los tenían cogidos por los huevos, pero el señor Acosta le había echado pelotas al asunto y había puesto, de forma unilateral, fin al contrato por el que ambas empresas se beneficiaban.

Ahora, tenía que ensuciarse las manos y tratar de coger a la joven antes de que pudiese crearles un problema mayor, y eso lo jodía mucho; no le gustaba que nada lo molestase, odiaba que algo no saliera como lo tenía planeado, y esa chica se había convertido en una molestia. Primero había logrado huir de la casa y después... después había escapado de Darío. Una pena; ahora no la tenía a ella, ni tendría a Darío. Si seguía las instrucciones, en unas horas, cuando fuesen a por él al calabozo, lo encontrarían sin vida, tal y como los tenían aleccionados.

Era la única cláusula poco agradable de los contratos, pero quienes aceptaban lo hacían asumiendo todas ellas, las buenas y las malas.

Debía ir a ver a sus jefes a la cárcel, y no le apetecía tener que contarles lo sucedido, pero los conocía y sabía que era mejor informarlos que mantenerlos al margen, pues luego sería peor para todos.

Salió del hotel con su traje hecho a medida y se subió al carísimo automóvil con chófer que usaba. Pasaba por ser un empresario más alojado en el lujoso establecimiento, y no despertaba sospechas en un sitio en el que la gente iba y venía cada día.

—¿Señor?

—Vamos a ver a los jefes.

—Por supuesto, señor —dijo el joven conductor, arrancando sin dilación y dirigiéndose al lugar donde estaban sus superiores.

Viktor detestaba ir a la penitenciaría, le provocaba escalofríos, pero en esa

ocasión había creído más acertado ser él mismo quien les contase todo lo que había sucedido. En los últimos tiempos no habían tenido suerte; parte de la organización se había visto afectada y descubierta y, después, los guardias civiles habían acabado con la sede de Almería y también habían destapado todo el tráfico de Málaga que salía hacia fuera; por fortuna, no habían dado con la actividad que de verdad les daba dinero. No eran las drogas, ni el arte, ni siquiera la trata de blancas, lo que de verdad les daba pasta estaba a buen recaudo, escondido en lo más profundo de la web, donde sólo un grupo privilegiado tenía acceso a esas páginas en las que exponían la mercancía y la subastaban al mejor postor.

Siempre era divertido ver cómo las pujas subían en el contador de la pantalla mientras el tiempo se agotaba, y ése era el verdadero negocio, el que les hacía seguir adelante, aunque Niklas y el verdadero jefe hubiesen sido quitados de en medio temporalmente; además, sus abogados ya estaban trabajando en eso.

Después de algo más de media hora, estaban en la puerta del lugar en el que se encontraba Dragos. Sólo esperaba que estuviese bien y que no se tomara demasiado mal el asunto del que venía a informarlo; no es que le importara que rodaran cabezas, pero le gustaba dónde estaba la suya.

La organización tenía untados a algunos funcionarios de prisiones que hacían la vista gorda con el régimen de visitas. Tras pasar los controles de seguridad pertinentes, lo llevaron a una sala privada en la que Dragos lo aguardaba esposado a la mesa.

—¿Es preciso? —le preguntó al guardia, refiriéndose a las esposas—. No corro peligro.

—Lo siento, son las normas —contestó encogiéndose de hombros.

El funcionario de prisiones los dejó a solas después de cerrar la puerta de seguridad.

—Viktor —dijo sorprendido—, si vienes en persona, es que no son buenas noticias.

Viktor lo observó; había ganado masa muscular y se le veía fuerte y sano, nada que ver con los primeros días de reclusión en ese sitio; ahora parecía que incluso le había venido bien.

—Tiene buen aspecto, señor —comenzó diciendo—. La verdad es que no traigo buenas nuevas. Acosta se había convertido en una amenaza para nosotros;

tuvimos que eliminarlo... pero no encontramos en su casa lo que andábamos buscando.

—Pues habrá que hacerlo, y rápido.

—Sí. Su hija... huyó, la encontramos, pero se le escapó a uno de mis hombres, Darío. Ahora ella está desaparecida de nuevo, y él, detenido.

—Eso no me gusta. ¿Está aleccionado?

—Por supuesto, señor. Mañana encontrarán su cadáver.

—Bien, tendremos que hacernos con otro socio. Busca a alguno que se adapte a nuestras necesidades. ¿Cuándo vais a sacarme de aquí?

—Estamos trabajando en ello con toda la celeridad que podemos, pero... después de lo de Olenka... las cosas se han complicado un poco más.

—Esa perra de Olenka se lo merecía. No se muerde la mano que te da comer —rio por su propio refrán—. Daos prisa, me voy a volver loco aquí dentro.

—Sí, señor. Haré una visita a los abogados para que aceleren los trámites.

—Bien. Y de mi hija, ¿tienes noticias?

—Aún no hemos dado con ella, ni con Elisa.

—¡No me hables de esa zorra! —gritó furioso—. Lo único que quiero de ella es su cabeza separada del cuerpo.

—Si averiguamos algo más, vendré de nuevo.

—No espero menos de ti. —Sonrió a la vez que la puerta se abría.

—Voy a hablar también con Niklas, le informaré...

—No es preciso, ya lo haré yo. Niklas dejó de ser importante hace mucho; a partir de ahora, quiero que sólo me informes a mí. Yo me encargaré de tenerlo al tanto.

—Como quiera, señor.

—Ahora vete y soluciona los problemas.

Viktor asintió y el guardia apareció para sacar a Dragos del cubículo y llevarlo de vuelta a la celda; el tiempo del que disponía se había agotado. Otro guardia, el que lo había acompañado desde su entrada, lo guio de nuevo a la salida.

Cuando abandonó el centro penitenciario, se dio cuenta de que el sol se había apagado otro día más, pero no le importaba, le gustaban las sombras, formaban parte de su alma.

CAPÍTULO 6

Acero salió de su piso y fue a recoger a Vanesa.

—Vamos, por la escalera será más seguro. Date prisa, no tardarán en mandar más hombres.

La chica lo siguió lo más rápido que pudo; sólo había cogido su mochila y el abrigo que la ayudaba a ocultar su rostro. Acero había oído hablar en alguna ocasión de lo que le había sucedido a la hija de Antonio, pero nunca había conversado mucho con ella, ya que no salía apenas de la habitación.

El único contacto que habían tenido fue aquella vez que tuvo que sacarla de la piscina, pero de eso hacía ya muchos años. Ella apenas empezaba a dejar de ser una niña y él era un joven que pensaba que lo sabía todo, cuando en realidad no tenía idea de nada.

Sabía que Antonio se había quedado destrozado por el incidente que, además de dejar a su hija al borde de la muerte y con graves quemaduras, le había arrebatado a su mujer, pero era algo tan doloroso para Acosta que sólo lo mencionaba en contadas ocasiones, en aquellas en las que se dejaba embriagar por el líquido ámbar que quemaba su garganta tanto como para hacerle recordar.

En un acto inconsciente, apretó la mano de Vanesa entre la suya con fuerza y tiró de ella para salir de allí cuanto antes. De repente se había dado cuenta de que había sido descuidado. Había dejado que pasara mucho rato y con toda seguridad, a quien estuviese tras el intento de secuestro, le habría parecido raro no saber nada de su hombre.

Sin aliento, llegaron a la calle y Acero se dirigió a un callejón trasero y poco transitado en el que se detuvieron con la misma brusquedad que todo lo que los había rodeado desde su encuentro.

Parados, se miraban a los ojos con el pecho agitado en busca de aire... y Vanesa notó cómo su mano estaba entre la de Acero, que no la había soltado aún; una chispa eléctrica recorrió todo su cuerpo al notar el contacto. Sabía que no debería ser consciente de ello, que no tendría que ver a Acero de ese modo, pero no podía evitarlo. Era bastante mayor que ella; sin embargo, eso lo hacía más atractivo si cabía, al igual que esa cicatriz que cruzaba su mejilla y partía su labio, volviéndolo irresistible.

Sus ojos parecían los de un felino en la noche, vigilantes, inteligentes... De pronto la asaltó el loco deseo de pasar sus dedos a lo largo de esa cerrada herida para acabar rozando la marca que atravesaba la generosa boca.

Deseaba acariciar esa marca y eso la confundió; odiaba las suyas, pero se moría de ganas de rozar la del hombre que tenía que salvarle la vida. Todo lo que giraba alrededor de Acero era extraño para ella; le hacía sentir y hacer cosas que por regla general nunca se le hubieran pasado por la cabeza, y allí estaba, soportando que él la tocara. Desde luego era asombroso incluso para ella misma, pues no solía permitir que nadie lo hiciera, ni siquiera que se acercara tanto, pero ver su mano dentro de la de él, más grande y áspera, le hizo sentir... segura.

—Monta —ordenó.

—¿En eso? —preguntó sin poder creer lo que veía—. Ni loca —replicó.

—Primero, *eso* es mi moto, una Yamaha XV950 Racer en la que nunca subo a nadie, así que siéntete una privilegiada. Segundo, no estás en situación de exigir: te recuerdo que han asesinado a tu padre y que han intentado liquidarte a ti, suerte que sabes cómo defenderte... más o menos —dijo serio.

—Bueno, cuando se es como yo, se dispone de mucho tiempo libre.

—¿Cuando se es como tú? ¿A qué te refieres? ¿A rica? —planteó confuso.

—Como si no te hubieses dado cuenta, Acero —espetó frustrada.

—¿De qué? —volvió a preguntar, fuera de juego.

Por lo general era bastante observador, pero en realidad no sabía a qué se refería ella. La noche era fría, y la bombilla de la única farola de la calle parpadeó, cubriéndolos de sombras durante unos segundos.

Cuando la luz volvió, ella se había bajado la capucha y parte del cuello vuelto del jersey que llevaba.

—De esto —soltó enseñando la parte de su rostro en el que perduraban aún las señales de las quemaduras.

Acero observó con atención la marca que empezaba en su mejilla, justo a la altura del pómulo y bajaba por su largo cuello. No podía quitarle la vista de encima y un deseo creciente de acariciar toda esa piel, para saber si era tan suave como parecía, lo invadió, pillándolo desprevenido.

Vanesa se dio cuenta de que la miraba y se bajó aún más el jersey para que viera que la cicatriz seguía más allá; después se levantó esa prenda, para mostrarle el costado en el que la marca se diluía. Era como un río bañando su piel. Acero tragó saliva, y Vanesa, al notarlo, se colocó de nuevo la ropa en su sitio. No se lo tomaba a mal, sabía que su cuerpo provocaba ese tipo de reacciones en los demás y lo había llegado a asumir con el paso del tiempo.

Por lo general no la molestaba, pero ver esa mirada en Acero, la misma que percibía siempre en los demás, le había dolido... un poco, pero ahí estaba ese sentimiento, arañando de nuevo los jirones de su alma.

—Sabía lo de tu accidente, tu padre lo mencionó alguna vez, aunque nunca hablamos del tema cuando trabajé en tu casa. Sólo recordaba tu pelo rojo fuego; un día te vi, paseabas bajo la lluvia por el jardín.

Vanesa se sorprendió, porque era verdad, le gustaba salir a pasear cuando llovía, porque nadie más lo hacía y evitaba encontrarse con personas que la observaran con pena o con un sentimiento peor.

—¿De qué conocías a mi padre? —Carraspeó al hacer la pregunta.

—Es una larga historia y ya hemos perdido un tiempo que no tenemos. Sube, nos esperan.

Con un mal gesto pintado en la cara, se colocó el casco que le había tendido y se montó en la parte trasera del bicho oscuro que tenía Acero como vehículo.

—Pensaba que el sueldo de un capitán daba para un buen coche —comentó mordaz.

—Tengo uno, pero prefiero la moto; es más cómoda, más fácil de aparcar y más rápida. —Sonrió a la vez que daba un acelerón sin moverse del sitio—. ¿Lista?

—No.

—Perfecto, agárrate —pidió saliendo disparado.

Lo último que le apetecía a Vanesa era tener que pasar sus brazos alrededor del torso del capitán, pero, aunque trató de resistirse, el impulso y la velocidad a la que volaba el cacharro sobre el que iba subida no le dejó más opción que la de

tragar el nudo que le impedía respirar y apretar sus brazos alrededor del abdomen del hombre, ese que había visto en plena acción, ese mismo que había deseado tocar, ese con el que había soñado y que ahora la estaba poniendo a salvo. Y resultaba que su tacto era como había esperado, como acero bajo sus manos: firme, duro, tenso cada vez que tomaba una curva. Y deseó, por un momento, ser esa carretera y que él poseyera cada curva de su cuerpo, que se tensara sobre ella, que acelerara hasta llevarla a su destino, sin aliento.

De repente sintió vergüenza al advertir que, de seguir sus pensamientos por ese camino, cuando se levantara del asiento de la moto iba a aparecer una bonita marca húmeda, una humedad que nacía entre sus piernas y que estaba a punto de traspasar la gruesa tela de sus vaqueros.

Y es que... ¿cómo evitar sentirse excitada teniendo algo tan grande entre las piernas? No, tampoco debía pensar en eso... era un pensamiento muy poco apropiado y aflojó el abrazo como si con eso las imágenes de ellos juntos, desnudos y jadeando, poseídos por la pasión, fuesen a desaparecer. Sin embargo, Acero, al percibir que su agarre era menos firme, colocó una de sus grandes y ásperas manos sobre las suyas y volvió a ejercer presión.

Quedó tan sorprendida por la reacción que no supo qué hacer salvo dejar las manos allí, y creyó que el viento le traía las palabras que tal vez hubiese pronunciado: «No quiero que te caigas».

Tras unos interminables minutos, en los que sentir su fuerte pecho bajo sus manos se había convertido en la más deliciosa de las torturas, la moto desaceleró y Acero aparcó en la puerta de un bar con letrero luminoso, justo entre otras muchas similares.

La chica se bajó con esfuerzo, por la postura a la que no estaba acostumbrada, y también con miedo; sus piernas temblaban como las hojas de un árbol a punto de desprenderse por la llegada del otoño.

—¿Estás bien? Pareces...

—Muy bien, vamos —lo interrumpió apremiante.

—Sí, vamos.

Tras poner el candado al vehículo, la guio hasta dentro del local con su gran mano justo en esa zona que no estaba segura de poder seguir llamando espalda. Tragó saliva y se fijó en el lugar; no era un sitio desconocido ni discreto, sino que pertenecía a una cadena de locales de apuestas legales que se extendía por

todo el país.

Había estado en alguno de ese tipo y todos lucían de forma similar, con grandes televisores para seguir todos los torneos que se jugaban de los distintos deportes, ya fuera fútbol, baloncesto, tenis, golf..., daba igual. Si había alguna competición, de lo que fuese, se aceptaban apuestas. Además, había tragaperras, mesas para jugar al póquer, al Blackjack, ruletas... La gran barra de madera vetada y brillante daba la bienvenida y siempre, siempre, había alguna camarera de bonita sonrisa y curvas de infarto detrás de ella. Así se aseguraban que los que acudían, además de gastar su dinero apostando a los distintos deportes, trataran de «ganar» a alguna de las chicas y se dejaran buena parte de su pasta en el consumo de alcohol, ya que ebrios era más fácil pensar que podían hacerse con el premio y se olvidaban de que nunca conseguirían a la chica y que, en realidad, regresarían a sus casas sin blanca y sin premio.

Acero se detuvo, aunque dejó que su mano siguiera descansando sobre la espalda de Vanesa, quien no podía evitar sentir ese maldito cosquilleo en el estómago, y escaneó la sala en busca de algo.

—Allí están, vamos —pidió.

Ella asintió y caminó hacia la mesa que le había indicado; en ella, una pareja estaba sentada. La joven era preciosa, con el cabello oscuro como la noche y los ojos como la hierba en primavera. El joven a su lado era un chico muy atractivo, de esos que no puedes dejar de mirar y que parece que han cobrado vida y saltado desde un póster de Calvin Klein de los que colocan en las paradas de autobús. Aun así, Acero tenía algo diferente que lo hacía todavía más... atractivo.

La mesa que habían elegido estaba situada en uno de los salones más discretos y tranquilos, ya que no había ni un solo televisor; eso les daría algo más de privacidad.

Acero sonrió al ver a su hombre y a Soledad; todavía recordaba cuando llegó... no parecía la misma. Cuando Cobos la rescató, la muchacha era una sombra de sí misma; ahora se había dejado crecer el pelo y sus ojos habían recuperado algo del brillo que esos malnacidos le habían obligado a perder.

Era una auténtica belleza, pero lo que más destacaba en ella era la manera en la que había luchado por salir de esa prisión en la que la retenían y cómo había logrado dejarlo todo atrás y centrarse en el presente y en su prometedor futuro con Cobos. Su chico no se había rendido y tenía los huevos bien puestos: la

había traído él solo, sin apenas ayuda, poniendo su propia vida en riesgo sin importarle, sin tirar nunca la toalla; así eran todos ellos, puro honor.

—Acero —lo llamó Cobos al verlo llegar con la chica.

—Os veo bien. —Sonrió mientras los saludaba a ambos—. Cobos, Soledad, ella es...

—Soy Vanesa —se presentó, interrumpiéndolo.

—Es la hija de Acosta.

—Encantado —la saludó Cobos.

Jose miraba a Acero en silencio. Éste nunca hablaba de su pasado, pero Acosta era un hombre al que su capitán tenía en alta estima y por eso conocía su existencia; alguna vez había hecho referencia a él, aunque no tenía muy claro qué papel habían jugado el uno en la vida del otro.

—Al final he dado con ella.

—Se te ha resistido. —Cobos sonrió.

—Sí; ha sido divertido, ¿verdad, Vanesa? —Sonrió con malicia al recordar su encuentro—. Resulta que era mi nueva vecina.

—Tú no conoces a tus vecinos —se burló el teniente.

—De vista, sí. Aunque ella se me había escapado, por eso ha sido gracioso.

—Tengo una duda, Vanesa: ¿cómo es que no han podido localizarte? No han encontrado movimientos en las tarjetas, ni han sido capaces de dar con tu coche. —Cobos sentía verdadera curiosidad por saber cómo había sido capaz de mantenerlos en jaque sin ser descubierta.

—Mi padre —empezó a contar, y tragó saliva—, desde que recuerdo, siempre me obligó a estar preparada, y por eso en el maletero llevaba una mochila para emergencias. Cuando la abrí, descubrí que había mucho dinero en efectivo y documentación falsa... —Vanesa se detuvo, ¿eso era un delito?—. ¿Me vais a detener? Eso es ilegal, ¿no es cierto?

—No te vamos a detener, tranquila; nada lo que nos cuentes saldrá de aquí, pero necesito que te centres y me expliques cualquier detalle, por insignificante que te parezca, porque puede sernos de utilidad.

—Está bien —prosiguió bajo la atenta mirada de los demás—. Cuando encontré a mi padre así, mi primer impulso fue llorar y gritar, pero de pronto me di cuenta de que quizá estaba en peligro; si no, ¿por qué tantas advertencias?, ¿por qué ese empeño en que aprendiera a defenderme? Así que me largué en mi

coche y conduje durante mucho rato, hasta que pensé que estaría a salvo. Entonces saqué la mochila del maletero y vi que estaba todo preparado por si quería, incluso, desaparecer: documentación falsa, mucha pasta y una carta en la que me pedía que buscara a Acero.

—Así que Antonio estaba amenazado y temía también por tu vida. ¡Demonios!

Cobos miró a su capitán. ¿Qué intuía que le podía haber sucedido a su amigo? ¿Sospechaba sobre quiénes podían estar detrás de esa muerte?

—Pero eso no nos explica cómo has sido capaz de pasar desapercibida.

—Compré un coche de segunda mano, abonándolo en efectivo y empleando la documentación falsa, pues temí que dieran conmigo a través de la matrícula o gracias a los pagos con tarjeta. Desde que hui, lo he ido pagando todo al contado y he usado mi otra identidad.

—Chica lista —afirmó, satisfecho, Cobos.

—Me gusta el cine policíaco —soltó como respuesta a ese halago.

—Y todo para terminar viviendo al lado de Acero. —El teniente sonrió.

Vanessa se encogió de hombros; desde luego el destino, a veces, te reserva situaciones inesperadas.

—No les hagas ni caso, son como niños —dijo de repente la bonita mujer que se acercó para darle dos besos—. Vamos a tomar algo y relajarnos. Sois unos impacientes, no nos habéis dejado ni presentarnos como es debido.

Vanessa se sorprendió; no estaba acostumbrada a que los extraños la tocasen o le hablasen con tanta naturalidad y mucho menos a que la besaran en la mejilla que tenía la marca de la quemadura, entre otras cosas porque ella nunca permitía que nadie se acercase, pero la había pillado desprevenida y, por un instante, al mirarla a los ojos, sintió que Soledad también tenía cicatrices profundas y dolorosas, tal vez como las suyas.

En un acto reflejo, se ajustó la capucha y se subió más la cremallera y Soledad, despacio, le bajó la capucha y la cremallera del abrigo y la invitó a quedarse sin él.

—Hace calor aquí; luego, al salir, te vas a enfriar —comentó con ese tono de madre que ella no había podido disfrutar.

—Es que... —Al mirarla, se interrumpió, con la voz entrecortada.

Vanessa no podía seguir, no se sentía cómoda teniendo que explicar a alguien

que acababa de conocer lo que le había sucedido, pero, entonces, Soledad hizo algo que la sobrecogió: bajó un poco el cuello de la camiseta que llevaba y le mostró varias cicatrices alrededor de su hombro; eran extrañas, en forma de media luna.

Vanesa se percató de que Cobos apretaba los puños y la mandíbula y que Acero le ponía una mano sobre el hombro, como dándole un silencioso consuelo.

—Todos tenemos cicatrices; unas nos marcan sólo la piel, otras marcan el alma, y éstas son las más difíciles de curar, pero se puede —susurró mientras miraba con devoción a Cobos.

Vanesa entendía el porqué. Cobos era muy atractivo y sus grandes ojos azules brillaban cada vez que miraban a esa chica que parecía ser capaz de contener todo el dolor oculto bajo el brillo verde de sus ojos.

—Aquí estás a salvo, nadie te va a juzgar —murmuró.

Eso le infundió ánimos y se quitó el gran y pesado abrigo. Al hacerlo, dejó adivinar una bonita silueta que Acero no pudo evitar mirar, para luego reprenderse. Era la hija de Acosta y tenía la obligación de ayudarla y aclarar todo lo que concernía a su padre; además, para él seguía siendo sólo una jovencita. No podía dejarse llevar de nuevo por aquello que sentía al verla, eso que lo obligó a mantenerse aún más lejos de ella, eso que no quiso pararse a averiguar qué era, pero que le hizo dar un paso atrás y alejarse.

—¿Qué os apetece tomar? —demandó Soledad.

—Una cerveza, esta noche me hace falta —dicho esto, Acero sonrió.

—Yo, un refresco de cola, por favor —pidió Vanesa en voz baja.

—¿Lo de siempre? —inquirió mirando a Cobos.

—Sí, por favor.

Soledad se levantó y fue hasta la barra a por las bebidas. El teniente no podía dejar de seguirla con la mirada y una sonrisa boba se dibujó en su cara.

—¡Joder, Cobos! ¡Das repelús! —le espetó Acero.

—Lo siento; trato de controlarlo, pero no puedo. —Sonrió a su capitán mientras se encogía de hombros.

—Bueno, ¿qué tenemos?, ¿has averiguado algo?

—Sólo sé que el tipo que has dejado esposado está entre rejas; mañana habrá que ir a hacerle unas cuantas preguntas.

—Perfecto. Vanesa, ¿tienes idea de quiénes son?, ¿te contó algo tu padre?

—Contarme algo, ¿de qué?

—No sé, si tenía sospechas o miedo de alguien.

—La verdad es que apenas teníamos relación; yo acabo de volver, he terminado mis estudios universitarios en el extranjero e iba a darle la noticia de que quería irme con Médicos sin fronteras.

—¿Por?

—¿Por...?

—¿Por qué irte, siendo una rica heredera?

—Una rica heredera... —repitió como si no hubiese pensado en ello y se diera cuenta, de repente, de que no volvería a ver a su padre nunca más—. No lo sé, para marcharme lejos.

—¿A dónde? —inquirió curioso.

—¿A dónde? A cualquier lugar lejos de aquí; a cualquier sitio en el que no todo lo importante sea lo que se ve; a cualquier parte en la que poder ser alguien más que la niña a la que su madre quemó.

Las palabras salieron en tropel y tan rápidas que no pudo detenerlas. Nunca antes lo había dicho en voz alta, pero era la verdad. Su paso por el instituto privado al que su padre la había obligado a asistir, también en el extranjero, había sido un absoluto infierno, la peor etapa de su vida. La había pasado sin amigos, entre burlas y desplantes. Sola, sin una persona con la que compartir los miedos, las ilusiones, los sueños... Y la única vez que alguien se había acercado a ella, fue para huir al ver su cuerpo. El recuerdo de aquello que había mantenido en lo más profundo de su corazón le hizo sentir una leve sensación de mareo y un desagradable pellizco en el estómago.

—Tendrás que posponerlo, ahora no puedes irte —sentenció Acero, serio.

—Lo entiendo —musitó.

—Necesitamos averiguar qué le ha sucedido a tu padre. ¿Nunca te contó nada?

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo se ganaba la vida.

Soledad apareció con las bebidas; llevaba tres botellines de cerveza en una sola mano y el refresco de Vanesa en la otra. Las repartió antes de sentarse, de nuevo, cerca de Vanesa.

—Mi padre era constructor, no es ningún secreto.

—Durante un tiempo, hace ya algunos años, tu padre usó la empresa para blanquear el dinero de una importante y peligrosa red de traficantes.

—¿Qué coño...? —lo interrumpió de pronto.

—Sé de lo que hablo, yo trabajé para él. Fui su guardaespaldas durante una temporada; estaba infiltrado en la banda, cumpliendo una misión, cuando me asignaron a la seguridad de tu padre. Después todo se complicó.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—Nos hicimos grandes amigos... más que eso, fue como un padre para mí.

—Bueno, me alegra saber que fue como un padre para alguien —le echó en cara, a pesar de tener claro que Acero no tenía la culpa de nada.

Acero no replicó; dio un sorbo del botellín de cerveza y miró a Cobos, que parecía inmerso en la conversación. Era toda una novedad para él escuchar a Acero hablar de su pasado, cuando casi no hablaba de su presente.

—Así que —continuó más tranquila— estabas al tanto de los negocios de mi padre.

—Sí, pero lo dejó, aunque tengo la sospecha de que ha sido la misma organización la que ha acabado con él. No sé si porque le volvieron a pedir ayuda y se negó o porque tuviese algo que ellos querían.

—¿Como qué?

—Libros de contabilidad que los puedan inculpar, alguna grabación, fotografías... cualquier tipo de prueba.

—Esto no puede estar pasando, esto tiene que ser un sueño —murmuró Vanesa—. ¿Un sueño? ¡Una maldita pesadilla! —dijo más alto de lo que debería.

—¡Cálmate! —ordenó Acero con la voz fría y seria, y acto seguido se acercó hasta ella, eliminando la distancia que los separaba en el sofá que compartían, y la abrazó con férrea determinación, tratando de lograr que su respiración se sosegara... y entonces, al encontrarse con su acuosa mirada, que provocaba que sus iris fuesen más azules, y distraerse con el mechón de color rojo fuego de su cabello, sucedió. Un latido. ¿Había sido un maldito latido? No, no podía ser. Debían de ser gases o hambre. Sí, después de la pelea con el mastodonte, estaba hambriento y esa pelirroja llorosa, a la que llevaba muchos años, no podía haber conseguido que su corazón, que no era más que un trozo de acero, hubiese latido.

Enseguida la soltó, como si tenerla entre sus brazos quemara. Vanesa suspiró,

se tranquilizó y trató de ocultar el dolor que había experimentado por su rechazo. Por un momento creyó que él la miraba sin importarle sus espantosas cicatrices, pero, en cuanto las vio de cerca, la despreció sin disimular el asco que le habían provocado.

—Habrá que investigarlo todo; tendremos que volver a la casa o mandar a un equipo allí y que lo ponga todo patas arriba.

—Sí, habrá que hacerlo —se inmiscuyó Cobos, hasta ese instante en silencio—. ¿Crees que Dragos tiene algo que ver en todo esto?

—No puedo asegurar nada, pero parece que han puestos sus tentáculos por todas partes.

Soledad dio un sorbo a su bebida, alterada. Cobos y Acero se percataron de ello y dejaron de hablar sobre posibles teorías. La morena miraba de vez en cuando a Vanesa y le sonreía como dándole ánimos, como dándole a entender que todo saldría bien, pero en esos malditos momentos sólo estaba segura de una cosa: que no tenía claro nada.

CAPÍTULO 7

Cuando todas las teorías posibles habían sido discutidas, salieron fuera y de nuevo Vanesa erró en sus pensamientos al pensar que iban a volver a sus respectivos apartamentos.

—¿Has traído la moto? —preguntó Cobos serio, como si lo riñese.

—No tenía tiempo de ir al garaje y sacar el coche. ¿Tengo que recordarte que casi nos matan?

—No, no hace falta. Tienes razón.

—Menos mal que sabe defenderse.

—¿Ah, sí? —inquirió Cobos sonriendo y alzando una ceja en dirección a Vanesa.

—Tuve mucho tiempo libre, es lo que pasa cuando no se tienen amigos ni familia —dijo, como si fuese lo más natural del mundo, encogiéndose de hombros.

Soledad la miró un instante y se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo; incluso ella, metida en ese infierno helado, había tenido a Anais, su querida amiga, esa que al final la delató y pagó con su propia vida la traición. El recuerdo la golpeó y le hizo derramar algunas lágrimas que se secó con rapidez para que nadie las viese.

—No, no pasa nada, de verdad. Al final me acostumbré —explicó quitándole importancia, como si no significara nada.

Soledad asintió con la cabeza y terminó de secar con la yema de los dedos las lágrimas que sus ojos habían derramado: por Vanesa, por Anais, por su soledad, por ella... Al separarse de Vanesa, supo que ésta había sufrido tanto o más que ella, y no supo qué hacer aparte de sonreírle. Vanesa le devolvió el

gesto sin esfuerzo; era la primera vez en mucho tiempo que lo hacía. Y esa sensación de calidez que despertaba Soledad en ella le agradó; era un sentimiento olvidado, pero le gustaba. Tal vez pudieran ser amigas algún día.

—¿Dónde vais a pasar la noche?

—No lo sé, Jose, pero está claro que no podemos volver a nuestros pisos.

—¿No vamos a regresar? —inquirió Vanesa, y nada más hacerlo tuvo claro que era una pregunta ridícula, ¿cómo iban a volver, si los habían atacado allí?

—Pasaréis la noche en casa —sentenció Cobos.

—No, iremos a un hotel.

—¿Un... hotel? —balbuceó Vanesa al pensar en ello. ¿Acaso no veían que para ella era un tormento salir y estar en contacto con otras personas?

—¡Vamos, jefe! Estaréis mejor en casa.

—Sí, es verdad. Tenemos sitio de sobra —intervino Soledad.

—La habitación de invitados para ella, el sofá para ti. —Cobos sonrió.

Vanesa presenciaba la escena, pero era algo extraño, como si en realidad no fuese real. Interactuar con la gente era algo que nunca había hecho y la incomodaba; sin embargo, ahí estaba, en mitad de una conversación, con gente normal, en mitad de una calle normal...

—No. ¿Y si consiguen dar con nosotros? No quiero que nos persigan hasta vuestro domicilio, Cobos. Bastante habéis pasado ya.

Vanesa notó el silencio, podía verlo cubrirlos de repente con su manto protector; por desgracia para ella, lo conocía bien, había llegado a ser parte de sí misma. Las luces de los coches que pasaban y los destellos de las televisiones que poblaban el local y que escapaban por las grandes cristaleras le otorgaban a todo un aspecto irreal.

—Y, ¿a dónde iréis? Va a ser un infierno encontrar habitaciones.

—¿Por? —interrogó Acero a su amigo, confuso.

—¿Cómo que por? Hay partidazo, el Real Madrid contra el Málaga. Estará todo hasta la bandera.

—Nos apañaremos, soy un hombre con recursos.

—Como quieras; total, discutir contigo es como darse contra un muro... de puro acero.

La inesperada comparación arrancó una carcajada general que relajó el ambiente lo suficiente como para que el manto negro se volviese gris, como

eran, supuso Vanesa, sus vidas. Vidas rotas, llenas de cicatrices, reconstruidas sobre cimientos que temblaban con cada nuevo soplo de aire fresco... y, aun así, sobrevivían cada día y luchaban por ese diminuto rayo de sol que les daría algo de felicidad. ¿Algún día podría sentirse así? No, no podría, no mientras su reflejo le devolviese la imagen de su verdadero yo; ese monstruo que ocultaba bajo la piel.

—Sube —oyó que le pedía Acero—, nos toca buscar dónde quedarnos.

Vanesa no estaba segura de casi nada, pero de lo que sí estaba completamente convencida era de que lo único que tenía era a ese extraño hombre, incluso su padre la había enviado en su busca..., así que quería creer que Acero era la decisión acertada.

Se montó en la moto tras despedirse de la pareja y se puso el casco para emprender la búsqueda de un lugar en el que guarecerse de los monstruos, esos que habitaban bajo la piel de casi todos.

Cuando el capitán aceleró, una sombra salió de los lugares más oscuros para informar a su superior de que Acero y la hija de Acosta estaban juntos. No había tenido la oportunidad de hacerse con ella, pero tarde o temprano encontraría el momento para cazarla. Por de pronto, alertaría a sus contactos por si tenían la suerte de toparse con ellos. No había sido entonces, pero no le importaba; disfrutaba con la caza y ésa prometía ser intensa.

* * *

Tras varios intentos fallidos en diferentes hoteles en los que la respuesta había sido que estaban hasta arriba, Acero decidió ampliar el margen de búsqueda y salió de la ciudad; tal vez alejándose unos kilómetros encontrasen un sitio en el que quedarse a pasar la noche. Con la luz del día quizá llegase algo de claridad a su oscuro interior, pues en ese momento no podía pensar con nitidez por culpa de todos los recuerdos que se había empeñado en ocultar y que de pronto lo golpeaban con una fuerza imparable, destrozando, de nuevo, su roto interior.

Se distanciaron de las luces y el ruido, incluso el tráfico se ralentizó; todo parecía hacerse más sosegado cuanto más lejos estaban del centro y Vanesa no pudo evitar sentir esa comezón incómoda entre las piernas al notar el abdomen

de Acero tensarse bajo sus manos con cada curva, con cada movimiento.

Su cuerpo se mecía al compás de la sinuosa carretera y eso, bajo las manos hambrientas de Vanesa, era una deliciosa tortura, pues sentía como si bailasen alguna danza erótica. Sus muslos se apretaron ante ese pensamiento, ya que le trajo las imágenes del hombre con el que estaba, desnudo y dando placer a aquella mujer por la que se hubiese cambiado sin dudarlo.

Acero detuvo el vehículo y aparcó; esperó a que ella bajase y después lo hizo él. Colocó el candado y entraron en el tranquilo hostel a esas horas de la noche; a lo mejor por fin tenían un poco de buena suerte.

—Buenas noches —saludó el recepcionista al verlos entrar.

—Buenas noches —contestaron a la vez.

—¿Necesitan habitación? —se adelantó a preguntar el joven, que se limpiaba, sin mucho disimulo, las manos en el pantalón.

—Sí, ¿tienen alguna? —inquirió Acero, esperando recibir una respuesta diferente a la de los otros establecimientos.

—Nos queda libre tan sólo una habitación doble.

Acero miró a Vanesa, cuya tez se había vuelto traslúcida. Era lo único que podían hacer y trató de advertirla con la mirada para que fuera discreta.

—Perfecto. —Sonrió mientras le entregaba el DNI para que pudiese hacer la reserva.

—Está todo lleno; el partido, ya sabe...

—Sí, lo sé. Todos le tenían ganas a este encuentro.

Tras unos minutos, el chico le entregó la llave de la habitación.

—La cafetería sigue abierta hoy, por si les apetece algo para comer. También se lo pueden llevar a la habitación —informó con una amable sonrisa.

Acero observó al joven; había algo en él que no le gustaba, pero, bueno, a él casi nadie le gustaba, no confiaba en ninguna persona. Asintió y cogió a Vanesa de la mano, como si fuesen una pareja.

Ella, al notar de nuevo el contacto, volvió a percibir esa descarga que la pilló otra vez desprevenida, y trató de disimular eso que sentía obligándose a esbozar una sonrisa que pareciese natural, aunque no se la creyó ni ella misma.

Antes de dirigirse a la habitación, Acero la guio hasta la cafetería, bastante concurrida debido al partido que televisaban, en la que los clientes bebían y charlaban ajenos a lo que sucedía fuera de su círculo más cercano; ninguno tenía

ni idea de que ellos habían estado a punto de morir horas antes.

—¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa estará bien —contestó Vanesa.

—Vale, pues... —se interrumpió mirando la carta—... ¿Hamburguesa?

—Genial. —Sonrió.

Y, por primera vez, se trataba de una sonrisa sincera. No la había tenido que fingir, había salido de forma espontánea, cómoda. Le encantaban las hamburguesas y, que él se hubiese decidido por su plato favorito como primera opción, le había hecho sentir alegre. Era una tontería, lo sabía, pero no había podido controlarlo.

Acero pidió al joven camarero que se hallaba tras el mostrador dos hamburguesas y dos refrescos, y esperaron en la barra a que estuviese todo listo después de decirle que se lo tomarían en la habitación.

El capitán le indicó los taburetes a su lado y se sentaron a esperar.

—Un plato de aceitunas —le pidió al chico mientras esperaban la cena.

Él los atendió en un instante y lo dejó sobre la barra, delante de ellos.

—¿Más tranquila? —preguntó llevándose una aceituna a la boca.

¿Sería consciente de lo sensual que era? ¿Sabría que sus movimientos no dejaban de provocar sus sentidos, que se negaban a dejar escapar la imagen de ese hombre desnudo entre las piernas de otra?

—No... bueno... supongo que sí. Ha sido todo tan raro... —murmuró, después de picar del plato.

—¿Raro? —Esbozó una sonrisa—. La verdad es que no ha sido algo que me haya pillado por sorpresa, supongo que me lo esperaba de alguna forma... El pasado siempre vuelve, ¿no?

—Creo que hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, ahora mismo...

—Su pedido, señor —los interrumpió el camarero.

—Gracias —contestó a la vez que pagaba.

Acero no esperó la vuelta; se levantó, cogió el paquete con la comida y la bebida en una mano y a Vanesa por el brazo y se dirigió con ella a la habitación.

Tomaron el viejo ascensor y Acero notó que Vanesa se tensaba; tal vez le daban miedo los espacios pequeños, o los evitaba como él; debería de haber preguntado. En realidad, sólo era una planta, podrían haber usado la escalera.

Las puertas se abrieron en unos segundos y Vanesa pareció volver a respirar con normalidad. Caminaron por el pasillo enmoquetado en tonos chocolate y llegaron a la puerta de la habitación.

Acero abrió, encendió la luz y vio que la estancia, aunque no era gran cosa, estaba limpia y ordenada. Entró seguido de Vanesa y se dirigió hasta la ventana, recorrió la cortina y observó todo lo que los rodeaba; nunca estaba de más asegurarse.

—¿Crees que nos han seguido?

—No, pero así me quedo más tranquilo —contestó a la vez que comprobaba que su arma estaba a punto.

—¿Vas a dormir con ella? —inquirió asustada y a la vez hechizada por la pistola, ya que nunca había visto una tan de cerca.

—Siempre —afirmó—. Vamos a cenar —agregó para cambiar de tema y trató de imitar una sonrisa, que no pareció muy convincente.

Vanesa se sentó y no dejó de pensar que era curioso cómo dos extraños podían tener tantas cosas en común. Quizá para el resto de la gente eso pasara inadvertido, pues la piel de Acero era hermosa, llamativa, brillaba con tanta fuerza que te deslumbraba para despistarte, pero, si te fijabas bien, si eras capaz de ver más allá, el monstruo que habitaba bajo ella rugía furioso y trataba de romper las cadenas de acero con las que lo tenían prisionero.

Por desgracia, Vanesa era capaz de ver más allá, era una técnica que ella misma había utilizado en muchas ocasiones, demasiadas a lo largo de su vida. Se sentó sin decir nada más y cogió la gran hamburguesa que la tentaba, y su estómago, en respuesta, protestó para que quedara constancia de que ella, también, tenía un hambre voraz.

CAPÍTULO 8

—Así que... eras como un hijo para él —se atrevió a preguntar.

La verdad era que estaba ansiosa por saber qué coño era lo que su padre le había ocultado y qué pintaba Acero en su vida. Éste tomó aire y su mirada bailó lejos por un momento, el mismo tiempo en el que ella creyó que ese hombre no iba a contarle nada, pero su respiración contenida salió de golpe cuando finalmente comenzó a hablar.

—Supongo; trabajábamos juntos y, como se suele decir, el roce hace el cariño. Imagino que yo necesitaba un padre, y él, un hijo.

«Claro, no tenía bastante con una hija que no estaba entera», pensó con tristeza, aunque se la tragó junto con el trozo de hamburguesa.

—¿Por qué? ¿Por qué mi padre estaba metido en esos asuntos? ¿Por qué tenía la necesidad de blanquear dinero para unos criminales? ¿Sabía que estabas actuando de incógnito, que eras un guardia civil infiltrado en la banda? —preguntó seria y, acto seguido, pegó otro mordisco.

No pudo evitar, aunque lo intentó, cerrar los ojos al saborearla; estaba muy rica y notó cómo el jugo de la carne le goteaba por la comisura de los labios. En ese instante abrió los ojos y se encontró con Acero, que tenía una servilleta en la mano y la acercaba a ella para limpiarle la comisura de la boca.

—¿Estás de coña? No tendrás la intención de limpiarme, ¿verdad?

—Pues parece que sí, que iba a hacerlo —contestó sorprendido por lo que iba a hacer.

—No soy una niña pequeña.

—Ah, ¿no? Pues lo pareces. ¿Seguro que ya eres mayor de edad? ¿Cuántos años tienes? En todo caso, actúas como una cría —soltó molesto.

Acero se dio cuenta de que sus palabras habían sonado hirientes y realmente no tenía claro por qué le había replicado tan enojado.

—Sí, ha llovido mucho desde que cumplí los dieciocho, y ahora sí que me creo que trabajases con mi padre, incluso puede ser que estuvieseis muy unidos —dijo de repente, sorprendiendo a Acero.

—¿Y eso? ¿Por qué lo dices?

—Porque te pareces a él; decía que me quería, pero me mantenía alejada de él; supongo que le recordaba a mi madre más de lo que le hubiese gustado, o tal vez era porque no le gustaba mirarme. Al fin y al cabo, soy...

—¿Qué? ¿Qué eres?

—Nada.

—¿Ibas a decir un monstruo? —insistió.

—Sí —suspiró—, eso iba a decir.

Y por primera vez irguió el cuello y mostró buena parte de sus cicatrices, sin pudor, frente a un desconocido que se había convertido en la única tabla a la que aferrarse si quería salir con vida de ese mar revuelto que la había arrastrado inesperadamente.

Acero cerró los ojos un instante; no era un hombre que demostrase con facilidad sus sentimientos, entre otras cosas porque nunca llegaba a intimar tanto con alguien como para hacerlo. Había sufrido mucho en el pasado por dejarlos aflorar y no deseaba pasar de nuevo por algo parecido, pero esa chica a la que, al parecer sin ella saberlo, le había salvado la vida hacía ya tantos años, tenía algo... siempre había tenido algo que lo había hecho sentirse protector con ella. Quizá porque siempre la vio como una cría sola y sin amigas que no estaba disfrutando su niñez; tal vez porque había visto en muchas ocasiones destellos de su luz, una luz que se iba apagando poco a poco cada día, recordándole una estrella que agoniza, recordándole a sí mismo.

—Hay monstruos de verdad, seres monstruosos que quizá no tengan cicatrices visibles para muchos, aunque algunos somos capaces de verlas. Y sí, era amigo de Antonio; realmente fue como un padre para mí. Él siempre veló por tu seguridad; por eso, cuando se dio cuenta de que podías correr peligro, te envió fuera a estudiar... No lo hizo porque no quisiera verte, lo que no quería era que te vieran ellos.

—¿Qué...? —preguntó asombrada.

—Tienes un precioso y llamativo pelo rojo; como comprenderás, es algo que llama demasiado la atención, no pasa inadvertido, y con respecto a tus cicatrices... deberías lucirlas con orgullo y no avergonzarte de ellas, son la muestra de que has luchado contra la muerte y le has ganado la batalla, ¿cuántos pueden decir eso?

—¿No te repugnan? —susurró.

—También tengo una, ¿no te has percatado?, porque es evidente. Es ésta, ¿ves? Justo la que parte mi rostro.

—Sí, la he visto, pero... no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque la mía también ocupa parte de mi cuerpo.

—Mira —dijo poniéndose en pie y quitándose la camiseta.

¿Ese hombre sabía lo que hacía? ¿No era consciente de que estaba babeando y no era debido a la hamburguesa? Vanesa se metió otro bocado en la boca para tratar de disimular lo que le sucedía.

¡Dios! Era mucho más fácil mirarlo por el orificio de la pared... ¡cómo necesitaba un muro que la ocultase en ese mismo instante! Tenía que dejar de mirarlo, pero ¿cómo coño lo hacía, si sus ojos no eran capaces ni de pestañear?

Allí, frente a ella, estaba ese hombre... ese dios al que había observado desde un diminuto agujero y con el que se había masturbado en más de una ocasión. A partir de entonces... se iba a masturbar durante una larga temporada... No, no iba a mentirse, se iba a masturbar hasta el día de su muerte con esa imagen grabada en sus pupilas.

—Fíjate —dijo como si fuese lo más normal del mundo—, ésta que tengo en el costado fue durante una misión en la que también estaba de incógnito; me clavaron un puñal y tiraron hacia bajo para desangrarme entero. Tuve suerte, no lo consiguieron. Llegué al hospital conduciendo yo mismo y todavía con el arma dentro; el otro... quedó mucho peor que yo —presumió—. Esta de aquí —continuó narrando, señalando en esa ocasión otra bajo su pecho izquierdo— es resultado del roce de una bala. No llegó a darme de lleno, pero estuvo muy cerca, y ésta —señaló, desabrochándose el pantalón y bajándoselo un poco para mostrar parte de su pubis—, ésta fue... —Se detuvo y sonrió como si recordara algo.

—¿Una amante insatisfecha? —comentó Vanesa con la comida aún en la

boca, sin poder tragarla todavía por culpa de la tensión que se mascaba a su alrededor.

—No, aunque podría haber sido así. —Sonrió, dejándola fuera de juego—. Ésta fue en una pelea; el cabrón se saltó las normas y llevaba una pequeña navaja, que no dudó en hundirla en el primer sitio que pudo.

—¿Ganó?

—No, lo dejé K.O. antes de que pudiera clavarla hasta el fondo.

«Clavarla hasta el fondo.» Tragó saliva. ¿No podía haber usado otra expresión que no la hiciera ruborizarse?

—¿Y la de la cara? —preguntó para desviar su atención.

—Ésta... —murmuró llevándose los dedos a ella y dejando vagar sus pensamientos—. De ésta prefiero no hablar.

—Como quieras.

—Respecto a tu pregunta de antes... Si tu padre sabía que yo era un guardia civil infiltrado... Al principio no, pero después se lo confesé. A veces necesitas a alguien en quien apoyarte para no perder la perspectiva.

—Entiendo —susurró—. Ahora, ¿podrías vestirme?

—Como si nunca me hubieses visto desnudo —murmuró sonriendo—. ¿Qué pasa, Brave? ¿Si no hay un muro de por medio te sientes incómoda?

Y, ahí, de nuevo, estaba esa extraña sensación de disfrutar poniéndola en apuros. Vio, con sumo placer, cómo el rubor bañaba todo su rostro. Era muy atractiva; él no veía las cicatrices de la misma forma que ella, pues para Acero eran la señal inequívoca de la fuerza que había tenido desde pequeña, pero entendía que para ella no fuese lo mismo.

Apartó la mirada y se colocó la camiseta antes de seguir pensando tonterías.

Vanesa notaba el estómago revuelto. Lo sabía, ¡claro que lo sabía! Había visto el puto agujero en la pared y había sacado sus conclusiones... No podía evitar sentir las orejas calientes, y su rostro como un sol de agosto... y lo que más la molestaba era que ese comentario grosero le había vuelto a recordar lo que había visto y su cuerpo entero burbujeaba de anhelo, sobre todo un lugar que conocía demasiado bien y que se situaba entre sus piernas. ¿Ese hombre no sabía lo agotadoramente sensual que resultaba?

Estar a su lado la dejaba sin fuerzas; era una bomba erótica y ella lo había visto en acción y estaba a punto de pedirle que se la follara, que le arrebatara esa

virginidad que todavía conservaba contra su voluntad y que la hiciera jadear y gemir su nombre igual que había hecho con esa otra mujer.

Iba a abrir la boca, a decir algo, pero consideró que era mejor no hablar del tema ni de cómo o por qué lo había estado espiando mientras mantenía relaciones sexuales con esa otra chica, no una, sino varias veces.

Acero se puso la ropa y acabaron de cenar en silencio, algo que Vanesa agradeció. No tenía claro si estaba preparada para continuar averiguando cosas sobre su padre, todo parecía tan... raro.

—Treinta —dijo sin más—, tengo treinta.

—Lo que yo decía, una niña.

—Hace mucho que soy mayor de edad.

—No más que yo.

—Ya veo que eres un madurito, pero tampoco es como si importara.

No importaba, no iban a tener nada juntos, ni una noche, ni unas horas, ni unos minutos... lo sabía. Su relación terminaría en cuanto todo estuviese aclarado.

Tras acabar de comer, se metió en el baño. Necesitaba alejarse de él.

—¡Mierda! Pero ¿qué...? —dijo demasiado alto.

Estaba acostumbrada a estar sola, todo el tiempo, y le costaba acostumbrarse a tener compañía, todo el tiempo.

—¿Qué sucede?

—Nada —murmuró.

—Vanesa, ¿qué ocurre? —preguntó de nuevo, con esa maldita voz que se colaba por las rendijas de la puerta y se pegaba a sus oídos para ir deslizándose en silencio por su piel, impregnando su cuerpo de deseos que no podrían hacerse realidad.

—No tengo nada que ponerme para dormir —confesó.

—Duerme en... duerme vestida —rectificó.

Ella suspiró y miró lo que había en el baño; al menos les habían dejado unos cepillos de dientes y un par de tubitos de pasta; cogió uno de cada y se cepilló los dientes con tanta fuerza que le sangraron las encías.

Estaba molesta con todo, sobre todo consigo misma. No entendía cómo era capaz de sentirse atraída por un hombre en un momento así, aunque en su defensa debía decir que llevaba varios días espiándolo y, de una forma que no

podía comprender aún, era como si lo conociera de una manera íntima. Salió del aseo, manteniendo su particular debate interno, y le cedió el sitio a Acero. Mientras estaba a solas en la pequeña habitación, se echó en la cama, agobiada por llevar la misma ropa todo el día, y decidió pensar en otra cosa que no fuera en lo mal que había gestionado todo ese asunto que la perseguía desde la muerte de su padre, como por ejemplo en cómo iban a dormir con una sola cama para ellos dos... Más bien, en cómo iba a ser capaz de dormir con un hombre como ése a su lado, porque Acero era un hombre en mayúsculas, no era un jovenzuelo, ni un chico de los de su edad, inmaduros y dispuestos a correr contra viento y marea para alejarse de las obligaciones y seguir sintiendo que eran libres y jóvenes y todas esas tonterías. Acero era un hombre de los de antes, de los que sabían lo que querían, de los que no tenían miedo a nada, un hombre de verdad.

Y eso la aterrizzaba. Y las preguntas que inundaban su mente, todavía más. ¿Y si se le escapaba un pedo? ¿Y si olía su sudor? ¿Y si se le levantaba la camiseta mientras dormía y descubría lo horrible que era? ¿Y si soñaba en voz alta y se enteraba de que era el hombre más raro, atractivo y jodidamente irresistible que nunca había conocido? No, no podía. Punto.

Se levantó y se sentó en una de las butacas y en la otra colocó los pies. Dormiría ahí. Sí, no se estaba nada mal, sólo le faltaba la almohada. Ahí no había peligro. Si se le escapaba algún gas, podía echarle la culpa al roce de la ropa contra la piel del sillón, en esa postura no podía alzársele la camiseta y si hablaba... bueno, si decía algo, tenía la excusa de que los sueños, sueños son.

Acero salió en ese momento del baño; el agua goteaba por su escultural cuerpo. A ella se le secó la boca. Le importaba una mierda la edad que tuviera. ¿Madurito? Tenía un cuerpo para lamerlo entero, de arriba abajo, varias veces... hasta que no quedase de él nada más que huesos. Y esa tableta de chocolate... ¡Joder! ¿Por qué siempre que lo veía pensaba en lavar ropa, si era lo último que haría? Si se rozaba contra él, ¿sonaría música? Seguro, y la melodía sería un conjunto armónico de jadeos, gemidos y orgasmos encadenados. La mejor de todas las sinfonías.

—Siempre llevo una muda —dijo sonriendo.

¡Llevaba sólo la ropa interior puesta! Unos bóxers negros que se pegaban a su perfecto cuerpo y dejaban adivinar lo que colgaba entre sus piernas y que ella ya había visto, por lo que sabía la gran talla que calzaba.

—¿Vas a dormir ahí?

—Sí. —Tan sólo pudo decir eso. Era incapaz de articular nada más.

—No seas tonta, la cama es grande; tenemos que estar descansados, mañana será un largo día...

—Sí, largo —repitió sin saber qué más decir.

—Ven aquí; si quieres, pondremos mi almohada entre los dos, yo no uso para dormir.

Lo meditó durante unos instantes y después llegó a la conclusión de que no podía ser tan malo compartir la cama con él, no tanto como levantarse con la espalda y el cuello hechos un ocho.

—Vale —aceptó no muy convencida.

—¿Quieres cambiarte de ropa?

—Ya te he dicho que no tenía qué ponerme para dormir; en la mochila sólo llevo lo más importante.

—Tengo otra camiseta, te servirá de camisón.

Asintió y sacó del bolsillo de su mochila una braguitas negras de algodón, sin adornos, sin encajes. Acero lo vio y no quiso hacer comentarios al respecto; estaba claro que esa joven no tenía ni idea de lo terriblemente atractiva que resultaba: era una mezcla de inocencia, miedo y confusión que por primera vez en mucho tiempo le hacía desear a una mujer. Desearla de verdad, no sólo para echar un polvo, no, la deseaba de una manera carnal, casi depravada, pues si él había considerado al hombre que la engendró como un padre, ¿eso no la hacía casi su hermana? Además, ¡la conocía desde que era una chiquilla! ¡Y le sacaba diez años! No tenía sentido alguno, pero, cada vez que su melena de fuego ondeaba, su miembro reaccionaba y palpitaba de deseo, le rogaba que lo liberase de los putos calzoncillos que de repente le apretaban al pensar que estaba desnuda bajo el agua en la misma ducha que él había utilizado e imaginar cómo las gotas debían resbalar por sus pezones, simulando un néctar que estaba deseando probar... pero no podía, no podía perder la compostura ni las formas. La estaba protegiendo, a ambos, ya que los dos corrían peligro. Primero tenía que ponerla a salvo de esos hijos de puta que habían enviado a un mastodonte a acabar con ella, aunque se había defendido bien y había visto la flexibilidad y la fuerza de sus piernas... ¿Se agarrarían éstas igual de fuerte a su cintura cuando la empostrase contra la pared?

—Para, Acero —se riñó en voz baja justo en el momento en el que la chica apareció por la puerta del baño, con el cabello recogido en un desordenado moño del que escapan algunos rebeldes mechones, con su camiseta puesta, que le llegaba a medio muslo, y sin nada más que las bragas que él sabía que llevaba debajo.

«¿Cómo cojones has creído que podrías compartir cama con ella sin desear follártela, gilipollas?», le recriminó una vocecita furiosa en su interior.

—Buenas noches —dijo, de repente serio.

Vanesa dedujo que había visto algo de la quemadura que tenía en el muslo; era la que menos le molestaba, pues con el tiempo y tras varias operaciones casi había desaparecido. La peor parte la tenía en el costado, ésa incluso ocupaba algo de su seno, —aunque no mucho, no lo había afectarlo en sí, tan sólo la piel —, el cuello y algo del rostro, por eso siempre trataba de llevarlo oculto. Su época favorita era el invierno, ya que podía utilizar jerséis de cuello vuelto y sudaderas con capucha para esconderlas, pero en ese instante, con sólo esa camiseta, se sentía desnuda.

—Buenas noches —repitió metiéndose en la cama a toda prisa y tapándose con todas la mantas que tenía a su alcance, aunque de inmediato supo que no habría suficientes mantas en el mundo para ocultarla de la mirada de Acero, que parecía poder traspasar la piel y la carne hasta clavarse en su alma.

Y ese pensamiento la hizo temblar.

CAPÍTULO 9

La tensión se podía cortar; era espesa, oscura y con olor a sexo. El capitán, ese maldito cabrón, exudaba sensualidad por cada maldito poro y Vanesa no podía evitar que su cuerpo reaccionase a causa de su cercanía, de su calor, de su aroma que la llamaba, hipnotizaba y lograba sumergirla en un estado de semiinconsciencia en el que lo que debería ser la nada era un mismo todo: Acero.

Sentía cada uno de sus suaves movimientos, cada una de sus rítmicas respiraciones, el calor... Ese calor que se desbordaba de tal manera que incluso la almohada, si la tocaba, quemaba, como si estuviera en el mismísimo infierno. Un infierno caótico al que se quería arrojar de cabeza en vez de huir. No podía. No era capaz de permanecer ni un instante más así, en esa posición casi imposible que la alejaba todo lo posible de ese calor para el que no parecían existir barreras.

Tenía que apartarse, notaba sus piernas húmedas... No podía deshacerse de la imagen del hombre con las gotas de agua resbalando por su piel, y su sexo no dejaba de palpar hambriento, más que nunca, ya que no podía darse alivio.

¿No podía? Sí, sí podía. Sólo tenía que levantarse con cuidado, encerrarse en el baño y aplacar ese fuego que la abrasaba desde la entrañas. Sería fácil y rápido. Muy rápido.

Sin darle más vueltas al asunto de las que ya le había dado, se escabulló de la cama despacio; sus pies rozaron el suave suelo cubierto con la moqueta que silenció su desesperada huida hacia la liberación.

Al llegar al baño se miró al espejo por un momento. Su cara presentaba un leve rubor rojizo; su cabello aparecía muy despeinado, apenas quedaban

mechones sujetos a la goma del pelo; su respiración era agitada, su pecho subía y bajaba, mostrándole sus pezones, erizados, tan duros que tuvo la certeza de que podría cortar cristal con ellos. Con la pierna empujó la puerta y, sin esperar a que se cerrara del todo, dejó que sus manos volaran a uno de sus senos para acariciarlo sin compasión. Pellizcó uno de sus pezones y el dolor se volvió placer en el instante en el que reparó en la imagen que le devolvía el espejo, ese rostro deformado de forma deliciosa por el placer que sabía que iba a recibir.

Su mano libre se coló bajo sus bragas negras de algodón, empapadas por los flujos que ese hombre había provocado en ella, y se mordió el labio inferior para evitar gemir en voz alta cuando el placer la recorrió con esa descarga eléctrica tan esperada, tan necesitada y a la par tan familiar.

Conocía su cuerpo demasiado bien; a veces había soñado con dejar que otras manos fuesen las que explorasen su intimidad, que fueran otros labios los que saborearan su piel, que fuese otro cuerpo el que poseyera cada centímetro de su anatomía, pero era algo que nunca ocurriría. Ningún hombre estaría tan loco como para fijarse en la pobre infeliz que tenía medio cuerpo deformado por las quemaduras y, cuando había creído encontrar a uno, resultó ser una dolorosa apuesta que el valiente no fue capaz de culminar, dejándola destrozada. Y esa mirada que le había dedicado seguía grabada en su mente con fuerza.

Acero sintió el frío que sustituyó el calor que hasta entonces lo había acompañado con esa joven a su lado. ¿Sabría lo difícil que le estaba resultando controlarse? ¡Joder! Sólo era un hombre con apetitos demasiado grandes y llevaba ya... ¿cuánto? ¡Más de veinticuatro horas sin apagar ese fuego! Y la pobre chica, sin saberlo, lo encendía y lo ponía de cero a cien en dos segundos, como si fuese un maldito coche. Y no podía evitar desear que fuese esa pierna larga y bien torneada la que apretase el acelerador y lo hiciera rugir.

La observó en silencio mientras abandonaba la cama y entraba en el baño. Tal vez pensaba que no hacía ruido, pero para él, acostumbrado a estar alerta, Vanesa dejaba tras de sí todo un escandaloso reguero de respiraciones agitadas, calor y olor... ese olor que tanto le gustaba, ese olor que lo volvía loco, el aroma de la necesidad y, si alguien sabía de necesidad y desesperación, ése era él.

Se levantó con cuidado, lleno de curiosidad; sabía que no debía hacerlo, que no estaba bien, que era la hija de ese a quien consideró familia, pero la curiosidad poseía garras afiladas y lo había agarrado bien, arrastrándolo hasta la

leve luz que salía del baño por la rendija de la puerta mal cerrada.

Cuando estuvo más cerca, se detuvo. Ya sabía exactamente por qué Vanesa lo había observado a través del agujero. Al ver el reflejo de ella en el espejo, se quedó paralizado. Su polla se puso firme como si se cuadrara ante un superior e incluso pudo notar cómo una gota de su semen humedecía los bóxers que llevaba puestos.

La mano de la chica bajo las braguitas y la otra sobre el pecho mientras se miraba al espejo plasmaron la imagen más jodidamente sexy que nunca en toda su puta vida había visto. Era tan inocente, tan suave, tierna... y a la vez tentadora; como un ángel llegado... desde el infierno.

Sin ser en realidad consciente de sus actos, se llevó una mano al miembro, duro y necesitado, y empezó a acariciarse al mismo ritmo que lo hacía ella. Sus respiraciones se volvieron una sola, su placer se fusionó con el de ella sin que ésta lo supiera y sus jadeos se mezclaron.

Vanesa lo sintió, lo percibió, de alguna manera supo que la observaba, así que cambió la posición de su cuerpo y entreabrió la puerta para sorprender a un hombre cegado por el deseo.

Su mano acariciaba su miembro con la mirada perdida en ella; parecía no darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Vanesa no sabía si seguir en esa extraña situación, si abrir la boca, si... ¿qué demonios se hacía cuando ocurría algo así? ¿Le habría pasado a alguien más? Lo dudada.

—Lo siento —susurró con la voz entrecortada —... No quería...

—Vanesa... —se interrumpió cuando volvió a la realidad.

Los dos se miraban con el pecho agitado; el deseo era evidente. Ella anhelaba pedirle que la tocara, que se la follara igual que había hecho con esa mujer desconocida, pero ¿cómo podría? No tenía esa belleza ni esa seguridad.

—Si quieres que me detenga —comenzó a decir acercándose a ella con paso seguro—, lo haré. Tan sólo dilo. Pero si deseas que esto suceda, sucederá. Tan sólo recuerda una cosa.

—¿Qué...? —masculló casi sin aire.

Vanesa esperó; no tenía ni idea de cómo había pasado, pero parecía que iba a suceder y ella aceptaría. Necesitaba, aunque sólo fuese en esa ocasión, estar con un hombre de verdad.

—Sólo es sexo. Sólo ocurrirá una vez. ¿Lo has entendido?

Claro que lo había entendido, y sin duda lo tomaría. En ese momento no le importaba nada que no fuera aplacar el fuego que la consumía. Asintió sin hablar realmente y, antes de darse cuenta, Acero tenía sus manos sobre su cuerpo y tiraba de su camiseta, dejándola sin ella.

Sintió arrepentimiento por un instante... Sus cicatrices, su cuerpo deformado... pero él no le dio tregua ni la miró con miedo. La lengua se introdujo en su boca por sorpresa y la poseyó de forma salvaje, dejándola sin aliento, sin voluntad, sin pensamientos... Todo lo envolvía la pesada manta de deseo que los cubría a los dos en ese instante, una vorágine de placer y necesidad que se trasladaba a sus bocas, que no dejaban de gemir y jadear.

Las manos del capitán acariciaron sus pechos y su boca abandonó la suya para lamer y morder sus pezones; sin poder hacer nada más que dejarse arrastrar por la marea, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, olvidándose durante un delicioso momento de que era... diferente.

Acero estaba fuera de sí, no podía dejar de besar esa piel lastimada y tan suave en algunas zonas, de acariciar sus perfectos pechos, que tenían la medida justa de sus manos, de rozar los muslos tersos, con los que había soñado.

Sabía que, cuando la tocaba en las zonas afectadas por el accidente, se sentía mal; podía notar cómo cambiaba de forma leve su estado de ánimo, cómo durante unos segundos luchaba en una guerra cuyos bandos contrarios eran el deseo y el pudor. Pero él haría que ganase el deseo.

Se detuvo un instante justo entre sus piernas, apoyó su nariz sobre las braguitas húmedas de algodón negro y aspiró el aroma embriagador que lo volvía loco, que le hacía perder el control como nunca antes; era la primera vez en mucho tiempo que era incapaz de parar y eso lo asustaba como mil demonios, pero lidiaría con ellos después, al día siguiente, cuando la culpa y el arrepentimiento fuesen más fuertes que la necesidad que ahora mismo sentía.

Pasó la lengua por encima de la ropa interior y Vanesa dejó escapar un jadeo profundo, un jadeo contenido durante demasiado tiempo. Disfrutaba, lo supo por cómo sus dedos se enredaron en su cabello.

Lamió de nuevo y otra vez más. Notaba cómo el cuerpo de la mujer se tensaba, como si fuera un arco nuevo entre sus manos y él lo estuviese adaptando para él. No pudo resistirse y bajó las braguitas de golpe, dejándola desnuda por completo. Levantó la mirada y la vio. La vio de verdad. Hermosa,

fuerte y... rota. Pudo distinguir cada pedazo y deseó poder unirlos todos. Quiso ser el bálsamo que calmase ese dolor que sus ojos temerosos y excitados le mostraban.

Sin más preámbulos, enterró el rostro entre sus piernas y lamió los labios húmedos, saboreó su néctar, recorrió con sus manos el perfecto trasero y se perdió en cada marca de la piel de su cuerpo.

—Acero... Acero —murmuraba sin cesar, y eso lo encendía aún más.

—Recuerda, Vanesa: sólo una vez, sólo una vez...

Lo repetía, pero no para ella, sino para él. Porque, aunque no lo supiera, su mente ya era consciente de que no tendría bastante con una sola vez.

Se levantó y recorrió con la lengua su estómago liso; se detuvo de nuevo en sus turgentes pechos, la besó para darle a probar su propio deseo y la alzó sin previo aviso para penetrarla en el aire. Las piernas de ella se aferraron con la fuerza que él había imaginado a su espalda y gruñó como la bestia que era, como el animal salvaje y sin raciocinio que trataba de mantener a raya a toda costa, ese animal que había logrado tener dormido y que esa chica acababa de liberar rompiendo sus cadenas con un mero jadeo.

Vanesa no podía dejar de gemir, todo era nuevo para ella, pero, cuando sintió a Acero dentro, atravesarla como había imaginado esas noches atrás, tuvo que cerrar los ojos para contener todo el placer que estaba sintiendo y disfrutar de la sensación tan diferente de tener, en vez de a un consolador, a un hombre dentro de ella. Era abrumador, la llenaba por completo, y la sensación, algo molesta al principio, dejó de serlo en cuanto él empezó a rozar y a poseer partes de su cuerpo que nadie más había tocado, que nadie más había visto.

Pero con él era fácil dejarse llevar; parecía desearla de verdad, parecía que no le importaban sus cicatrices, parecía que la necesitaba tanto como ella a él.

Acero buscó el apoyo de la pared de la pequeña habitación y la espalda de Vanesa rozó contra la superficie de madera. Los movimientos eran frenéticos, ella lo aceptaba sin reservas. Era una bestia salvaje alimentándose de su presa y a ella le encantaba ser su presa; se lo daría todo de ella, no se guardaría nada dentro, era su única oportunidad.

Sus manos se agarraban a su cuello, acariciaban su fuerte espalda para pasar a su abdomen, ese que había acariciado mientras iban en su motocicleta, y en un acto reflejo adquirido a través de los años bajó su mano hasta su sexo y se

acarició el clítoris a la vez que Acero la embestía.

Cuando él notó lo que hacía, su deseo creció y lo pilló por sorpresa; acababa de rendirse a la bestia, no podía controlarla a ella y al deseo. Y la pasión había ganado, lo que esa mujer acababa de hacer le iba a costar caro, lo sabía. Por eso siguió repitiendo en su mente: «Sólo una vez».

Vanesa supo que iba a romperse en miles de trozos cuando el orgasmo llegó con una estocada de Acero que la hizo aullar como el lobo tatuado que él llevaba a la espalda.

La sensación nació entre sus piernas y se extendió como la pólvora por todo su cuerpo, hasta estallar en su boca y liberarse con fuertes jadeos y gemidos entre los que se entrelazaba su nombre.

Él gruñó y se vació dentro de ella sin reservas; nunca lo hacía sin protección, pero Vanesa se lo había dado todo y exigido lo mismo a cambio. Temblaba cuando dejó escapar el último jadeo y no pudo evitar sellar ese momento con un beso profundo en el que sus lenguas se enredaron y se hicieron promesas silenciosas que ninguno de los dos les habían dado permiso para hacer.

Acero apoyó la sudorosa frente sobre la de ella, que seguía aferrada a su cuello. El sudor de la frente de él goteó entre los pechos de Vanesa, quien comprendió, embelesada, feliz y asustada, lo que acababa de suceder: le había entregado su alma.

CAPÍTULO 10

Todavía temblaban cuando Acero salió de ella, la levantó de nuevo para cogerla entre sus brazos y la llevó a la ducha. Vanesa sabía que debía resistirse, pero no era capaz, no le quedaban fuerzas, le había dado a Acero más de lo que debiera.

El agua caliente se llevó por el desagüe los restos de su encuentro y, aunque eran conscientes de que debían parar, no podían. Sus bocas se enzarzaron de nuevo en una pelea de poder en la que el resultado estaba claro: ninguno se declararía como vencedor.

—¿No habías dicho que... sólo una vez? —consiguió decir entre beso y beso.

—Así será, sólo una. No te equivoques, pequeña, esto es sólo sexo.

—No es que fuese a pedirte matrimonio —replicó como pudo mientras saboreaba el roce de los labios del capitán por su clavícula.

Sin saber cómo, se vio de cara a los azulejos; las manos de Acero apresaban sus pechos desde atrás y su boca seguía castigando su cuerpo.

—No, mejor que no lo hagas, no estoy hecho para llevar metales.

—Sólo los de tu nombre.

Los labios dibujaron una sonrisa en su espalda, tan clara que Vanesa pudo notarla sin esfuerzo. Se detuvo, mordió con suavidad la carne del omóplato y se arrodilló tras ella mientras el agua seguía mojando sus ya húmedos cuerpos.

—Sólo en mi nombre. De todas formas, contigo hay un factor diferente.

Vanesa, al oírlo pronunciar la palabra «diferente», se tensó. ¿Iría a hacer referencia a sus quemaduras?

—¿Diferente? —repitió con la voz entrecortada por culpa del deseo que le hacía sentir junto con el miedo a la respuesta.

—Tengo que cobrar una deuda pendiente.

—¿Una deuda pendiente?

—¿Cuántas veces has sido una niña mala y me has espiado por el agujero de la pared del salón? —planteó mientras colaba su mano entre las nalgas y acariciaba desde atrás los labios en una lenta y continua tortura.

—No... ¡joder! —Se detuvo presa de un deseo que parecía no apagarse a pesar del agua—. No, no te he espiado nunca; ni siquiera sabía que ese orificio estaba ahí hasta...

—Mientes, no puedes mentir a alguien que ha utilizado la mentira para sobrevivir.

—Sólo... sólo en un par de ocasiones.

—No te creo.

Por un momento, Vanesa tuvo la descabellada idea de que esa respuesta no le había hecho gracia a Acero, que tal vez esperaba que fuesen más, para tener más sexo con ella, pero ¿era eso posible? No lo tenía claro, pero tampoco tenía nada que perder y, aunque él le ganaba en maestría y edad, los juegos de palabras habían sido su escudo durante mucho tiempo y en eso sí tenía mucha práctica.

—¿No me cree, capitán, o quizá le ha decepcionado que no hayan sido más veces?

Acero se mordió la lengua, ¿tenía razón? Tenía razón, al oír el número tan limitado de ocasiones había sentido una pequeña decepción, ya que no tendría más excusas que darse para volver a tocarla. No podía, debía mantenerse firme. Aunque, se temía, había perdido su honor.

Sin pensar más en que iba a ser la última vez que la tuviera entre sus brazos, pasó su lengua por las nalgas de la joven y la degustó como se saborea algo que sabes que no vas a volver a poder probar... por más que te vuelva loco. Y eso era lo que le estaba pasando con esa chica de la que apenas tenía un vago recuerdo..., esa sensación de posesión que se anclaba en su pecho y no lo dejaba respirar.

Sus manos acariciaron los rizos del sexo de la mujer mientras su boca mordía la carne de su trasero y paseaba la lengua por cada centímetro de piel para saciarse. Necesitaba hartarse de ella para poder dejarla en paz y concentrarse en protegerla. Se levantó y la penetró buscando el acceso desde atrás, rozando en su camino toda la zona sensible por el deseo.

Vanesa dejó escapar un jadeo que la obligó a apoyar las manos en los fríos

azulejos para no desfallecer. Si su primera experiencia real con un hombre había sido buena, ésta estaba siendo memorable. Desde luego iba a pasar el resto de su vida reviviendo una y otra vez esa noche junto a ese extraño y atractivo hombre que debía encargarse de su seguridad; sin embargo, algo dentro de ella le gritaba que a su lado no estaba segura, sino en permanente peligro.

Acero empujaba dentro de ella frenético, fuera de sí, como si quisiera que, con la fricción, sus cuerpos se desgastasen y no quedase de ellos nada más que sus esencias, que se irían junto con el agua por el desagüe.

Los jadeos se entremezclaban con el vaho del agua caliente y el olor de sus cuerpos se unió, formando un único y nuevo olor de los dos. Un aroma que no olvidaría nunca.

El orgasmo los pilló desprevenidos a ambos, que gimieron con fuerza y quedaron desgarrados por la intensidad del sentimiento. Agotados, heridos, sanados... habían dejado atrás una parte de ellos para recuperar, sin saberlo, otra que habían perdido mucho tiempo atrás.

Exhausta llegó a la cama y, sin poder mantener los ojos abiertos ni un poco más, se rindió a un sueño reparador y tranquilo del que esperaba no despertar jamás.

Acero no podía dormir. La tenía a su lado y seguía sin estar saciado del todo; todavía se la hubiera follado una vez más... o dos; tal vez tres. Parecía un adolescente con la testosterona por las nubes o un anciano que se hubiese inflado a pastillitas azules.

¿Qué le pasaba? Estaba confuso, no era lo normal. Por lo general tenía muy claro que era sexo nada más y nunca se complicaba; sin embargo, con ella le resultaba difícil establecer el límite.

Vanesa se movió y la camiseta que llevaba puesta se levantó un poco, lo que dejó por entero su muslo al descubierto. Acero observó con detenimiento las cicatrices y no pudo resistir la tentación de acariciarlas de nuevo.

Su tacto era extraño, muy suave y a la vez rugoso en los bordes. Cada onda que marcaba su piel era una señal de la dura prueba que había tenido que soportar. Aunque era algo huraña y retraída, sabía que dentro de ese cuerpo habitaba una mujer fuerte y decidida, apartada de los demás porque la sociedad no estaba dispuesta a hacer un hueco a los que no pueden ocultar a la bestia, aunque, por desgracia, las peores eran las que mejor se confundían entre los

demás.

En cuanto amaneciera, la dejaría con Soledad a buen recaudo y se pondría manos a la obra con Cobos; tenían que averiguar a toda costa quién o quiénes iban tras ella y por qué.

En el sueño inquieto que finalmente le ganó la batalla, se le apareció esa cría tímida de pelo rojo como el fuego a punto de ahogarse en la piscina de su casa. No dudó ni un segundo en lanzarse al agua fría como mil demonios a rescatarla. Se había caído... aunque su padre le confesó que sospechaba que tal vez su pequeña hubiese tratado de acabar con su vida. «¿Quién se cae en pleno invierno a la piscina por error?»

Tras ese comentario, había tratado de estar más atento a esa jovencita que tenía algo en su mirada que lo atrapaba, pero su padre la envió lejos, a estudiar a un internado, y, de todo modos, él tenía mucho trabajo que hacer y ella no era más que una mocosa consentida que no merecía que perdiera ni un segundo de sus pensamientos.

Las primeras luces del alba acabaron de poner fin al duermevela de Acero, que se encontró a Vanesa entre sus brazos. La primera sensación fue de paz, seguida por la sorpresa de ese gesto, del hecho de sentirse tan bien con otra mujer que no fuese Leila entre sus brazos, y de alguna manera sintió que la estaba traicionando.

Enfadado consigo mismo, se alejó con brusquedad, despertando de igual forma a la chica, que miró en todas direcciones, confusa.

—Vístete, tenemos que largarnos de aquí enseguida.

—Buenos días para ti también.

—Es que no lo son —soltó enfadado.

—¿Nos han descubierto?

De pronto pensó en que quizá estaban rodeados, en que tal vez otro mastodonte sin conciencia iba a machacarlos.

—No, todavía no, pero necesito dejarte en algún lugar seguro, a salvo, y tratar de acabar con toda esta locura.

—No te preocupes, Acero, no seré un estorbo y, con respecto a lo que sucedió anoche, también me quedó claro. Sólo sexo. No vas a herir mi sensibilidad. Sé lo que era.

—¿Ah, sí? ¿Y qué era?

—Nada —mintió.

Acero apretó la mandíbula y los puños, pero... ¿por qué? No había dicho nada que no deseara oír, ¿verdad?

—Perfecto, veo que ha quedado claro. Ahora, vámonos.

Acero dejó la llave de la habitación en recepción y se encaminaron, sin desayunar, hacia la moto.

El recepcionista tras el mostrador trataba de mantenerse despierto tras el turno de noche, pero en ese momento se dio cuenta de algo... del color del pelo de la mujer, de la cicatriz en la cara del hombre, y supo que la llamada que había recibido la pasada madrugada era por ellos; en cuanto salieron al exterior, marcó desde su móvil e informó de que los que buscaban estaban allí.

—Sé que hay que darse prisa, pero es que... —jadeó Vanesa debido al esfuerzo.

—¿Qué te pasa?

—Tengo hambre. Mucha hambre.

—¿No puedes esperar una hora?

—¿Una hora? ¡No, Dios!

—Está bien, vamos a tomar algo a la cafetería. Ni que hubieras corrido una maratón —masculló entre dientes.

—Pues casi...—contestó de igual forma.

Acero la dejó pasar delante en dirección a la cafetería, más que por caballerosidad, para poder mirar ese culo que había lamido una y otra vez, y sonrió por su comentario. Él también tenía un hambre voraz, pero no estaba dispuesto a reconocerlo.

—¿Café? —preguntó a Vanesa.

—Sí, por favor, con leche, y un par de cruasanes.

—Vale, veo que iba en serio lo de que estabas hambrienta.

—Soy difícil de saciar —contestó con malicia.

Acero se dio la vuelta y se marchó a la barra, rezando porque nadie se diera cuenta del arma que apretaba su bragueta. El comentario lo había excitado más que si se hubiese desnudado para él en mitad de ese establecimiento, bueno... eso también lo habría puesto como una puta moto. ¡Joder! La cosa se complicaba por segundos; ahora, la víctima a la que debía proteger resultaba ser la pieza más

peligrosa del tablero.

Se sentaron en una mesa y la camarera les llevó el desayuno. Ella parecía tener la mirada perdida; Acero también le daba vueltas a muchas cosas, demasiadas, pero al cabo de un rato vio algo que no le gustó. Un par de hombres entraron y se dirigieron directos a la barra.

—Vanesa —la llamó en voz baja—, necesito que no preguntes nada. Levántate sin hacer ruido, ponte la capucha y sígueme con paso tranquilo pero no lento, ¿vale?

La chica asintió sin emitir palabra; sabía que algo lo había alertado, pues su mirada había cambiado y en ese instante era fría y seria. Se colocó la capucha y siguió a Acero, que pasó su brazo por encima de su hombro como si fuesen una pareja hasta que llegaron al aparcamiento.

—Vamos, sube —ordenó ya frente al vehículo.

—Nos han encontrado, ¿no es cierto?

El capitán no dijo nada, tan sólo asintió mientras le ofrecía el casco.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—Date prisa, no podemos quedarnos aquí de cháchara. He quedado con Cobos en el cuartel.

Vanesa obedeció sin más preámbulos y subió a la moto, se agarró con fuerza al piloto y dejó que el vehículo volara por la carretera hasta otro sitio más seguro. No tenía ni idea de cómo lo hacían, pero parecían conseguir dar con ella con más facilidad de la que le hubiese gustado, y eso la asustaba.

Llegaron al cuartel, donde Acero aparcó y bajaron, serios, del vehículo.

—¿Y ahora?

—Creo que te voy a mandar con Soledad a su casa. Deberías hacer algo con tu pelo, llama demasiado la atención.

—No es lo primero en lo que se fija la gente.

—Deja de hacer eso —ordenó de nuevo con frialdad.

—¿El qué?

Vanesa miraba a Acero; la mirada de éste se había vuelto exactamente de ese color, y sus rasgos, tan duros como el metal que llevaba por nombre. Cuando pensaba que no se podía ser más sensual, descubría, a su pesar, que se había equivocado de nuevo.

Un molesto ruido se instaló en su estómago y se encogió en un acto reflejo,

como si el aleteo de las mariposas que empezaba a sentir doliese y, para ella, tal vez, fuese así.

—Quejarte. No dejas de compadecerte. Te quemaste cuando eras pequeña, ¿y qué? ¿Piensas seguir toda la vida atascada en aquel momento? Deberías avergonzarte; hay gente que se queda en el camino, que no puede disfrutar de la vida, y tú, que sigues viva, no lo haces. Te empeñas en que cada minuto no cuente, te ocultas, y no sólo de los demás, sino de ti misma.

Vanesa no podía apartar la mirada de esa boca que había saboreado y dado placer y que en ese instante la lastimaba, pero tampoco podía negar que tenía razón. Había hecho una radiografía exacta de lo que había sido su existencia.

Inconscientemente, se subió la capucha del abrigo y se escondió una vez más.

—No tienes que ocultarte de mí. Te he visto con mucho menos —masculló.

—Tienes razón —balbuceó al borde del llanto.

—¿En qué?

—En todo —susurró a la vez que la primera lágrima se desbordaba de sus ojos.

Acero suspiró un instante; no quería que sufriera y mucho menos que llorase, pero el caso es que despertaba en él un sentimiento al que no estaba acostumbrado y eso lo tenía molesto y confuso. Debía ser tajante y dejar las cosas claras, lo último que necesitaba era una mocosa encaprichada de él.

—Lo siento... no quería...

—No lo sientas, no te disculpes. Supongo que, al fin y al cabo, es culpa mía; creía que después de anoche...

—Te advertí de que sólo sería una vez, y que era exclusivamente sexo.

—Por supuesto. Gracias.

—No tienes que dárme las, sé hacer bien mi trabajo —soltó vanagloriándose de su sexualidad.

—Vale, lo que tú digas —masculló furiosa—; tampoco es que tuviese con qué comparar, así que supongo que no estuvo mal. Al menos no me dejaste a medias; eso ya es mucho, ¿no?

Acero se giró en su dirección. Vanesa se quedó en silencio, temiendo que le hubiesen molestado sus palabras, pero él había dejado de escuchar y de respirar al oír cómo resonaban en su mente esas últimas palabras: «Tampoco es que

tuviese con qué comparar». ¿Qué demonios insinuaba? ¿Él había sido su primera vez?

—¡Vamos! ¡No me jodas! ¿Quieres decir que tú nunca...?

—No con un miembro pegado al cuerpo de un hombre —contestó seria.

—¿Y por qué cojones no me dijiste nada? Di por hecho que tenías experiencia.

—¿Y qué te hizo pensar eso?

—Bueno, el hecho de que tuvieras una abertura en la pared para poder espiar; eso fue lo que me hizo suponer que... eso, ¡joder! ¡Tu padre me habría matado!

Acero se dio cuenta de que había vuelto a decir las palabras equivocadas en cuanto los ojos de Vanesa exudaron una miríada de lágrimas.

—Me pregunto cómo es posible que hayas llegado a ser capitán, está claro que tus dotes de deducción no son muy de fiar. Creo que mejor me quedo aquí; sola me las he apañado muy bien hasta ahora, a tu lado no me siento segura.

—¿Estás de coña?

—No.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Primero, no hice el agujero, ya estaba ahí, imagino que del inquilino anterior; lo descubrí por casualidad. Segundo, si me masturbo mientras miro a otros, será porque no tengo la oportunidad de follar muy a menudo con hombres y, si todavía te sigues preguntando por qué, te diré que la culpa la tienen las cicatrices que hacen que desnuda parezca un... monstruo.

Acero se quedó pensativo un instante. Vanesa tiró el casco al suelo con desprecio; eso le dolió a él más que a la protección, pues era uno de sus favoritos, una edición limitada.

—¿Un monstruo? Apuntas demasiado alto.

—¿Es que no lo ves? —dijo molesta, desabrochándose el abrigo y subiendo el jersey que llevaba puesto para mostrar a plena luz del día las cicatrices que ocupaban casi todo su perfil izquierdo, sin importarle que estuviesen en plena calle.

—No de la misma forma que tú. Ya te he dicho que todos llevamos cicatrices, sólo que algunas se disimulan bien con algo de maquillaje. Además, eso no es impedimento para echar un polvo; los tíos, para aliviar el momento, no

nos ponemos muy exquisitos. —Esas frases salieron solas. Estaba acostumbrado a no pensar en los demás, ni en si los hería o no con sus palabras. Le daba igual. Sin embargo, algo se le rompió un poco más bajo la piel cuando vio la mirada de Vanesa, la mirada más triste y vacía que nunca había visto.

—Supongo... —comenzó a decir, y se detuvo para tomar aire— que un monstruo no puede asustar a otro, ¿verdad?

Abrió la boca para replicar, pero ya habían perdido demasiado tiempo con esa tontería. No podían seguir allí por más tiempo, lo último que quería era que los encontraran en la puerta del cuartel y que descubrieran que, en realidad, no era quien creían que era, con lo que no podría vengar la muerte de Acosta.

—Vamos a entrar, por favor. Te irás con Soledad y trataré de resolver el caso de tu padre lo antes posible. Cuando todo esté en su sitio, podrás volver a tu vida y no verme más.

—No tienes que preocuparte por mí, estaré bien.

—No lo hago por ti, lo hago por tu padre, que te quede claro.

—Como el agua —afirmó—. Una cosa más —dijo—, no te preocupes por nada, tomo la píldora.

Acero resopló furioso y Vanesa no pudo evitar compararlo con un toro a punto de embestir; sabía que tenía, al menos hasta que todo se aclarase, que aguantar a ese hombre que la confundía: por un lado había sentido que entre ellos había una conexión especial; por otro, parecía que... la odiase. Aunque no lo entendía, no le había dado ningún motivo, al menos, no todavía.

CAPÍTULO 11

El trayecto hasta la oficina de Acero resultó ser el más incómodo de sus vidas. Vanesa trató de alejarse todo lo que pudo del cuerpo de él, y éste, cabreado como nunca, caminaba a toda prisa y no escondía su enfado.

Ella trataba de seguirlo, pero le costaba trabajo cuando sus piernas temblaban sin control. Subieron la escalera a una velocidad pasmosa; estaba claro que Acero se mantenía en forma. Cuando llegaron arriba, a ella le costaba respirar con normalidad y sólo entonces el capitán moderó el paso y le indicó con la mano que lo siguiera, todo un detalle.

Al llegar a su despacho, cerró la puerta tras él; allí los esperaban Cobos y Soledad.

—Lo siento, llego tarde, pero es que la señorita Acosta tenía hambre.

—De todas maneras, tampoco es como si ahora no la tuviera. Le recuerdo, capitán, que me ha sacado de allí a toda prisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Han dado con vosotros?

—No sé cómo coño lo hacen, pero sí. Dentro de un rato podrás desayunar, era más importante mantenerte con vida, ¿o no?

Vanesa iba a replicar algo, sentía cómo la ira se apoderaba de ella enrojando su rostro, pero consideró que no merecía la pena; de todos modos, Acero era una persona que desaparecería de su vida en breve.

—Cobos, si te parece, que Soledad se llevé a la señorita Acosta, ¿vale? Que la mantenga ocupada. ¿En casa de los padres de Soledad estarán bien?

—Sí, señor, allí estarán perfectamente; además, Sol quería ir a visitarlos, ¿no es así, amor?

—Sí, pasaremos el día allí sin problemas.

—Entonces voy a llamar a un taxi para que os lleve. Salid por la puerta trasera y que os recojan allí, prefiero que nadie os vea abandonar este edificio, no quiero comprometer la seguridad de tus padres. Y tú —añadió dirigiéndose a Vanesa—, cúbrete todo lo que puedas ese cabello tuyo... no nos trae nada más que problemas. —La chica apretó los dientes, aunque lo que deseaba era hacerle saltar los suyos de un puñetazo—. Soledad, ¿conoces la salida de emergencia que da atrás?

La morena asintió con la cabeza y Acero habló por teléfono a toda velocidad y entre susurros.

—Cobos, mejor bajas con ellas; espera hasta que estén dentro del taxi y asegura el perímetro, que nadie las siga. Vosotras, en cuanto lleguéis a casa de los padres de Soledad, avisad de que estáis bien.

—Perfecto —asintió ésta, acercando a Vanesa a su lado.

Cobos las guio a la salida y las acompañó, tal y como su capitán le había pedido. Cuando regresó, tras asegurarse de que nadie las había seguido, cerró la puerta y se cruzó de brazos, abrió las piernas para parecer más imponente de lo que era y miró con el ceño fruncido a su jefe.

—Te la has tirado —afirmó molesto.

—¿De dónde sacas esa absurda idea? Para mí no es más que una jovencita; además, es una pieza importante para esclarecer lo que ha sucedido.

—Te la has tirado —insistió Cobos, cada vez más cabreado.

—No entiendo de dónde sacas eso.

—¿Señorita Acosta? ¡Vamos, hombre! No soy gilipollas, así que no me tomes por uno. Te la has tirado.

—Dos veces —confesó llevándose las manos al pelo y cerrando los ojos.

Todo a su alrededor se silenció. No podía creer que lo acabara de confesar, aunque, para ser honestos, Cobos lo había pillado. ¿Para qué coño la había llamado señorita Acosta?

—¡Estás loco, Carlos! —gritó llamándolo por su nombre de pila.

Oír su nombre en voz alta los pilló a ambos desprevenidos, que se miraron fijamente demostrando la sorpresa. Los segundos se hicieron interminables, hasta que, por fin, rompieron a reír.

—Por un segundo no sabía con quién hablabas, ¡joder! Estoy tan acostumbrado a que todos me llamen Acero que a veces se me olvida mi propio

nombre.

—Lo siento, capitán, no pretendía...

—No lo sientas, 1... tienes razón. Toda la puta razón. ¿Qué mierda me pasa?

—Bueno, supongo que es difícil para alguien como tú mantenerla dentro de los calzoncillos durante toda una noche si estás acompañado.

—¿Como yo?

—Bueno, es obvio que eres de gatillo rápido.

—No tienes ni idea, Cobos. Todo ha sido culpa del maldito partido; me tuve que ir a las afueras para encontrar habitaciones y, cuando por fin encontramos un sitio donde pasar la noche, resultó que sólo les quedaba una habitación libre. ¿Te lo puedes creer?

—¡Qué mala suerte! Mi pobre capitán obligado a pasar la noche con una atractiva señorita, ¡todo un calvario!

—¿Sabes? Ni siquiera es consciente.

—¿De qué, capitán?

—De lo apetecible que es.

—Así que...

Acero se llevó los dedos índices a la generosa boca y cerró los ojos, pensativo. Por un momento Cobos creyó que se iba a confesar, pero el silencio se alargó demasiado y supo que el momento de intimidad, de amistad, se había esfumado... hasta que la voz ronca de su capitán cortó el mutismo entre los dos.

—No puedes entenderlo. Compartimos la cama. Puse la almohada entre los dos, porque ella cree que es un monstruo que merece ser repudiado por todos. No podía dormir... ¿Cómo cojones iba a poder dormir teniéndola al lado? Era una tortura, pero me prometí no hacer nada. Sentía su respiración irregular, podía ver la silueta de su cuerpo arrojada por las sombras... Cerré los ojos, decidí olvidarme del tema. Habíamos tenido un primer contacto extraño... ¡la pillé tratando de romper la ventanilla de un coche!

—¿Cómo?

—Me topé con ella; se había dejado todas sus pertenencias dentro del vehículo y la ayudé a recuperarlas. Tendría que haberme dado cuenta de que era ella, pero hacía tantos años de aquella última vez que la vi... y luego resulta que es mi vecina.

—Eso sí que ha sido cosa del azar.

Acero asintió, todavía perdido en cómo había sucedido todo, tan rápido que no habían sido más que días; sin embargo, habían sido tan intensas que contaban como semanas.

—Y hay otra cosa que no te he contado.

Cobos temió abrir la boca de nuevo. Era la primera vez en años que Acero dejaba de ser frío y se comportaba como un hombre de carne y hueso; necesitaba desahogarse y él no iba a interrumpirlo más, tan sólo escucharía. Además, todo lo que estaba narrando era muy interesante; después de todo, parecía que Acero sí se podía doblegar, tan sólo era cuestión de encontrar el fuego adecuado y, al parecer, esa chica lo tenía y no únicamente en el color de su pelo.

—Me espiaba.

—¿Qué cojones? —preguntó sin poder mantenerse en silencio.

—Me ha observado mientras mantenía relaciones sexuales, dos veces; me lo ha confesado ella misma.

—¿Te espiaba? ¿Sabía quién eras?

—Dice que no, que fue fortuito. Imagínate cuando lo descubrí. Al principio no pude detenerme a pensarlo con calma, ¡joder, nos acababan de intentar matar! Tenía que salir de allí con ella, pero, después, no pude dejar de darle vueltas. Estaba en la cama con una mujer que me había espiado a través de un agujero en la pared mientras me follaba a otra y, entonces, se levantó tratando de ser sigilosa, aunque parecía un elefante explotando burbujas de plástico. —Sonrió por la comparación—. Al cabo de unos minutos, me levanté; no entendía qué pasaba, la luz del baño estaba encendida, la puerta entreabierta... y la curiosidad mató al gato. Estaba allí, tocándose, Cobos, tocándose. Pidiendo a gritos que...

—Vale, Acero, suficiente. No me parece muy adecuado estar empalmado delante de mi jefe. Me hago una idea bastante clara, sólo fuiste una víctima inocente.

—Algo así, teniente, pero no va a volver a pasar.

—Claro, claro...

Acero se puso en pie y paseó, nervioso, por su despacho; luego se acercó hasta un archivador con cinco cajones que siempre mantenía cerrado bajo llave, abrió uno de los cajones y sacó un viejo expediente.

—Es el caso en el que estuve infiltrado en casa de Vanesa, el de la operación encubierta. Creo que son los mismos.

—¿No se cerró?

—Eso creía, pero no encuentro otra explicación para lo que le ha sucedido a Acosta. Así lo conocí... Blanqueaba el dinero de esta gente a través de la empresa de construcción, por eso en poco tiempo se convirtió en una de las más importantes. Si quería terrenos para construir, ellos se los facilitaban; si quería que recalificaran tierras, ellos presionaban a los responsables hasta conseguirlo... Todos ganaban.

—Todos menos los que hacían las cosas de forma legal.

—Cuando ayude a coger al cabeza de la organización, di por archivado el caso, pero al parecer siguieron. Han ido a por Acosta porque quizá, tras años de trabajar para ellos, tenía algo que no querían que encontrase nadie más, o tal vez estaba dispuesto a denunciarlos.

—¿Qué tienes planeado hacer?

—Daré una vuelta por el viejo barrio donde me movía cuando me hacía pasar por uno de ellos y veré de qué me entero.

—¿No te van a reconocer?

—Sí, por supuesto, pero nunca supieron quién los delató; después de lo que sucedió —Acero hizo una pausa y cerró los ojos; su recuerdo aún dolía, la impotencia y la rabia seguían ahí—, supongo que desaparecer era lo más lógico y por eso nadie se molestó en volver a saber de mí.

—Acero, nunca hablas de tu pasado, y nunca pregunto, lo sabes, pero ¿qué sucedió?

El silencio se volvió denso y visible; la mirada de Acero brilló un instante perdida en lejanos recuerdos, dolorosos. Cobos lo sabía bien, conocía esa mirada, la había experimentado muchas veces, cada vez que recordaba a Soledad.

—Verás... Acababa de pasar las pruebas, era un joven estúpido que creía que podía con todo... solo. Me metí de lleno en la investigación de unos robos sin decirle nada a nadie. No eran robos de cosas llamativas, pero eran muy continuados y siempre en las mismas zonas: barrios ricos.

»Eso me puso la mosca detrás de la oreja. ¿Por qué iban a dejar las cosas de verdadero valor para llevarse pequeñeces como marcos de fotos, álbumes, ropa interior...? Todo me pareció muy raro. Así fue cómo descubrí a uno de los maleantes de pacotilla que llevaban a cabo los robos. Era un tipo extranjero, no

supe hasta más tarde quién era; el hijo del que estaba tras todo el tinglado.

»Lo seguí, estudié lo que hacía y cómo lo llevaba a cabo, los sitios que solía visitar... y antes de darme cuenta ya era uno de ellos. Fue difícil, tú lo sabes mejor que nadie, porque llega un momento en el que la línea que separa la ficción de la realidad se difumina tanto que apenas puedes verla y muchas veces se traspasa la línea.

—Sí, lo sé.

El teniente guardó silencio, extraviado en sus propios recuerdos; había sido duro, era cierto. Había algo extraño, era como si uno se metiese tanto en el papel que, al final, el rol acabara por absorberlo y no dejara nada del antiguo yo. Daba gracias a que él tuvo a Soledad para quedarse anclado al suelo y no volar ni demasiado lejos ni demasiado alto.

—Entonces, la conocí... Un día me preguntaste si alguna vez había sentido esa clase de amor que no deja que nada más entre en tu corazón. Entonces sólo te contesté que sí, pero me callé que fue duro. Niklas jugaba con ella como si fuera una muñeca y no podía evitar sentir algo por esa chica, era... como si necesitara protegerla a toda costa; así empezó y así acabé enamorado de Leila de una manera animal, salvaje, desgarradora. Estaba llena de vida; al principio sólo iba de vez en cuando al local a buscar algo de acción, hasta que Niklas se encaprichó de ella y la marcó. Era suya, estaba prohibida para todos los demás, pero conmigo se desahogaba. No sabes lo difícil que resultó aguantar esas charlas en las que lloraba mientras me contaba cómo la había tratado y ver las marcas moradas en su cara... Estaba loco por ella, pero no podía hacer nada por ayudarla si quería mantener a salvo mi tapadera para acabar con ellos. Y luego...

—¿Luego? —lo animó a continuar.

—Luego... fue demasiado tarde. Murió en mis brazos, víctima de una sobredosis. Supe que había sido él. Niklas sabía que había algo entre los dos y acabó con ella. Fue difícil, es... es algo que te hace sentir muy impotente, porque ves cómo la vida se escapa gota a gota por cada poro y cómo la persona que estaba allí tan sólo deja de ser, de estar.

—Conozco la sensación —suspiró recordando cómo perdió de la misma manera al que fue su mejor amigo durante mucho tiempo por culpa de esa misma mierda y cómo, a causa de lo mismo, Soledad, su Sol, acabó en un frío local de alterne en Rusia para pagar la deuda de otro.

Cobos se llevó las manos a la cabeza en un acto reflejo; los recuerdos todavía le escocían en el pecho y, a veces, sólo a veces, era como si la oscuridad lo arrastrase a ese punto en el que no podía hacer nada, ni siquiera respirar. Así que sí, él lo comprendía a la perfección.

—Me hago cargo, por eso te lo cuento. Me enfadé como nunca antes lo había hecho; era como si una bestia salvaje habitara en el fondo de mi alma y ver su cuerpo inerte la hubiese despertado. Fui en busca de Niklas, y le di fuerte. Él también me marcó; esta cicatriz que llevo en la cara fue su último regalo, para que dejara de tener una «cara bonita» y dejara de desear lo que no era mío. A partir de ahí, todo acabó: en pocos días destapé la operación y se les acabó el chollo, aunque creo que no fue suficiente. Me temo que son los mismos y puedo imaginar que estarán más preparados y mejor armados. Por eso debo volver allí a darme una vuelta.

—¿Solo?

—Como siempre, soy un lobo solitario. —Sonrió—. No puedo arriesgarme a aparecer con alguien, podría dar lugar a sospechas. Además, lo sabes tú. Sé que vas a cubrirme las espaldas y vas a mantener a Vanesa a salvo.

—Claro que lo haré, no te quepa la menor duda.

—No la tengo.

—¿Con qué excusa vas a regresar allí?

—Con la verdad. Diré que me he enterado de lo de Acosta y que quiero saber qué pasa, si estoy en peligro, si el pasado regresa feroz a por nosotros, a mordernos.

—¿Estás seguro de que podrás controlar la situación?

—Al ciento por ciento. Fui uno de ellos.

—Está bien, mantenme informado.

—Lo dejo todo a tu cargo. Cuídala —repitió serio.

—Tranquilo, lo haré. Veo que te importa más de lo que te gustaría admitir.

—Sólo ha sido sexo. Además, fue ella la que se lo buscó.

—Lo que usted diga, mi capitán.

Pero Cobos no lo soltó serio; una sonrisa se plantó en su cara y Acero sintió ganas de pegarle un buen puñetazo, como cuando de niños alguno lo acusaba de que le gustaba una niña; era esa misma sensación. Y resultaba raro, porque, por lo general, nunca, nadie, desde aquel día en el que tuvo que sacar muerta a esa

joven a la que amaba de ese antro lleno de drogas, alcohol, corrupción y muerte, había dicho jamás nada que le afectase; sin embargo, con esa mujer de pelo rojo que no era consciente de la belleza que poseía, todo era diferente.

Y eso lo asustaba más que unos cuantos tipos apuntándole con armas a la cabeza, mucho más.

CAPÍTULO 12

Vanesa enseguida se sintió como en casa. Los padres de Soledad resultaron ser una sorpresa. Miraban a su hija como si fuese lo más importante en sus vidas y, aunque doliese porque ella no lo había sentido nunca así, supuso que era lo más normal.

Pasaron un día tranquilo. Acompañaron a la madre de Soledad a hacer algunas compras, entre ellas una peluca para ella, y no dejaron de hablar sobre cosas triviales, como si fuesen tres viejas amigas... o algo más, como si ella fuese de la familia.

A la hora de la cena, Vanesa se encontró con algo inesperado; la verdad era que había pensado que iba a estar todo el día a solas con Soledad, pero de nuevo se equivocaba en sus presunciones.

Cuando la luna se asomaba al cielo, la puerta principal sonó y Cobos y Acero aparecieron en la casa. Iban a ser dos más para la cena. ¿Lo sabría con antelación Soledad?

Tras los saludos pertinentes, se sirvió la comida; una lasaña riquísima que había preparado la madre de Soledad y que repartió mientras su padre les llenaba una copa de vino tinto que a Vanesa le supo a gloria; nunca había probado antes ese vino.

—¿Capitán? —preguntó señalando la botella de tinto.

—No, gracias. Estoy de servicio. —Sonrió.

—¿A estas horas?

—Siempre.

—Entonces, ¿agua?

—Eso suena perfecto.

Vanesa comió en silencio; estar en compañía de tantas personas no era lo habitual para ella y en cierto sentido le fascinaba escuchar y ver a las personas, las palabras que elegían con sumo cuidado, los gestos... No tenía claro qué le había pasado a Soledad, pero intuía que había sido una dura prueba. Y para ella lo estaba siendo, pero le agradaba ver que nadie la miraba de forma diferente, le gustaba sentirse normal.

—Todo estaba riquísimo, gracias —dijo al acabar.

—No hay de qué, estamos encantados. Por lo general Soledad no trae amigas a casa, así que los agradecidos somos nosotros.

El rubor bañó sus mejillas, que en ese momento podrían confundirse con el color de su propio pelo, y Soledad le apretó la mano con cariño.

—Gracias, por todo —fue lo único que pudo añadir.

—Vanesa es algo tímida, así que no la agobiéis; si no, no va a volver a venir por aquí.

—Vale, vale... pero, hija, comprende que nos emocionemos.

—Lo sé —afirmó con tristeza.

Aunque Vanesa desconocía lo que le había sucedido a Soledad, reconocía un alma lastimada en cuanto la veía. Era un don, o tal vez, simplemente, se trataba de que podía distinguir a los que eran como ella... todos aquellos que tenían cicatrices marcadas a fuego, imborrables por más que pasaran los años.

Aunque Soledad parecía estar recomponiéndose, lo sabía porque lo había descubierto todo el tiempo que duró la cena, cada vez que había mirado a Cobos. Al hacerlo, dejaba ver una sonrisa que era de verdad, de esas tan sinceras que llenaban la mirada de un brillo mágico. Un brillo que muy pocas personas podían conseguir hoy día. Un brillo tan extraño como ver un unicornio; sin embargo, ahí estaba, frente a ella.

En ese momento no pudo evitar mirar a Acero, que le rozó la pierna con su rodilla bajo la mesa y eso la llevó a recordar lo que había ocurrido entre ellos, y su rostro volvió a tornarse rojizo y caliente.

Había sido algo maravilloso; estaba segura de que, aunque no tuviera con quién comparar, después de Acero, si es que llegaba a haber otros, éstos iban a salir muy mal parados en las comparaciones.

Al terminar, tomaron tarta de chocolate y café. El capitán apenas dijo nada; parecía estar cómodo con el silencio, algo que compartía ella. Se había

acostumbrado a permanecer callada, a ser una mera observadora de cómo vivían y se divertían los demás y, de repente, estaba siendo parte de algo y no podía asimilarlo con rapidez, pero le gustaba.

El teléfono de Acero vibró y éste se excusó con la mano mientras atendía la llamada. Se alejó hacia la terraza que daba a la calle y no profirió palabras claras, tan sólo realizó gestos y asentimientos que sonaron a gruñidos.

Al volver, se sentó a la mesa y siguió como si nada con el café y la tarta. Comía con apetito, pero eso era algo que ella sabía ya, ¿verdad?

Y lo que daría por darle otro postre muy diferente o por tener ese trozo de tarta entre sus piernas y a él arrodillado entre ellas lamiendo cada trozo...

El calor la invadió de nuevo y agachó la cabeza para disimular que tenía la respiración agitada. ¡Por Dios! ¡Estaba rodeada de gente y no era capaz de controlarse! ¿Qué demonios tenía Acero que la exasperaba tan intensamente como la hacía arder?

—Vanesa, ¿estás bien? —preguntó tocando su rodilla por debajo de la mesa.

—Sí, no es nada. Supongo... supongo que sólo es cansancio —se excusó.

Tampoco es que mintiera, no había dormido nada. O muy poco. Además, el ejercicio intenso de la noche anterior la había dejado exhausta.

—Gracias por todo —agradeció Acero a los padres de Soledad—, pero tenemos que irnos. El deber nos llama.

—Claro, lo primero es lo primero —aceptó el padre de Soledad.

—Vamos, Vanesa —ordenó agarrándola del brazo para que lo acompañase.

—Gracias, ha sido un placer. —Sonrió a los anfitriones—. Gracias también a ti, Soledad.

—Ha sido demasiado corto, apenas hemos tenido tiempo para hablar —se quejó Sol.

—Quizá mañana, ahora la necesito —cortó Acero, apremiante.

Esas palabras la pusieron tensa; había necesidad en su voz, pero ¿era lo que ella creía? No, no podía ser. Se lo había dejado claro. Sólo una vez, no era hombre de atarse a ninguna mujer, no era hombre de sentimientos, aunque fuese capaz de despertarlos con mucha facilidad.

—Adiós —se despidió incómoda.

—Adiós, no. Hasta luego. —Soledad sonrió.

—Teniente, tómese el resto de turno libre.

—¿Seguro, capitán?

—Seguro, voy a deberle un montón de horas.

Los hombres se estrecharon la mano y Vanesa asintió y salió por la puerta acompañada de Acero. Era rudo. Era serio. Era... era Acero. No podía ver mucho a través de esa piel dura y opaca que mostraba, aunque también era cálido y se temía que se había quemado con su calor.

Una vez fuera del bloque de pisos, Acero la soltó del brazo, y en ese instante se dio cuenta del frío que acababa de inundarla.

Caminaron por la calle uno al lado del otro, sin hablar, tratando de no rozarse, pero era algo extraño, pues, por más que lo intentaban, al final, acababan con los hombros juntos, con las manos tocándose con cuidado. Tan lejos y tan cerca, sin querer quererlo, sin poder evitarlo.

Como imanes. Potentes imanes.

—No quiero que te asustes, ¿vale? —dijo de pronto, rompiendo la calma.

—¿Qué sucede?

—Te voy a llevar a una rueda de reconocimiento. Necesito que veas a algunas personas y me digas si alguna te suena, si conoces a alguien.

—¿Podrán verme?

—Ellos a ti no.

—¿Seguro? Porque, en todas las pelis de policías que he visto, siempre le dicen eso a la víctima y luego el asesino siempre sabe quién es.

—No seas una niña pequeña y te creas todo lo que sale en las películas. Estarás a salvo, ellos no saben que te he encontrado.

—Tal vez a veces soy como una cría, pero no soy tonta: ellos saben perfectamente que me has encontrado. Has detenido a su hombre.

—*Touché*, pero no saben dónde estás.

—Si los metes en una rueda de identificación, lo sabrán.

—Vale, lo haremos de otra forma, parece que estás dispuesta a joderme todos los planes.

—Bueno, ojo por ojo, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Tú me jodiste anoche, ahora te lo devuelvo. Así estamos en paz.

—Vamos, Vanesa, anoche no...

—Anoche no, ¿qué? ¿No me jodiste?

—No... exactamente.

—Vale, lo que tú digas.

¿Por qué, de repente, se sentía mal? ¿Por qué tenía ganas de llorar, de patear? Porque él tenía razón de nuevo y se estaba comportando como una niña; lo de anoche había quedado claro, era sexo, nada más. Sin compromiso. Consentido. Entre adultos.

El problema era que ella necesitaba más; había disfrutado mucho y deseaba repetirlo, pero no podía ser. No iba a suceder, lo había dejado muy claro. En el fondo debía de estarle agradecida, pues le había concedido, sin saberlo, uno de sus deseos. Ya había perdido toda la esperanza de encontrar a alguien que quisiera estar con ella sin mostrar repugnancia y él lo había hecho con creces. Se habían dejado llevar por el momento de una forma muy salvaje, no les había importado nada más que lo que sentían el uno con el otro.

Antes de lo que le hubiese gustado, llegaron al cuartel y Vanesa siguió a Acero hasta su despacho sin decir nada más. Parecía que cada vez que abrían la boca era para decir algo de lo que más tarde se arrepentían, al menos ella, porque al final quedaba herida. Y eso que no resultaba fácil decir algo que no le hubiesen dicho ya y para lo que no tuviese coraza, pero las palabras de Acero eran tan afiladas como las esquirlas que suelta el metal y atravesaban su armadura con una facilidad que la asustaba. Y mucho.

—Aguarda aquí. Sin moverte. Por favor.

Él se fue y ella se sentó en una de las sillas a esperar. Observaba el despacho del capitán y, aunque sabía que no debía hacerlo, se levantó y vagó por la estancia para estudiar la habitación.

No había nada fuera de lo normal, papeles y más papeles, un teléfono, un ordenador, un archivador de varios cajones, un pequeño armario... nada interesante. Tampoco le resultó una sorpresa; no esperaba que un hombre como él fuese a tener la estancia llena de fotografías o dibujos hechos por niños...

—¿Todo en orden? —oyó su voz grave romper el silencio.

—Casi, necesita una limpieza. Por lo demás, todo bien. —Dicho esto, le sonrió.

El gesto los pilló por sorpresa a ambos. No sólo no estaba acostumbrada a sonreír, sino que había sido mucho más que eso... ¿había coqueteado con él?

No, no podía ser, ¿verdad? Definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

—Éstos son los sospechosos —tensó el ambiente de nuevo—, ¿reconoces a alguno?

Vanesa miró con atención las fotografías que le mostraba; a eso había ido, a coger fotografías de los sospechosos para no tener que hacer una rueda de reconocimiento. El gesto le disparó una oleada de calor que se concentró en el único lugar que de repente parecía que existía en su cuerpo, entre sus piernas, y se tuvo que obligar a mirar con detenimiento las imágenes que, en realidad, por más que se esforzara, no le decían nada.

—Lo siento, Acero, pero no reconozco a nadie. Lo siento —repitió.

—No lo sientas, es algo bueno. Significa que esta gente no ha estado en tu casa y tengo la esperanza de que no te hayan reconocido.

—Y, ahora, ¿qué? ¿Por dónde seguimos?

—Tú no sigues por ningún lado; tú te vas a preocupar de mantenerte a salvo, sólo eso. De lo demás, me preocupo y ocupo yo.

Vanesa trató de aguantarle la mirada a Acero, pero no pudo; la de él era tan intensa y abrasadora que, al mirarlo, se sentía encadenada al mismísimo infierno. Ya había estado allí y no le gustaba, aunque este averno tenía un aspecto mucho más atractivo.

El teléfono sonó y el contacto se rompió; fue entonces cuando Vanesa se dio cuenta de que habían estado muy cerca... demasiado cerca para su salud mental. Al final, cuando por fin acabara todo y pudiese retomar su vida, iba a tener que volver a ver al psicólogo para recibir una terapia con el fin de desengancharse del efecto que Acero ejercía sobre ella.

¿Era posible ser adicta a alguien? ¿Era posible que algunas personas tuviesen sobre otras un efecto de necesidad parecido al que causaban las drogas? ¿Era eso que estaba empezando a sentir, ese enganche, lo que había llevado a lo largo de los siglos a hombres y mujeres a cometer feroces e incomprensibles locuras?

Perdida en sus reflexiones, no se percató de la conversación que Acero había mantenido por teléfono, aunque tampoco es que le debiese importar, o eso creía ella.

—Vanesa, era el albacea testamentario de tu padre. Quiere vernos a los dos.

—¿Perdón? ¿Cómo...?

—Han llamado del despacho de abogados que le llevaba los papeles importantes a Antonio; era su albacea, me ha llamado para citarme. Me ha dicho

que no conseguían dar con la señorita Acosta y les he explicado que yo podía localizarte; tenemos que reunirnos con ellos mañana por la mañana a las diez.

—¿Mi padre había hecho un testamento? ¿Cuándo? ¿Acaso sabía que iban a matarlo en breve? —soltó de pronto, horrorizada por tal posibilidad.

—¿Quieres que sea sincero?

—Siempre.

—Creo que tu padre se temía que iba a pasar todo esto.

—¿Y por eso me pidió que regresara a casa con urgencia?, ¿para advertirme?

—Tal vez. Tendría sentido.

Vanesa comenzó a llorar; no había tenido tiempo de llorar a su padre como debía y el nudo que daba vueltas dentro de ella y no dejaba de molestarla se había convertido, de pronto, en una bola tan grande que le aplastaba los pulmones y le impedía respirar con normalidad.

Sin saber cómo, se encontró en el suelo, de rodillas y abrazada por Acero, que le servía de férreo soporte mientras dejaba que el dolor, la frustración y el miedo que la llenaban salieran a raudales, mojándolos como prueba de su desesperación.

CAPÍTULO 13

Acero la abrazaba sin saber qué más hacer, estaba confuso. Hacía mucho tiempo que no consolaba a nadie. Ni siquiera había podido consolarse a sí mismo, noche tras noche, cuando perdió a Leila. Así que en ese instante no tenía ni puta idea de cómo actuar. Y, para colmo, seguía teniendo ese maldito sentimiento de protegerla, esa inexplicable atracción.

¿Inexplicable? ¡Y una mierda! Ella se había entregado sin miedo, sin reservas, de verdad. Había desnudado su piel, su alma y su corazón a una bestia como él. Un hombre capaz de matar a sangre fría sólo por venganza, un hombre que había dejado que la mujer a la que amaba se consumiera con lentitud mientras trataba de conseguir su objetivo, ése era él. Una bestia horrible con la piel dura y fría.

Sin embargo, su corazón, ese que pensaba que había perdido junto a ella, había vuelto a la vida sin saber en qué momento exacto, pero la razón sí la tenía clara; había sido por Vanesa.

Tal vez por el recuerdo que guardaba de ella de su niñez, que lo hacía viajar atrás en el tiempo y ver al que fue, o quizá porque estaba tan sedienta como él. Nunca lo sabría, porque, por mucho que deseara volver a hacerla suya, no podía permitírselo. No. No era algo factible, porque estando con ella le sucedía algo extraño. Perdía gran parte de lo que era, pero también recuperaba algunos trozos que creía haber perdido.

—Vanesa, vámonos.

—¿A dónde? —preguntó entre lágrimas.

—Al único lugar que se me ocurre: tu casa.

—¿Mi... casa? —inquirió con sorpresa.

—Sí; de todas formas, hay que estar mañana a primera hora en el despacho de abogados, así que vamos a salir ahora y pasaremos allí la noche. Quizá encuentre algo que nos pasara desapercibido la última vez.

—Está bien, si crees que es seguro.

—Lo creo.

Acero hizo una parada en el bloque en el que vivían y del que tuvieron que irse porque los habían encontrado; estuvo vigilante un rato, para cerciorarse de que nadie estaba rondado por si ellos regresaban. Subieron la escalera y se encontraron con el piso de Vanesa destrozado, peor de lo que lo habían dejado. Se temía que los hombres hubiesen vuelto en pos de lo que fuera que buscaban. Su apartamento no estaba mucho mejor, pero, al menos, no parecía faltar nada, aunque, para ser sinceros, tampoco es que tuviese nada de valor.

Después de hacerse con algunas cosas, emprendieron el viaje ya entrada la noche. No es que Sevilla estuviese excesivamente lejos de Málaga, pero, aun así, el viaje se le iba a hacer eterno. El cielo había perdido esos colores anaranjados para dar paso a la hermosa oscuridad.

No podía dejar de pensar en Lili. ¿Estaría bien?, ¿seguiría en la casa? Seguramente no, ¿para qué? Ya no había nadie allí a quien atender, ni tampoco nadie que le fuese a pagar a fin de mes.

El vehículo de Acero le gustó mucho más que la moto en la que la había obligado a ir; era un Jaguar E-Pace nuevo, recién estrenado. A ella siempre le habían gustado los coches y ese modelo acababa de salir del horno. Era de color negro y Vanesa pensó que iba con la personalidad de Acero, o lo que intuía de ella. No había coches con lobos como los de su tatuaje, pero los había con un jaguar y, sin duda, le sentaba bien a la personalidad de Acero.

Entró sin decir nada, aunque no pudo evitar sentir lo comfortable que era, y se arrebujó en su asiento, cerrando los ojos.

—¿Estás cómoda?

—Mucho. Es un coche precioso. No sabía que un capitán ganase tanto.

—Bueno, en realidad...

—¿En realidad...? —lo animó a continuar.

—Si te lo dijera, tendría que silenciarte.

—¿A quién iba a contárselo? ¡Ah, espera! ¡Claro! A mis cientos de miles de amigos —soltó marcando cada palabra con la ironía y la amargura que sentía.

—Está bien, fue un regalo de Cobos.

—¡Vaya! ¿Y cómo pudo él, que tiene menor rango que tú, regalarte un vehículo de, como poco, cuarenta mil euros?

—Digamos que recibió un pago inesperado y me hice el sueco.

—Me tienes intrigada. ¿Qué pago? ¿Por qué?

Acero supo que había metido la pata, no iba a dejarlo en paz durante todo el viaje si no se lo contaba y no era como si pudiera tirarla en mitad de la autovía, así que no tuvo más remedio que confesarle la verdad.

—Esto debe quedar entre nosotros, está bajo secreto de sumario, ¿vale? Todo lo que se diga dentro de este coche, una vez lleguemos a nuestro destino, lo olvidaremos.

—Está bien, dispara. O mejor no, que tú eres capaz de tomarlo al pie de la letra.

Acero se rio. Una risa sincera. Una suave y ronca carcajada que erizó no sólo el vello de su cuerpo, sino también otras partes que no quería que fuesen tan evidentes, así que se cruzó de brazos para, con disimulo, dar calor a sus pezones y tratar de que regresaran a un estado... vegetativo.

—Soledad fue víctima de un secuestro.

—Eso es horrible...

—Lo es. Se la llevaron como pago de una deuda de drogas. El chico que había sido su novio la entregó para que le perdonaran la deuda y se la llevaron a Rusia para prostituirla.

Acero nunca había contado a nadie en voz alta la historia, aunque el caso había sido muy sonado e incluso había algunas reseñas en prensa que contaban, a grandes rasgos, lo que había sufrido el teniente Jose Cobos para traer de vuelta a esa chica a la que daban por muerta y desarticular a toda una banda de tráfico de drogas, mujeres, obras de arte... así que, en realidad, no era como si lo traicionara.

Esperó a que Vanesa dijera algo, pero estaba lívida y lo miraba con mucha atención; sentía sus ojos clavados en él con la misma intensidad que él los clavaba en la calzada.

—Cobos se infiltró en la banda que creía responsable de la desaparición de Soledad y, al final, consiguió dar con ella.

—¿Cómo la trajo?

—Fue hasta allí, la encontró y regresó con ella.

—Eso es... Cobos es un héroe —exclamó con un nudo en la garganta—. ¿Lo ayudaste?

—Lo hizo... lo hicieron solos. Los dos. Sólo los ayudé cuando llegaron a España. No podía ofrecerles ayuda fuera de las fronteras, los tentáculos de la organización lo habían cubierto todo: jueces, fuerzas de seguridad, abogados... estaban en todos lados y no era seguro; no queríamos que acabaran con ella antes de que el teniente la trajese de vuelta.

—Y se enamoraron. Normal. Es lo más romántico que he oído en mi vida.

—Cobos y Soledad ya lo estaban, desde niños. Cobos era el mejor amigo de Soledad y esa amistad dio paso a algo más, sólo que no pudieron disfrutarlo, porque se la llevaron. Jose nunca perdió la esperanza, la mantuvo incluso cuando todos los demás nos habíamos rendido y habíamos tirado la toalla, y al final obtuvo su recompensa.

—Soledad es una mujer admirable. No puedo imaginar por todo lo que habrá pasado...

—Ya te dije que hay cicatrices menos visibles, pero más profundas.

—Sí, supongo, sólo que a cada uno le duelen las suyas.

Vanesa sintió vergüenza por un segundo, pero lo que acababa de decir era cierto. Tal vez lo suyo no era comparable con lo que había pasado esa chica, pero su vida tampoco había sido un camino lleno de pétalos de rosa, sino más bien lleno de espinas, y había tenido que obligarse a caminar sobre ellas.

—Eso no explica lo del coche —dijo para evitar seguir pensando en las miserias de su vida, en las miserias de las vidas de los demás.

—Bueno, digamos que Cobos se vino con Soledad y con algo de dinero extra, y ese dinero se reutilizó de una forma mejor que estar encerrado en un cuarto de pruebas.

—Así que...

—Se lo merecían, los dos. Se merecían ese respiro por tantos años sin poder respirar.

Vanesa asintió, se quedó en silencio y supo que el coche había sido un regalo de Cobos por dejarle quedarse con esa pasta. Le gustaba Cobos y le gustaba Soledad, también Acero, eso no tenía lugar a discusión, y le apenaba saber que su tiempo con ellos estaba contado.

—Por supuesto que sí —dijo únicamente.

—No fue todo —murmuró—, sólo una pequeña parte. Ellos se quedaron con otra, un fondo para emergencias, y lo demás lo donaron en secreto a una asociación que ayuda a mujeres que, como Soledad, han sido víctimas de abusos sexuales o prostitución. Es una buena asociación, ayudan a reinsertarlas. Soledad les echa una mano de forma altruista.

—Desde luego, sois admirables. Todos. Puro honor... —musitó.

Acero sonrió, porque sabía de dónde había sacado Vanesa esas palabras, y no pudo evitar que su pecho se inflara. Ella se había fijado en él, aunque eso no debería de causarle esa sensación. Molesto, subió la música y el resto del viaje lo hicieron en silencio. A mitad de camino se detuvieron a tomar algo en un bar de carretera y a estirar las piernas, y enseguida continuaron hasta que llegaron a la casa... solitaria, fría y triste a esas horas de la noche en la que la única iluminación procedía del oscuro cielo.

—Vaya... —exclamó Vanesa al bajar del vehículo.

—¿Qué sucede?

—Nada, es sólo que... no sé si voy a ser capaz de volver ahí. Ahora... No dejo de ver a mi padre sobre su escritorio y...

Sin poder evitarlo, las lágrimas la sacudieron; en esos días estaba llorando lo que no había llorado en los últimos años. Parecía imposible que fuera ella, era como si algún ente desconocido se hubiese adueñado del control de sus emociones.

Acero se acercó y la abrazó, para él también estaba siendo duro. Sin pensar en lo que hacía, bajó su boca hasta la cabeza de la chica y le besó el pelo, no una, sino varias veces, y trató de consolarla entre sus brazos como si fuese lo más importante del mundo.

Permanecieron unidos en ese cálido abrazo durante mucho rato; el cielo estaba negro como la boca de un lobo, las nubes eran tan espesas como la mantequilla y ni la luna ni las estrellas conseguían que su luz las traspasara.

Desde la distancia, Acero recordó lo que sintió cuando fue a esa casa por primera vez; había llovido tanto desde entonces... No era más que un crío lleno de ilusiones y de valor, y vacío de conciencia. No pensaba en que nada malo pudiera pasar, creía que era invencible... como si eso fuera posible.

Al principio le gustó que Niklas lo pusiera al lado del hombre que lograba

que todo pareciera legal, aquel que conseguía que su sucio dinero quedase resplandeciente. Después conoció a Antonio Acosta y se dio cuenta de que era otra víctima obligada por las circunstancias; fue en ese momento cuando Acero supo que la vida no era blanca o negra, sino repleta de una variedad de tonos grises que no tenían fin.

Había hombres buenos obligados a hacer cosas de hombre malos y hombres malos que se veían abocados a actuar como hombres buenos. Él lo tenía claro, era uno de los buenos; sin embargo, esa percepción sobre sí mismo fue cambiando con el paso del tiempo, en el momento en el que le costó decidir qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal, quiénes eran los buenos y quiénes los malos...

Miró la piscina situada al lado de la gran casa. Tenía una valla cerrada con llave; al principio no había sido así. Ella tal vez no lo recordaba, era una niña, apenas una adolescente. Él estaba paseando para despejarse, acababa de llegar de mantener una discusión con Niklas en la que las cosas se habían salido de madre y habían terminado por llegar a las manos, algo que se había vuelto habitual, ya que no podía soportar cómo trataba a Leila.

Al principio no quería creer que se hubiese enamorado de ella, él no podía enamorarse de alguien que pertenecía a ese mundo que él trataba de hundir a toda costa, pero su corazón latía desbocado cada vez que la veía y sus puños se tensaban cuando Niklas la tocaba, la besaba o la usaba como un simple orificio en el que descargar sus instintos más primitivos a cambio de una dosis.

Paseaba para despejarse, no le apetecía hablar con nadie y, de todas maneras, sólo tenía que proteger a Antonio, así que no pasaba nada porque diera una vuelta por los alrededores. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó para apagarlo bien y, al alzar la vista, vio un rayo de sol rojizo hundirse en el agua fría.

Corrió en dirección a la piscina antes de darse cuenta de lo que hacía y saltó sin pensar. Cuando la sacó, la muchacha tiritaba y tosía sin control toda el agua que había tragado. Salió corriendo con ella en brazos, empapados, y gritando como un loco en busca de ayuda.

Sin fuerzas, se dejó caer sobre el verde césped en cuanto los sirvientes y el propio Antonio salieron al oír los gritos. Tiritaba sin cesar y no de frío, sino por el miedo que lo inundaba. ¿Cómo demonios había acabado allí?

Fue en ese instante cuando pudo ver las cicatrices, ya que la camiseta de

Vanesa se había levantado hasta el pecho por la fricción de sus cuerpos. Eran marcas profundas las que desdibujaban su piel y, al descubrirlas, sintió que esa imagen era el puro reflejo de su alma, y se asustó. Tanto, que huyó a toda prisa... y ahora, ahora, había vuelto a dejar que esa chica le mostrase el monstruo que era; no había podido contenerse y la había hecho suya... a la hija del hombre por el que sintió mucho más que una simple amistad.

Y lo peor de todo era que el monstruo que habitaba bajo su piel, ese mismo que había antepuesto acabar con éxito su misión a la vida de Leila, seguía hambriento de ella. La deseaba con toda la fuerza animal y salvaje que guardaba en su interior, y lo que todavía era mucho peor: no tenía claro si quería resistirse a tenerla de nuevo o no.

Las primeras gotas de lluvia no se hicieron sentir cuando mojaron sus cuerpos; después de unos eternos minutos en los que no dejaba de darle vueltas a la cabeza, ella alzó su cristalina y asustada mirada y no pudo contenerse, ni quiso. Llevó sus manos, rudas y ásperas, hasta el cuello frágil y marcado de la mujer que le devolvía una mirada... ¿esperanzada?... y bajó la boca hasta la de ella, que lo invitaba con los labios generosos entreabiertos, esperando que se fundiera contra ella igual que las gotas de lluvia lo hacían sobre su hermosa piel.

CAPÍTULO 14

Vanesa mentiría si dijera que el beso llegó de manera inesperada; también mentiría si dijera que no lo deseaba. Lo había anhelado cada maldito segundo que había pasado al lado de Acero. No en vano, había sido el primer hombre con el que había estado y seguía teniendo ganas de él. También era consciente de que sólo era atracción y que no iba a poder existir nada más entre ellos, ya que todo acabaría en cuanto el asesinato de su padre estuviese resuelto.

Aun así, sabiendo que corría riesgos, no le importaba, los aceptaba con los brazos abiertos. Por tanto, se aferró al cuello de Acero e introdujo su lengua en la boca de él, que gruñó con tanta fuerza que resonó en la oscura y tranquila noche cuyos únicos sonidos eran los de las gotas de lluvia.

—Vamos dentro —ordenó él sin más.

Vanesa asintió, dejando que la arrastrara con esa fuerza abrumadora que poseía. Era como un gran imán al que quedaba soldada sin remedio, pero no la molestaba; si por ella fuera, pasaría así el resto de su vida.

Al llegar a la puerta principal, Vanesa sacó las llaves con manos temblorosas y abrió para dejar que la gran casa los acogiera.

Confusa, se giró temblando más; era una sensación extraña. Sentía miedo, dolor por la última imagen que quedaba en su mente grabada: la de su padre sin vida en el despacho, y deseo, un deseo que no era capaz de retener y que parecía desbordarla entera, al igual que las lágrimas que no dejaba de derramar.

Acero la levantó con avidez mientras que con una de sus fuertes piernas cerraba la puerta de golpe y la soltó sobre la cómoda que daba la bienvenida en el pasillo.

La despejó torpemente con la mano y el ruido de cristales se unió a los

jadeos de ambos y a la lluvia que golpeaba en las ventanas, incesante, insistente, hambrienta... como ellos.

Acero le sacó la camiseta a Vanesa, que esta vez no se sintió incómoda; ya no tenía nada que temer, ya la había hecho suya, ya la había visto desnuda, conocía el horror que ocultaba bajo las prendas y, aun así, seguía deseándola... y eso le hizo sentir una chispa brillante en el corazón que calentó su frío interior un breve segundo, pero con una intensidad cegadora.

Ella tiró de la camiseta mojada que se había pegado al musculoso cuerpo de Acero como una segunda piel y jadeó al verlo de nuevo iluminado por el resplandor eléctrico que inundaba el cielo.

Era magnífico. E iba a ser suyo. Una vez más. No debía, no debían, pero no iba a ser ella la que pusiera fin a ese torrente de sensaciones que sólo sentía con él, a ese sentimiento único que él le regala como si estuviese... viva.

—Si quieres que me detenga —jadeó—, habla ahora o calla para siempre.

Vanesa lo miró confusa; después, al comprender que le daba la opción a rechazarlo —como si eso fuera posible—, sonrió. Luego llevó su inocente mano hasta su rostro y dejó que sus dedos acariciaran el vello húmedo por el agua de lluvia y cerró los ojos ante el contacto rudo de la cicatriz que atravesaba su cara; necesitaba guardar esa sensación dentro, para siempre. No quería olvidar nada de lo que sucediera esa noche, porque, con toda probabilidad, sería la última.

Y esa cicatriz, cuyo tacto era parecido al de las suyas, era lo que más deseaba guardar, ya que iba a ser la prueba de que no era la única que sufría, ni la única que llevaba marcas, y supo en ese momento que nunca más se iba a ocultar, ya lo había hecho durante demasiado tiempo.

—Nunca te pediré que te detengas —soltó sin pensar.

Y en ese instante sus cuerpos se unieron, sus bocas se volvieron una sola y sus lenguas se dedicaron a adorarse la una a la otra, a dejar que sus esencias, con cada jadeo, se fundieran en una.

La ropa mojada cayó por el suelo provocando un ruido amortiguado y Acero no dejó de acariciar cada parte de esa mujer que se le entregaba con tanta sinceridad. Besó cada peca de su pálida piel, cada cicatriz por honda que fuera, cada centímetro que quedaba al alcance de su boca ávida y ansiosa por tenerlo todo de ella.

No sabía por qué, pero necesitaba de un modo enfermizo obtenerlo todo de

ella, como si fuese la cura milagrosa que lo salvaría de esa enfermedad que padecía.

—Vanesa... Vanesa... —susurraba cada vez que sus labios se apartaban de la suave piel para tomar aire y volver a la carga, y ella no era capaz de pensar o de hacer algo diferente a sentir un placer que escapaba con forma de nubes vaporosas por su boca.

—Voy a hacerte mía —sentenció de repente, para sorpresa de ambos.

Pero ninguno dijo nada. Acero se hundió entre las piernas abiertas de Vanesa sin más preámbulos y la golpeó con su sexo con una fuerza tan desmedida como su necesidad, hasta que ambos, entre la locura del deseo y del placer, se dejaron arrastrar al orgasmo como las gotas de lluvia se dejaban arrastrar por los cristales de las ventanas para terminar fundidas, unas junto a otras, en un pequeño lago húmedo.

—Carlos... Carlos... —susurró en voz alta, y Acero, al oír su nombre en los labios de esa mujer que tanto le daba sin pedir nada a cambio, gruñó y apretó los dientes para que lo que quedaba de su alma no se escapase también por su boca.

Apoyó la frente en la de Vanesa y saboreó los últimos temblores que recorrían sus cuerpos todavía unidos de esa manera tan íntima. Era deliciosa. Era espectacular. Era... era peligrosa. Sí, era un arma cargada que apuntaba directamente a su corazón dispuesto a volarlo, y eso lo asustó como nunca antes lo había asustado algo.

Besó su frente y se apartó de ella para poner distancia entre ambos; había entrado en pánico, había vuelto a tener sentimientos y había vuelto a estar con ella a pesar de que le había dicho que sólo sería una noche. Pero había mentido entonces y se mentía en ese instante, pues, por más que quisiera huir y resistirse a esa chica, sabía que lo tenía jodido, porque con ella volvía a sentirse vivo y ese sentimiento que tenía olvidado lo atrapaba con fuerza y lo tentaba con la promesa de recuperar la esperanza, de recuperar la felicidad que se había negado a experimentar... de liberarse de la penitencia que se había autoimpuesto al saber que no hizo nada para ayudar a Leila.

Vanesa se quedó por un segundo perdida en el tiempo; no sabía bien qué era lo que había pasado; habían vuelto a mantener relaciones sexuales y, ¡joder!, cada vez le parecía que eran mejores. ¿Sería eso posible? Lo observó mientras recogía la ropa, fuerte y de movimientos seguros; todo a su alrededor tenía ese

aura de seguridad de la que ella carecía, y esperó sin saber muy bien qué hacer, excepto tapar todo lo que podía de su cuerpo desnudo.

—Deja de hacer eso, ¡joder! —gruñó, molesto de pronto.

—¿El... qué? —preguntó confusa al no saber a qué se refería.

—Taparte todo el tiempo. Ya te he visto desnuda, ¡por Dios! Hemos follado, varias veces además. No te tapes. Pareces una...

—¿Una cría pequeña? —acabó la frase ella por él. Vanesa nunca se había sentido así; bueno, sí que se había sentido enfadada y frustrada contra el mundo, contra lo que le pasó, contra ella... pero nunca se había sentido así contra una sola persona, al menos no con tanta intensidad.

—Eso mismo; no somos niños, somos adultos. Además, no es para tanto, te empeñas en que esas marcas sean el eje de tu vida, pero no lo son.

—¿Y tú qué coño sabrás? —contestó tragándose las lágrimas que pugnaban por escapar, pero no estaba dispuesta a llorar de nuevo, no por él; por su padre, sí; por el dolor que se empeñaba en morderle el alma, sí, pero por él, no.

—Más que tú. He vivido mucho más que tú, he perdido mucho más que tú. Te lo aseguro.

De pronto todo el oxígeno a su alrededor se había consumido, se habían acercado el uno al otro, sin vestir, desnudos. No sólo sus cuerpos, también sus pensamientos más ocultos. Respiraban con dificultad, a grandes y rápidas bocanadas, como tratando de coger del otro el aire que expulsaban, envenenado, pero aire al fin y al cabo.

—No lo creo. Lo tienes todo. Mírate —escupió, a la vez que lo señalaba estirando su largo y pálido brazo.

—No tienes idea de nada, niña. La que lo tienes todo y no te enteras eres tú. Has tenido un padre que se ha desvivido por ti, que te ha pagado los mejores colegios, que te ha dado todo lo que deseabas, que sólo pensaba en mantenerte a salvo; has tenido esta casa, criados, y has tenido...

—¿Qué? ¿Qué más he tenido? Ilústrame, ya que parece que lo sabes todo sobre mí.

—Vida —dijo con la voz más baja, en un susurro que le heló la sangre y que resonó en su cabeza como si lo hubiese gritado con todas sus fuerzas.

—Esto... —murmuró señalando a su alrededor—... no ha sido vida.

Estaba cansada y no podía seguir con esa discusión a ver quién había perdido

o sufrido más. No, no podía. Demasiadas emociones en pocos días. Se agachó para recoger su ropa y se levantó para caminar desnuda hacia la escalera que la llevaría a la planta superior.

—A veces uno tiene que darse cuenta de que está vivo para poder disfrutar de la vida; no lo hagas por nadie, sólo por ti, pero vive. Es una pena que desperdicies tu vida por unas simples marcas.

Vanesa se agarró con fuerza a la barandilla y trató de sacar la rabia que en ese momento la envolvía hacia la madera de la que estaba hecha, pero no pudo. Era como si un volcán dormido se hubiese despertado con una ferocidad incontrolable y, si trataba de retenerlo dentro, acabaría destrozada, más de lo que ya estaba.

—No sabes nada de mí. No tienes ni la más remota idea de cómo ha sido mi vida. ¡Ni puta idea! ¿Unas simples marcas? No sabes a cuántas operaciones me he tenido que someter para intentar que fuesen menos graves; no sabes cuántas veces he soportado burlas de mis compañeros de instituto, de esos que tenía en esos colegios de pago de los que hablas... me llamaban «chica pana», ¿eres capaz de adivinar por qué, capitán? Sí, porque mi piel tenía profundas arrugas. No, no es que no quisiera vivir, no es como si yo no hubiese querido salir de fiesta o tener amigos, ni como si hubiese tenido opciones de mantener relaciones con hombres en vez de con consoladores, no, capitán. ¿Sabes? Un chico se fijó en mí en el último año de instituto; estaba emocionada porque iba a asistir a mi primer baile. Él me gustaba, era guapo, listo, divertido... y, cuando subimos después del último baile a la habitación que habíamos reservado, porque yo estaba dispuesta a dárselo todo, descubrí la verdad. Tan sólo había sido una apuesta... Se había jugado con sus amigos una nada despreciable suma de dinero, que ganaría por ser quien me desvirgara... Y, ¿sabe qué pasó, capitán? Cuando vio mis heridas, cuando me vio sin ropa, me dijo: «No puedo, el dinero que puedo sacar no es suficiente como para hacer que me olvide de que he estado con... una bestia».

* * *

Acero escuchaba en silencio; esa mujer no era lo que él creía, no era una niña, en realidad era sólo un alma destrozada que no encontraba su camino, una

mujer a la que habían obligado a creer que sus marcas la definían, que de alguna manera la apariencia era lo más importante, y estaba equivocada. Era preciosa, porque esas marcas la convertían en una luchadora y él estaba siendo un cretino porque le daba miedo que lo que le hacía sentir se volviera más fuerte con cada detalle de ella que conocía y lo que más lo asustaba era que le hacía creer que también para él existía el perdón.

—No tienes ni idea de las noches sin dormir por el dolor, ni del asco que sentía cada vez que me miraba en un espejo, de la repugnancia que he visto en la mirada de los demás... en la mirada de mi padre... y la culpa, sí. Me olvidaba de ella, esa silenciosa acusación en los ojos de mi padre porque mi madre murió por mi culpa. Porque, ¿sabes?, me culpaba. Si no me hubiese quemado, si no hubiese pasado aquello, mi madre no hubiera sido atropellada y la hubiese tenido junto a él en vez de a la hija deforme que le tocó criar.

»No creo, capitán, que su vida haya sido mucho peor que la mía, aunque en una cosa tiene razón: se acabó el seguir compadeciéndose.

Y con esas palabras y llena de rabia, subió a toda prisa la escalera para encerrarse en su habitación, ese lugar que le había servido de refugio y prisión. Y, una vez dentro, se dejó caer sobre el suelo, apoyó la espalda contra la pesada madera oscura de la puerta y dejó que la ira y el odio se derramaran por sus ojos.

Maldita vida. Maldito Acero. Maldita muerte, que se los llevaba a todos menos a ella.

* * *

Acero subió tras ella en cuanto fue capaz de reaccionar. No sabía por qué era tan cruel con Vanesa; bueno, sí que lo sabía. Lo era porque la quería lejos, tenía que hacer que ella se apartara de él, porque, aunque no quería reconocerlo, cada vez la deseaba más cerca durante más tiempo. Y ella no era como Raquel, no; con aquélla tenía claro que era sólo un toma y daca que a ambos les interesaba. Con Vanesa, sin embargo, había algo más. Con ella empezaba a sentir que podía volver a tener una vida y no estaba preparado, no era capaz. Todavía le dolía la pérdida de Leila, mucho, y no estaba preparado para dejar de autocompadecerse. Tal vez había sido cruel, quizá todo lo que le había dicho no era más que lo que deseaba decirse a sí mismo.

Subió hasta la habitación de Vanesa. Conocía esa casa como la palma de su mano y apoyó las manos sobre la puerta y después apoyó la frente. Cerró los ojos y se torturó con el sonido del llanto amortiguado que llegaba desde dentro.

Era un cabrón, lo sabía... pero, al menos, la había avisado, y el que avisa no es traidor. O eso decían. Porque la verdad era que se sentía como un hijo de perra.

Se alejó de la puerta, se acabó de vestir y se largó. Iría a dar una vuelta por el antiguo local; tenía ganas de ver qué y quiénes quedaban en el lugar. ¿Quedaría alguno de los suyos? ¿Lo reconocerían? ¿Le harían preguntas?

Esa parte era la única que tenía bajo control. Había pensado mil veces en volver y otras tantas en qué diría. Salió al coche y arrancó. Condujo como enloquecido para poner la mayor distancia posible entre el llanto y la casa y él. Sabía que, si permanecía allí mucho tiempo, iba a terminar volviéndose loco. No podía dejar de pensar en que le estaba fallando a Antonio y eso le dolía, pero había algo que lo dañaba más si cabía: saber que la había herido a ella.

Llegó a Málaga al cabo de dos horas; no eran más que la una y media de la madrugada; esa zona de la ciudad no era muy concurrida por la gente de bien y menos a esa hora, pero era la ideal para ver el ambiente que ahora había por allí.

Aparcó siendo consciente de que tenía que estar de vuelta en Sevilla antes de la cita con el abogado y también sabiendo que había sido un inconsciente al dejarla sola y tan lejos, así que hizo una llamada a un viejo conocido y le pidió que le echara un vistazo a la casa hasta que él regresara.

Sacó de la guantera las vendas; no podía estar seguro de que fuera a necesitarlas, pero siempre le gustaba ir preparado y esa noche no iba a decir que no a una buena pelea. Dejó su arma reglamentaria escondida bajo el salpicadero y cogió otra sin registrar y de dudosa procedencia, más pequeña, que guardó en la funda de su tobillo.

Salió del coche y, después de asegurarse de que lo había cerrado bien, caminó tranquilo hacia el bar donde todo había empezado hacía ya tantos años. Su andar firme se fue ralentizando, no se había imaginado que regresar le iba a costar tanto. Cada paso que daba le traía recuerdos que había enterrado y la exhumación de los mismos estaba siendo muy dolorosa.

Cuando por fin alcanzó la entrada, el corazón le dio un vuelvo; todo parecía estar como cuando se marchó. La puerta era la misma, aunque acusaba el paso

de los años y parecía a punto de caerse. Los cristales tenían las huellas de los clientes desde Dios sabía cuándo... Tal vez incluso sus huellas dactilares siguieran allí, y, al entrar, el olor familiar a tabaco, apuestas, peleas y perversión lo golpeó, despertando ese lado animal que había tenido bajo control gracias al deporte y una vida ordenada.

En ese momento, de un plumazo, ese orden caía en picado y sin que pudiera hacer nada para frenarlo. Miró hacia la barra y vio a Viktor. Seguía allí y apenas había cambiado, excepto por los hilos plateados que llenaban todo su otrora oscuro cabello y las arrugas que marcaban su atractivo rostro.

Siempre había tenido ese color extraño de los que apenas salen a la luz, ese tono amarillento, como si fuese un insecto atrapado en ámbar. Pasó bajo la mirada curiosa de muchos de ellos y se sentó a la barra.

—Una Baltika —pidió.

Hacía tanto que no probaba una que la boca se le hizo agua sólo de pensarlo.

—Claro —dijo Viktor mirándolo con fijeza—. ¿Nos conocemos?

Acero sonrió. Claro que se conocían, y mucho. Todavía tenía ese deje rudo de los rusos y se preguntó cómo era posible después de tantos años de vivir allí.

—Un poco. —Sonrió mientras le enseñaba el tatuaje de la clavícula.

—*ѐб твою мать* —dijo en su lengua materna, algo que significaba: «Que te jodan»—. ¿Eres tú, Volk? —Acero, al oír su apodo en ruso, ese con el que ellos mismos lo habían bautizado, no pudo evitar sentir emoción. Hacía mucho que nadie lo llamaba así; la última vez había sido Niklas, mientras le rajaba la cara—. ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad eres tú? —Viktor saltaba en su interior; había vuelto y tenía que averiguar todo lo que pudiese de Volk. ¿Sería uno de los buenos? ¿Habría sido sólo casualidad su encuentro con la hija de Acosta? Las dudas eran muchas y su desconfianza, mayor, pero nada como tener al hijo pródigo de vuelta y planear, despacio, su castigo por haberse largado.

—Viktor, qué alegría verte. Estás igual, cabrón.

—Ya sabes, la buena vida... y follar mucho. —Rio de buena gana.

Viktor le puso la cerveza y se sentó junto a él. A esas horas tampoco es que el bar estuviese a reventar, así que podía permitirse el lujo de acompañar a un viejo amigo.

—Brindo por eso. —Acero sonrió.

—*Toct* —brindó Viktor.

—*Toct* —repitió chocando las cuellos de las botellas de cerveza.
Sí, definitivamente, había vuelto a casa.

CAPÍTULO 15

—Estás...

—¿Mejor que nunca? —Viktor sonrió fijando la mirada en la maltratada barra.

—Más mayor, pero eso también.

—Igual que tú. Te has convertido en todo un hombre, al principio no te he reconocido.

Viktor señaló un panel de corcho que colgaba de la pared y Acero lo siguió con la mirada. En él había muchas fotografías antiguas, entre ellas algunas en las que aparecían él y... Leila. Un pellizco en su pecho lo tensó hasta obligarle a bajar la vista hacia la barra para dejarla vagar por los trazos profundos que el tiempo había grabado en ella.

—Yo también la echo de menos, fue una lástima.

—No se merecía ese final. Eso está claro.

—¿Todavía te duele, Volk?

—¿Que ya no esté o la cicatriz? —preguntó con fingida sonrisa, arrastrando los dedos por la larga marca que partía su cara y, en ese momento, pensó en cómo Vanesa había trazado con los suyos esa misma línea. ¿Qué demonios estaba haciendo? Estaba loco, la había llevado a Sevilla y había regresado a ese lugar para luego tener que volver; las cosas no se hacían así, él no las hacía así.

—Las dos cosas.

—A veces.

—Por eso desapareciste...

—No soportaba estar aquí, todo me recordaba a ella.

—Por eso nunca me he enamorado, Volk, es un error. Todas las mujeres que

entran aquí terminan igual.

—Además, las cosas con Niklas no estaban bien y sólo podían ir a peor. ¿Qué hay de los demás? —preguntó para luego dar un trago a la cerveza como si nada, como si fuese lo más normal del mundo.

—Te fuiste a tiempo, todavía recuerdo aquella maldita redada... —Acero se dio cuenta de que Viktor apretaba la mandíbula. Tuvo que ser duro si aún despertaba esa ira en él. Siempre había sido un hombre que no demostraba lo que sentía, frío, distante, seguro de sí mismo, sin escrúpulos... tan pocos como para presumir, cuando bebía demasiado, de que había puesto fin a la vida de su padre con sus propias manos; debía ir con cuidado, seguía siendo un rival al que tener en cuenta—. Niklas sigue preso, pero, ¿sabes?, también sigue activo. Además, tenemos un nuevo *golova* que se encarga de todo. Al parecer Niklas conoce a alguien allí dentro, alguien muy poderoso que lo ha estado ayudando, y ahora se ha hecho cargo del negocio, así que todo continúa casi igual. Mijaíl murió preso, Niklas perdió el control y estalló en furia. Empezó una pelea contra todos, lo tuvieron encerrado en una celda de seguridad durante un buen tiempo. Ya está bien; de vez en cuando voy a verlo y a contarle cómo van las cosas.

—Siento lo de Mijaíl, sé que eran como hermanos... él y Niklas... Veo que han sido tiempos complicados para todos.

—Sí, pero... ¿adivinas?, hemos sobrevivido. El nuevo *golova* sabe lo que hace.

—¿Lo conozco? —preguntó sacando las vendas de pelear del bolsillo de su chaqueta.

Acero intentó que el gesto fuese natural y se dio cuenta de que lo que no tuvo que fingir fue la añoranza que reflejaban sus ojos; esa noche tenía ganas de quemar adrenalina en el ring... ansias de golpear al otro hasta dejarlo sin sentido, dejar que la bestia quedase agotada y le facilitara estar cerca de Vanesa.

—No lo creo. Lo enviaron de fuera; es el hombre de confianza de la gente que ayuda a Niklas desde dentro.

—Viktor, me he enterado de lo de Acosta.

—Había llegado a ser un gran aliado, pero ya sabes que nos dejó hace tiempo. Por eso has vuelto, por él...

—Quería saber si yo también corro peligro, si ha sido cosa ajena o...

—¿Quieres verlo? —preguntó, interrumpiéndolo.

—¿El qué?

—Como sigue todo por El Almacén. Veo que añoras subir al ring. Veo que el lobo quiere aullar de nuevo.

Acero asintió despacio, tratando de evitar que la excitación por el pequeño triunfo que acababa de conseguir se notase. Iba a volver allí, a esa zona en la que había ganado mucho y había perdido más aún.

—Me muero de ganas de hacerlo —contestó mirándolo a los ojos y, en eso, no mentía.

—He visto que has traído protección.

—No voy a ninguna parte sin ella —sonrió. Brindó de nuevo con Viktor y, de un solo y largo sorbo, acabó la cerveza, dejándola luego sobre la mesa—, nunca se sabe dónde va a haber una buena pelea.

Acero siguió a Viktor tras la barra y después continuaron por el pasillo que lo conduciría a la boca del lobo de la que tanto le había costado salir, pero esa vez era diferente, esa vez no tenía nada que perder, tan sólo su propia vida y... ¿a quién le iba a importar?

Al abrir la puerta de metal que separaba El Almacén de la parte visible del bar, el ruido inundó sus sentidos. El jaleo era tal que por un momento se sintió confuso y sin saber dónde enfocar la mirada primero.

Al frente, justo en el centro, reinaba el ring. Era el lugar de honor. El sitio en el que se había medido tantas veces, con tantos contrincantes que ya había perdido la cuenta. El sitio que le había marcado a conciencia. A la derecha estaban las mesas de apuestas; a la izquierda, la antigua barra de bar se había sustituido por una mucho más moderna y lujosa. Era de un tono negro con algunos destellos plateados, igual que los altos taburetes. Una gran pared de espejo hacía las veces de mueble bar, en el que se exponían toda clase de bebidas.

No quería perderse ningún detalle, y por eso se percató de que la gente que acudía a El Almacén también había cambiado; ya no se trataba de los cuatro yonquis que se subían al cuadrilátero a cambio de una dosis, ahora eran elegantes, hombres jóvenes, bien parecidos, sanos... ¿qué buscarían allí?

«Adrenalina... », susurró una voz en su cabeza.

Era posible. Había descubierto que los tipos jóvenes adinerados se aburrían demasiado; tal vez ése era el negocio, atraer clientela selecta a la que no le

importaba perder la pasta si a cambio recibía una buena dosis de acción.

—¡Vaya! —exclamó, junto a un silbido para enfatizar su sorpresa. Desde luego no se esperaba eso.

—No parece el mismo, ¿verdad?

—Y que lo digas. ¿De dónde sale toda esta gente? No parece...

—El público ha cambiado, hijo. ¿Ves a aquellas señoritas de allí? —preguntó señalando un grupo de mujeres elegantes y muy atractivas.

—¿Cómo no verlas? —Sonrió mientras les echaba un buen vistazo.

—Ya no son fulanas de tres al cuarto, Volk. La mayoría ahora son *escorts* que vienen con los clientes, y las otras son prostitutas de lujo. Sí, no me mires así. Ahora deciden a quién acompañar para dar suerte en las mesas de juego o a quién le soplan... los dados —guiñó un ojo con picardía—, e incluso cuánto cobran por hacer según qué cosas. Yo tampoco lo entiendo. ¿Para qué pagar a una mujer sólo por su compañía? El mundo se ha vuelto loco, pero es lo que da dinero —acabó su exposición.

—Sí que todo ha cambiado, no sé si he hecho bien en regresar. Parece que ya no es mi sitio...

—No digas tonterías, éste será tu hogar hasta el día de tu muerte. ¿Te apetece una buena pelea?

—Siempre.

* * *

El combate había sido magnífico. Viktor disfrutó de la velada, olvidando que Volk estaba bajo sospecha. Había sido uno de sus favoritos, un joven roto que se había dejado manejar por ellos, fiel, fuerte, con ganas... Había trabajado muy duro y había sido un gran activo para la organización; lástima que se hubiese enamorado de esa zorra de Leila y eso le hubiera costado un enfrentamiento con Niklas.

La verdad era que Niklas debería haberla dejado en paz; no valía nada y hubiese tenido contento a Lobo. Aún recordaba cuándo le pusieron el apodo; cada vez que peleaba, lo hacía con fiereza, pero también con bastante limpieza. Parecía un lobo de lomo plateado. La oscuridad lo acechaba y ennegrecía su acerada mirada, volviéndolo peligroso. Era fuerte, rápido, ágil y resistente. Le

gustaba jugar en manada, aunque era un solitario.

Era un lobo y se sintió tan agradecido de haberse ganado un nuevo nombre, de su renacer, que dejó que le tatuasen la espalda con su animal, ese que llevaba en el corazón.

Viktor sabía que tendría problemas con Niklas nada más llegar, porque los dos se parecían más de lo que deseaban admitir. Eran jóvenes, ambiciosos, fuertes, leales, atractivos... pero el ansia de poder de Niklas fue su perdición y casi le cuesta la vida. Leila no merecía la pena. ¿Quién querría a una yonqui tan enganchada a las drogas y tan desenganchada de la vida?

Siempre tuvo claro que fue un error que le costó caro a Niklas, perdiendo a uno de los mejores. Ahora le tocaba a Viktor averiguar si realmente todo había sido una sucesión de desdichas en las que él se había visto, de una manera u otra, involucrado, o si es que, de alguna forma, era parte de la pasma.

No podían estar seguros de si había sido algo fortuito o bien alguien, Volk concretamente, los había traicionado. Nunca había visto a un hombre tan herido y fuera de sí por la muerte de una puta drogata... pero el amor, cuando llegaba, llegaba, ¿verdad?

Verlo de nuevo en acción iba a resultar todo un espectáculo. Las apuestas estaban en su contra, pues el contrincante era más alto, más joven, más fuerte... sin embargo, ninguno de los allí presentes lo había visto antes en plena tarea. En la actualidad toda la clientela había cambiado. Los llevaban a través de los mismos túneles por los que llegaban las jóvenes para la subasta desde el gran hotel de lujo, impidiendo que vieran u oyeran nada; sólo eso ya los ponía a mil, esa intriga, esa adrenalina por la que pagaban cifras desorbitadas para llegar a El Almacén, donde podían sacar la maldad que llevaban escondida bajo el traje de Armani.

—¿Quién es? —preguntó el camarero tras la barra en la que se había sentado a tomar un vodka.

—Un viejo amigo que quiere probar suerte.

—Pues, Byk —dijo mirando al rival—, lo va a destrozar de una embestida.

—Veremos a ver quién puede más, si el toro o el lobo.

—De momento las apuestas son todas a favor de Byk, sigue invicto.

—Apuesto mil por el lobo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

La pelea fue dura; los dos rivales eran buenos, sabían dar hábiles golpes, y Byk embestía cada vez que podía, como bien había comentado el camarero, pero Volk le aguantaba bien esos empujes y los utilizaba en su contra, porque, mientras éste empujaba con la cabeza y los brazos, el lobo aprovechaba para golpearlo sin compasión en los riñones y las costillas.

La gente estaba como loca; las apuestas subían a cada segundo y no dejaban de necesitar la bebida, que derramaban de sus copas con cada sobresalto.

Al final, como Viktor había imaginado, Volk se hizo con el control de la situación y encadenó una serie de certeros golpes que hicieron que el toro bufara antes de caer sobre la lona sin sentido.

Los aplausos y gritos de admiración se mezclaron con los de tristeza por haber perdido; uno de los pocos que habían ganado era Viktor, y mucho. Él sabía que, si alguien podía vencer al toro, ése era el lobo.

Cuando las cosas se calmaron, Viktor se encaminó al despacho del nuevo *golova*; no le gustaba demasiado, no era como ellos y no estaba aleccionado. Era un hombre diferente; para él se trataba exclusivamente de un trabajo, por lo que no tenía ese sentimiento de pertenencia que los acababa haciendo leales.

—*Golova*, siento molestarlo, pero tengo noticias. Tengo entendido que mañana va a hacer una visita a Dragos y creo que esto es importante, también me gustaría que lo supiera Niklas.

—¿Qué sucede, Viktor?

—Dícales que Volk ha vuelto.

—¿Es peligroso?

—Espero que no, pero no podemos estar seguros.

—Entonces, no le quitéis el ojo de encima; quiero que lo tengáis vigilado.

—Como quiera, *golova*.

Viktor salió del despacho de ese hombre al que se veía obligado a obedecer y fue en busca del lobo.

—Veo que sigues en forma.

—Lo estoy; nunca he podido dejar las peleas, es lo mejor para sentirse... para sentir algo.

—¿Te veré más por aquí?

—Claro; ahora que he vuelto, ¿qué mejor lugar que el hogar?

Con un abrazo amistoso, se despidieron. Viktor salió a la puerta del pub para ver cómo Acero se montaba en su coche y entonces avisó a uno de sus chicos.

—Khose, síguelo. Quiero que no te despegues de él hasta que averigües algo de importancia.

—¿Tiene algo que ver con lo de Darío?

—Eso es lo que tienes que averiguar, aunque espero que no.

El joven asintió, se subió a su vehículo y empezó una discreta vigilancia tras el Jaguar.

Viktor se quedó apoyado en la vieja puerta del pub; sabía que algún día tendría que arreglarla, pero nadie, nunca, sospecharía de que ese lugar que parecía caerse a pedazos estaba conectado, bajo tierra, a uno de los hoteles más lujosos del centro de Málaga. Era la tapadera perfecta.

* * *

Vanesa apenas había pegado ojo. Cuando oyó la puerta de la calle cerrarse, no pudo evitar la curiosidad y se asomó a la calle desde la ventana de su dormitorio, para verlo subir a su coche y salir a una velocidad de vértigo. Desde entonces, había estado aguardando despierta a que regresara, pero ya había perdido la esperanza. Tampoco es que le sorprendiera que la abandonara; en realidad no había nada que los uniera excepto resolver el asesinato de su padre.

Se levantó y de puntillas, como siempre estaba acostumbrada a hacer, se acercó al espejo con la habitación en penumbra. Se observó detenidamente; tal vez él estuviese en lo cierto, quizá había dejado durante demasiado tiempo que sus cicatrices la definieran, tal vez ya era hora de ser la mujer que le diera la gana ser. Quizá ya era momento de mirar hacia delante, pues lo que había dejado atrás le había dolido por toda una vida... o dos.

No le quedaba nada, sólo procurar vivir. ¿Por qué no iba a poder, al menos, intentarlo? Había escuchado atentamente la historia de Soledad y ésta, a pesar de ese papel que le había tocado interpretar, luchaba cada día por vivir lo que le quedaba de vida, sin mirar atrás.

Eso era lo que necesitaba. Vivir mirando sólo hacia delante, hacia el futuro.

Se acercó a la puerta y descorrió el seguro para entreabirla, no tenía por qué estar encerrada en su propia casa. Después dio la luz y se acercó de nuevo al

espejo, para desnudarse y verse bien por primera vez en mucho tiempo, tanto que no recordaba cuándo fue la última ocasión en la que se estudió de aquella manera.

Dejó que sus dedos recorrieran las marcas. La verdad era que, después de tantas operaciones y tras el paso de los años, cada vez se notaban menos. Ya no parecían tan profundas, ni tan horribles..., ya no tenía la sensación de estar mirando a una bestia o tal vez era que, por fin, se aceptaba tal y como era.

—Voy a hacerlo —se prometió en voz baja.

Iba a hacerlo, pelearía por vivir, ya le tocaba. Aunque fuese tarde, debía tratar de recuperar parte de la felicidad que no había tenido nunca. Y si no daba resultado, siempre podría volver a vivir encerrada en esa enorme y lujosa mansión, en ese castillo en el que había estado recluida durante tanto tiempo, apartada de todo y de todos, en esa prisión en la que se empeñaba en permanecer para ocultar a la persona que era.

Con esa nueva determinación se fue a la cama, cansada de esperar a que Acero regresara, y ésa fue la primera vez que durmió sin cubrir su cuerpo con algo de ropa, la primera vez que dejó que su piel fuese bañada por el resplandor de la luz de la luna que, al final, había resultado victoriosa y se había abierto paso a través de la gruesa capa de nubes, como deseaba hacer ella.

Su último pensamiento coherente se lo dedicó a Acero, preguntándose dónde se habría metido.

* * *

Los primeros rayos del sol la despertaron, haciéndole cosquillas en los párpados. Abrió los ojos molesta por la luz y miró el reloj de la mesilla de noche, eran las nueve. Si no recordaba mal, habían quedado a las diez en el despacho del abogado de su padre. ¿Habría regresado Acero? Si no era así, tendría que localizarlo; no tenía ni idea de la dirección de ese bufete, aunque tal vez tuviese alguna carta suya en el buzón, pues habían intentado localizarla, sin éxito.

Se levantó y miró por la ventana; bueno, el coche estaba de nuevo estacionado en el gran aparcamiento que tenía la casa para los invitados, así que, al menos, había vuelto.

Tal y como estaba, sin ropa, decidió encaminarse hacia la ducha. Más tarde

iría en busca del capitán, una vez vestida. Cuando se acercaba al baño de su cuarto, la puerta de su habitación se abrió del todo y frente a ella apareció un Acero bastante afectado. Tanto, que por un momento se olvidó de que estaba desnuda.

—¿Qué coño...? Tápate —ordenó furioso.

Se dio la vuelta para permitir que ella saliera de su estupor y cogiera un *plaid* de la cama para cubrirse con él.

—Si no quieres encontrarte con sorpresas desagradables, no entres en habitaciones ajenas sin llamar.

—La maldita puerta estaba abierta —dijo apretando los dientes y dándose la vuelta de nuevo.

—Estoy en mi maldita casa, en mi maldita planta. Esta ala es para mí. No tiene por qué haber nadie rondando por esta zona de la vivienda. Tienes disponible todo el resto.

—Venía a avisarte. Si no nos damos prisa, vamos a llegar tarde. Mientras te pones algo que no sea esa manta, voy a echar una mirada al despacho de tu padre. Sólo por asegurarme.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado un camión? —interrogó al notar el aspecto de Acero.

Se había duchado, era evidente, pero el agua no se había llevado el morado que tenía en la mejilla izquierda, ni la herida del labio inferior. Las manos, aunque no podía verlas con claridad, parecían magulladas.

—Tendrías que ver al otro tipo —dijo sin más.

Y con esa frase flotando en el aire, se marchó, dejándola sola, desnuda y envuelta en un *plaid*.

Sin querer detenerse a pensar, cerró la puerta y se metió en la ducha para despejarse y vestirse para la ocasión. Sentía curiosidad por ver qué le había dejado su padre y qué le había pasado a Acero, aunque eso, por ahora, tendría que esperar.

Se miró por última vez en el espejo antes de darse el visto bueno; temblaba como un flan, ¿para qué iba a mentirse? Sin embargo, se había decidido a hacerlo, iba a dejar todo el dolor atrás y ése era el primer paso; los primeros días dolería, estaba convencida de ello, pero, una vez que lo lograra, las siguientes veces resultarían más fáciles. Se observó de nuevo. Su padre le había regalado

ese traje de falda, el único que tenía, para su graduación; en esa ocasión consintió en ponérselo porque encima iba a llevar todo el rato la larga toga hasta los tobillos, ya que no se sentía cómoda mostrando parte de su cicatriz.

Apretó los puños para darse valor y se desbrochó el primer botón de la camisa de suave seda rosa que llevaba. Que la miraran, no le importaba. Iba a obligarse a vivir por ella misma y, a todos los demás, que los partiese un rayo.

Bajó la escalera con la chaqueta en la mano; al primero que quería demostrarle que podía con aquello era al hombre que, sin saberlo, la empujaba de forma firme y precipitada hacia el abismo. Y ella le había aceptado el reto.

Al llegar al despacho de su progenitor, a punto estuvo de llamar para pedir permiso, pero se detuvo. Ahora la dueña de la gran mansión era ella y no tenía por qué solicitar ninguna autorización como si fuese una invitada.

Cogió aire, abrió la puerta y encontró a Acero buscando entre los libros, con minucioso detalle, algo que le diera alguna pista. Vanesa se llevó una mano a la boca; la mancha de sangre seguía en el suelo, todavía podía verla. Y esa visión le trajo a la mente la imagen de su padre sin vida sobre su escritorio, la de su precipitada huida y el recuerdo de un adiós que no había podido darle.

Acero se giró al oírla y, al descubrirla allí, su corazón latió una vez, dos veces... ¡Vaya, eso era todo un logro para alguien que se jactaba de poder vivir sin latidos! Estaba preciosa. Ésa era la palabra. La falda se pegaba a su perfecta silueta. Sus piernas eran hermosas, al menos para él. Apenas se apreciaban las marcas de las quemaduras bajo las suaves medias, esas deliciosas barreras que deseó derribar a toda costa para volver a hundirse en ella.

Estaba enfermo, sí, lo estaba. Ni siquiera la pelea de la noche anterior le había ayudado a aplacar al lobo que se revolvía inquieto al verla, sino todo lo contrario: la bestia había vuelto a probar la sangre y quería más; más de todo, incluida ella. Y sus aullidos resonaban en su mente muy muy fuerte.

—Ya era hora, vamos a llegar tarde —gruñó sin embargo.

Vanesa quiso abrir la boca y protestar, también quiso agarrarlo con fuerza por la camisa que llevaba cuando pasó a su lado y zarandearlo para después abofetearlo o tal vez besarlo, no lo tenía muy claro, pero no hizo nada. No era el momento. Debían ir a hablar con los abogados y saber qué era lo que su padre había dispuesto para ambos.

No pudo evitar que su enfado obviase el aroma tan masculino que

desprendía, ni tampoco evitar fijarse en el trasero imponente que los pantalones de vestir le hacían. La prenda era de un azul marino que resaltaba el color celeste de la camisa, cuyas mangas llevaba remangada hasta los codos, sin corbata.

Estaba tan sexy que por un instante tuvo que contraer los muslos debido a las tórridas imágenes que no dejaban de asaltarla, en las que, desde luego, ropa no llevaban.

Salió de la casa y la brisa fresca secó su rostro perlado por una suave y fina capa de sudor y lo agradeció en silencio mientras caminaba a toda prisa tras Acero.

Al llegar al vehículo, la sorprendió; la esperaba con la puerta abierta. No podía entenderlo... era un borde, luego un caballero. ¿Tendría ese hombre un término medio que no la volviese loca?

No había sentido eso desde Robert, ese del que se había enamorado perdidamente en el instituto. ¡Qué tonta había sido! Había confiado en él, se había creído todas y cada una de sus palabras, le había dejado acercarse... para luego humillarla delante de todos y tratarla como a un engendro.

Ese día se había roto su corazón, lo sabía con certeza porque había oído el ruido sordo que hizo cada uno de los pedazos al caer al vacío.

—Gracias —agradeció el gesto y se montó en el Jaguar.

Tras hacerlo, bajó con dedos temblorosos la falda, que se le había subido y mostraba de su muslo más de lo que en realidad quería.

Acero supo con exactitud lo que pasaba por su cabeza, lo vio en su mirada y su trémula mano lo corroboró. No debía, no quería, pero con ella todo parecía ser de la manera contraria a como lo planeaba.

—Vanesa, estás preciosa.

Y antes de que ella tuviera oportunidad de decir algo, cerró la puerta del coche y se encaminó hacia el lado del conductor, subió y arrancó, pisando a fondo para llegar a la dirección que le había facilitado el albacea de Antonio Acosta.

CAPÍTULO 16

El viaje en coche, de algo menos de media hora, resultó demasiado largo; al menos eso le pareció a Vanesa, que tuvo que contener las ganas de conversar con él una y otra vez. Estaba acostumbrada al silencio, a pasar desapercibida; no obstante, con ese hombre todo era diferente y esas malditas ansias de hablar hasta por los codos la acechaban continuamente. En ese mismo instante se moría por saber por qué había sido tan borde y dónde se había metido para llegar a la mañana siguiente y con ese aspecto... y no se refería sólo a que se lo veía agotado, como si no hubiese dormido en toda la noche, sino por las heridas que mostraba.

Aparcó el Jaguar y bajó tan rápido que, antes de que ella pudiese abrir la puerta del coche, Acero lo estaba haciendo por ella.

—Gracias, pero preferiría que no lo hicieras.

—¿El qué?, ¿abrirte la puerta? Pensaba que era a lo que estabas acostumbrada.

—Veo que sigues sin darte cuenta de que no sabes nada de mí.

Vanesa salió del vehículo, se acomodó la falda, se puso la chaqueta y se sacó el pelo de debajo de la misma para colocárselo bajo la atenta mirada de Acero. Cerró los ojos un instante, exasperada; unas veces la miraba con odio y otras, como en esa ocasión, con algo parecido al... ¿deseo? No podía estar segura, claro, pero era lo que parecía.

Aceró le indicó con un gesto de la mano el camino que seguir y, al doblar la primera esquina, pudo verlo con letras negras y doradas brillando: «Bufete Soto & Asociados.»

—¿Te suena? —inquirió.

—De nada; ni siquiera sabía que mi padre había hecho testamento. No es que me parezca algo raro, pero nunca me lo comentó.

—Pues vamos a ver qué nos depara ahí dentro.

El bufete estaba situado en la planta baja de un edificio antiguo en pleno centro de Sevilla; era bonito. Vanesa siempre había sentido inclinación por el arte y las cosas hermosas, tal vez porque, a su parecer, carecía de belleza. Al entrar, una chica con gafas tan redondas como su cara les dedicó una estupenda sonrisa a la vez que los saludaba y les pedía su nombre.

—Carlos Acero y la señorita Vanesa Acosta —contestó con una arrebatadora sonrisa que hizo que la joven se sonrojara y, nerviosa, se colocara las gafas sobre el puente de la nariz una y otra vez.

Vanesa no entendía cómo Acero no parecía darse cuenta de los estragos que podía causar con tan sólo una de sus sonrisas, aunque tuviese el labio roto. ¿Quizá lo hacía y disfrutaba de ello? No podía saberlo, pero lo que estaba claro era el atractivo salvaje que desprendía. Tal vez sí era un animal, pero no por ello tenía que ser horrible. Había fieras salvajes cuya ferocidad era equiparable a su belleza.

Carlos... Carlos Acero. Era la primera vez que se paraba a pensar en su nombre. Le pegaba llamarse así. ¿Por qué no se había presentado como capitán? ¿Porque estaba fuera de servicio? ¿Acaso no quería que supieran que pertenecía a la Benemérita, a pesar de su aspecto? Demasiadas preguntas que la distrajeron y no se percató de que se dirigían a ella.

—Señorita Acosta, es un placer conocerla por fin. Soy Rafael Soto, el abogado, albacea y amigo de su padre. Siento mucho su pérdida —oyó que le decía la voz de un hombre.

Parpadeó para enfocar a su interlocutor y volver a la realidad, para encontrarse con un tipo joven, al menos más de lo que ella había imaginado, que le hablaba como si la conociera.

—Gracias —fue lo único capaz de articular.

—Acompañenme a mi despacho, por favor.

Los dos siguieron al letrado, que vestía un elegante traje confeccionado a medida, hasta su despacho. Abrió la puerta y esperó a que pasaran ambos. Acero, muy amable, la dejó pasar primero a ella y retiró una de las butacas de piel que había detrás de la mesa del abogado para que Vanesa se sentara.

—Gracias —le susurró a Acero.

Éste no dijo nada, asintió y se acomodó a su lado en otra butaca idéntica. Rafael se sentó tras la mesa y cruzó las manos un instante, el mismo tiempo que mantuvo la mirada perdida.

—Conocía a su padre desde que era un niño, mi padre fue un gran amigo suyo. Le llevaba todos los asuntos legales y, más tarde, heredé todo ese trabajo: las responsabilidades, los clientes... todo.

—No sabía que mi padre hubiese hecho testamento —murmuró.

—Su padre era un hombre al que no le gustaba dejar nada al azar; hizo testamento y ustedes dos son los beneficiarios de todo cuanto poseía.

Acero miró a Vanesa por primera vez, sorprendido. No pudo dejar de mostrar ese sentimiento por algo tan inesperado.

—Si me permitís, voy a empezar con la lectura del testamento: «Yo, Antonio Acosta —comenzó a leer el abogado—, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales...»

Vanesa no pudo seguir escuchando; dejó que su mente vagara y la pena la inundara. Se daba cuenta de que su padre no estaba y la tristeza le apretaba el pecho con fuerza. Había llorado tras su huida, por todo lo que había dejado atrás, a su padre muerto, a Lili, su casa... parte de ella, porque desde ese día no era la misma. Pero no tenía claro que hubiese tenido el tiempo suficiente como para llorar a su padre o si sólo se había recreado en su propia pena, como, al parecer, siempre hacía. Tal vez su padre no había sido el hombre que ella creía y en su ceguera se había perdido a un gran padre. Ya era tarde para descubrirlo, demasiado tarde... y se arrepentía, porque sentía dolor, uno diferente, puesto que no era el que acostumbraba a experimentar porque los demás la trataran o la mirasen de una determinada manera; era un sentimiento en el que ella era la que había hecho daño a la única persona que en realidad siempre estuvo ahí...

—«... Así que declaro herederos universales de todo lo que poseo a mi hija legítima, Vanesa Acosta, y a Carlos Acero, que ha sido como un hijo para mí. Los bienes quedarán repartidos al cincuenta por ciento; por tanto, la casa, los coches y el dinero que quede una vez ya no esté será dividido entre ambos. La única condición es que la casa no sea vendida o arrendada, deberán habitarla ambos. Así mismo, le dejo a Acero un sobre con algo muy importante para mí, espero que le sirva. También, como favor personal, le pido a Acero que cuide de

mi pequeña y que se asegure de que esté a salvo...»

—¿Perdón? —interrumpió Vanesa al abogado—. Mi padre nos ha dejado todo a los dos. ¿Y quiere que compartamos casa? ¿Lo he entendido bien?

—Sí, señorita Acosta. Ya está todo a nombre de ambos: cuentas bancarias, casa, bienes muebles... todo. Además, está este sobre para Acero —indicó mostrándole a él un sobre, de plástico, sellado—, y la urna con las cenizas de su padre para usted —explicó al entregarle una urna funeraria.

Vanesa guardó silencio, ¿acababa de oír lo que acababa de oír?

—Mi padre... ¿está ahí? —Y, aunque salió como una pregunta, sabía de antemano la respuesta. Las lágrimas de nuevo bañaron su confuso rostro. Todo estaba resultando una locura. No tenía tiempo de asimilar las cosas poco a poco y después, estaba segura, eso le pasaría factura. ¿Qué era todo aquello? ¿De verdad su padre le había dejado la mitad de su patrimonio a Acero? No era como si la fuese a dejar en la ruina, ya que sabía que su progenitor tenía negocios y dinero de sobra, pero le sorprendía descubrir que había sido tan importante para él ese hombre que para ella era un desconocido. Un desconocido con el que había mantenido relaciones sexuales varias veces y por el que sentía una profunda atracción y, en adelante, ¿tendría que vivir con él? Todo era una locura.

—Lo siento —dijo entre sollozos—, todo esto me sobrepasa. Necesito aire.

Acero la observó mientras se iba y miró al abogado.

—¿Hay algo más que tenga que decirnos?

—De momento, no. Tenga el sobre. El señor Acosta me pidió que se lo entregara en mano; insistió en que era de vital importancia que lo tuviera usted y nadie más que usted —recalcó.

—Gracias. Si nos necesitan para algo más, estaremos localizables.

—Todo ha sido... muy duro, imagino. No ha sido una pérdida que se esperara. Cuando todo se calme un poco, vuelvan si tienen alguna duda.

—Se lo agradezco —dijo estrechando la mano de Rafael.

—No olvide la urna —pidió.

—Gracias de nuevo.

Acero salió con los restos de ese hombre que acababa de darle la mayor sorpresa de su vida en una mano y con el sobre plastificado en la otra. Éste pesaba. Lo tanteó con los dedos y le pareció que dentro había un libro. No quería hacerse ilusiones, pero algo le gritaba en su interior que lo que contenía ese

sobre era el motivo por el que lo habían asesinado.

Quizá, al final, pudiese vengar su muerte y acabar de una vez con Niklas y sus sucios negocios. Al salir vio a Vanesa sentada en un banco, con las manos en la cara. Por la forma en la que se encogía, supo que lloraba y, de nuevo, ese maldito sentimiento apareció. No debía hacerlo. Preocuparse por alguien era síntoma de algo más profundo y no quería ni estaba preparado para sentirlo otra vez.

Se acercó a ella y por un segundo estuvo a punto de abrazarla, pero se arrepintió tan pronto como lo pensó; sabía que, si la abrazaba, la cosa no quedaría ahí, pues querría ir más allá... de nuevo, y eso no entraba en sus planes.

—Tenemos que irnos —dijo con brusquedad, sin embargo.

—Lo sé... —musitó—. Acero, ¿podemos ir al mar?

—¿Al mar?

—Sí; creo que a mi padre le hubiese gustado que esparciésemos sus cenizas en el mar.

—Claro. Te llevaré —susurró presa de la sorpresa. Eso no lo había visto venir—. ¿Algún lugar concreto?

—Decídelo tú. Al fin y al cabo, te quería como a un hijo. Creo que tienes derecho a participar también en esta decisión.

—¿Tienes que regresar a la casa a por algo?

—No, no... no tengo cabeza ahora mismo para nada. Sólo quiero... —susurró mirando la urna con los restos de su padre.

Acero lo entendió: tenía que cerrar ese episodio de una vez, después ya verían.

—Vamos al coche; está un poco lejos, pero conozco el lugar perfecto.

Vanesa lo siguió con paso triste, tanto como lo estaba ella. Era increíble cómo podía cambiar últimamente su estado de ánimo; pasaba de la euforia a la tristeza más profunda. Sin medias tintas. Y no estaba acostumbrada a ello, por lo que eso la dejaba destrozada.

Subió al vehículo, de nuevo Acero le mantuvo la puerta abierta y después se la cerró para ocupar su lugar. Arrancó y emprendieron la marcha en el más absoluto de los silencios. Vanesa no dejó de apretar, durante todo el tiempo que duró el trayecto, con fuerza, la urna que contenía los restos de su padre entre sus manos, y no la soltó hasta que se dio cuenta de que se habían detenido.

—Hemos llegado —la informó él.

Vanesa asintió y salió del coche. Al mirar a su alrededor, se topó con una bonita cala y, al frente, sólo el mar. Era más de mediodía y el sol se reflejaba en las olas. Hacía frío, no había nadie más que ellos. Todo era silencio. Calma.

Se dejó caer, sin preguntar siquiera dónde estaban, sobre la escasa hierba que crecía salvaje y dejó que su mirada se perdiera en los destellos dorados que reflectaba el mar.

Era un mar de tranquilidad, un mar de sol. Era hermoso.

Acero se sentó a su lado, cogió una ramita seca entre las manos y jugueteó nervioso. ¿Sería posible que ese hombre que sudaba seguridad estuviese inquieto?

—De vez en cuando venía a esta cala con tu padre. Nos sentábamos aquí mismo y hablábamos de lo que nos atormentaba. Sé que crees que no te quería cerca, pero, como ya te he explicado, sólo deseaba protegerte.

—Sí, me lo has explicado; aun así, no le encuentro sentido. Si era tan peligroso, ¿por qué lo hizo?, ¿por dinero?

—A veces los hombres nos dejamos cegar por la ambición; otras veces, sólo es una salida al dolor.

—Nunca me hablaba de ella, ¿sabes? Tan sólo sé algo de cómo ocurrió todo porque un día lo confesó estando borracho.

—A veces los padres se equivocan, nadie viene con un libro de instrucciones bajo el brazo. A veces suceden cosas que nos sobrepasan y hacen que nos lo cuestionemos todo, que nos perdamos y tratemos de encontrar una respuesta o una salida a toda costa.

—Toda mi vida la he pasado sola. Sola. He sufrido, mucho... aunque no delante de la gente; delante de los demás me comportaba como si todo me fuese indiferente, pero por orgullo, porque me dolían sus desprecios como mil demonios. No me permitía llorar, no podía darles también eso. He pasado mi vida compadeciéndome, odiando a mi madre por lo que sucedió, culpándola. Sé que no tuvo la culpa, que sólo fue un desafortunado accidente, incluso así... me resultaba más fácil culparla porque ya no estaba. Odiaba a mi padre porque sentía que no me quería cerca y a la vez lo entendía, ¿quién querría a su lado a alguien como yo? Entonces...

—¿Entonces?

Acero la animó a continuar; el mar los acompañaba de fondo con su arrullador sonido, la brisa movía la melena rojiza de Vanesa, y Acero sintió algo que creía que no era posible, una conexión entre ellos. Había algo invisible que parecía unirlos, era como si fuese capaz de sentir lo que ella sentía, como si ya lo hubiera sentido, pero ¿algo de todo eso tenía sentido? Era mucho más joven que él... era la hija de Antonio, quien le había dejado la mitad de su herencia como si de verdad fuese un hijo para él y, a pesar de todo, de saber que no podía haber nada, que no debía, algo en su interior le gritaba que ella era la pieza que le faltaba.

—Entonces —volvió a hablar mirándolo a los ojos—, llegaste tú... y me viste. Y después me gritaste que no podía seguir recreándome en mi miseria. Y me enseñaste que hay mujeres que lo han tenido más difícil y que luchan por vivir, por reír, por ser felices, por amar... y todo eso en apenas unos días. He pasado años en la oscuridad y me has dado luz en pocos días. Por ello, ayer por la noche, decidí que ya no me voy a ocultar más.

Acero se quedó mirándola sin pestañear; las lágrimas de sus ojos los hacían más azules, como si fueran la misma superficie del mar, el rojo de su cabello brillaba con más fuerza gracias a los rayos del sol, y no pudo evitar tocarla, aunque no debía. El caso es que no pudo hacer nada para detener su mano, que agarró uno de los mechones que salpicaban su pecoso rostro para colocarlo detrás de su oreja. Como tampoco pudo resistirse a acariciar de forma disimulada la piel de la oreja hasta llegar a su cuello.

Y lo supo, supo por qué esa mujer lo sacaba de quicio, por qué esa mujer parecía no saciarlo y supo, con certeza, por qué era tan peligrosa para él; porque era capaz de hacerle olvidarse de todo, menos de ella.

Se apartó con brusquedad y carraspeó. No podía permitirse el lujo de estar de nuevo con ella, porque ya no iba a ser sólo sexo, iba a ser algo más íntimo, y no podía permitírselo. No estaba preparado para olvidar, no estaba preparado para perdonarse, no estaba preparado para vivir.

La había increpado por esconderse... él, el más cobarde de todos, que se ocultaba bajo capas de fría templanza.

—Me parece bien; eres muy joven, te mereces vivir lo que te quede de vida en paz y ser feliz.

—Gracias. —Sonrió con tristeza—. ¿Te molesta que me despida a solas de

mi padre?

—Te esperaré en el coche —murmuró a la vez que, con un gesto de dolor, se levantaba del suelo y comenzaba a caminar hacia el vehículo.

Vanesa se quedó un momento en silencio; en realidad no era como si tuviese nada ensayado, todo era tan absurdo... ni en sus peores pesadillas se hubiese imaginado que todo iba a terminar así.

—Papá, me has dejado sola. Bueno, me has dejado a ese extraño ángel de la guarda que a veces parece más un demonio. Tenía muchas cosas que explicarte; lo iba a hacer, de hecho, cuando te encontré sin vida... o eso creo... tal vez luego no hubiese dicho nada para irme de nuevo a mi habitación.

»Todo ha pasado tan rápido y ha sido tan raro. Me hubiese gustado contarte lo que te perdiste de mi graduación. Tampoco fue gran cosa —continuó con algunas lágrimas cayendo sobre la urna—, nos dieron una toga color naranja. Fue un espectáculo horrible, todos parecíamos bombonas de butano con pies. Al menos, por una vez, no fui el centro de atención. Te eché de menos. De hecho, me enfadé porque no estuvieses allí, entre el público.

»Pero ya da igual. He descubierto a qué me voy a dedicar. Voy a defender a mujeres que hayan sido víctimas de cualquier abuso; si no pueden pagar, no va a importar, trabajaré gratis para ellas. Será mi forma de ayudarlas, de ayudarme.

»El guardaespaldas que me has puesto se ha empeñado en hacerme creer que puedo tener una vida normal, y de momento parece que seré capaz de conseguirlo. Por lo menos he pensado en ello, en tratar de vivir para mí y no por los demás. Te echo de menos. Te echaré de menos. Dale un beso a mamá. Dile que ya no la culpo, que ya no me queda rencor.

Con esas palabras, se levantó y vació la urna, dejando que las cenizas de su padre fuesen arrastradas por el viento y se mezclaran con todo para volver a la nada y, a la vez, ser parte de todo.

CAPÍTULO 17

Acero trató de no escuchar, pero no pudo resistirse. Cuando la vio darse la vuelta para dirigirse hacia el coche, se azoró y no se le ocurrió nada más que abrir el misterioso sobre que le había dejado en herencia Acosta.

Cuando consiguió abrir el sellado ayudándose con su pequeña navaja, volcó el contenido del paquete encima de sus piernas. Al principio lo miró sin entender bien qué podía ser. Era un viejo libro con la cubierta de pasta dura de color cuero. ¿Qué sería? ¿Su novela favorita?

Abrió la primera página y se quedó de piedra; empezó a pasar las páginas con euforia. ¡Joder!, no podía ser verdad. Pero lo era. Allí estaban, todos los asientos contables que explicaban qué y cómo había blanqueado el dinero de la organización.

—¡Joder! ¡Joder! —repetía alterado mientras ojeaba las páginas.

—¿Qué sucede?

—Esto, esto es lo que sucede —dijo señalando el libro—. Ahora vamos a acabar con ellos para siempre. Está todo... está... todo... ¿Qué coño es esto?

Acero había apagado su alegría y se quedó serio mirando unas anotaciones en particular de entre todas las que el padre de Vanesa había realizado. Le cambió el semblante; había oído rumores sobre esa práctica, pero nunca había llegado a averiguar nada al respecto. Y era real... lo tenía frente a sus ojos.

—¿Estás bien?

—Sube al coche. Rápido —ordenó.

Vanesa obedeció sin más; era la primera vez que se olvidaba de abrirle la puerta del vehículo, así que dio por hecho que algo muy grave había descubierto en lo que fuera exactamente que le había dejado su padre o, quizá, que por una

vez desde que se conocieran la había escuchado.

—Toma, busca el número de Cobos y dale a llamada.

Vanesa hizo lo que le pidió con manos temblorosas; nunca antes había visto tan nervioso a Acero. ¡Demonios!, nunca lo había visto nervioso, ni una pizca, y en ese momento parecía fuera de sí.

—Cobos —dijo antes de que el otro tuviese tiempo de hablar—, ve a mi despacho. Ahora. Estaré allí en unos cuarenta minutos.

Nada más, sólo silencio. Cobos no dijo nada. En lugar de su voz, se oyó el pitido intermitente del teléfono al colgar. Vanesa estaba intranquila; se sentía como si un agujero negro la estuviese esperando para atraparla. Quería preguntar, pero no podía, tenía miedo de descubrir, ahora que se había reconciliado con su padre aunque fuese tarde, que éste ocultase algo tan grave que tuviera que volver a odiarlo.

Llegaron en tensión al cuartel. Acero se bajó casi corriendo del Jaguar una vez lo hubo aparcado en su plaza y Vanesa trató de seguirle el ritmo, aunque resultó evidente cuál de los dos estaba más en forma. Ninguno fue consciente de que un par de cansados ojos los había estado siguiendo sin descanso, y que por fin tenía la confirmación que su jefe necesitaba.

—*Golova*.

—¿Noticias, Khose?

—Las tengo; no sé si son buenas o malas. Lo seguí hasta la casa de Sevilla de Acosta; allí recogió a una joven pelirroja, creo que es la que buscamos. Y ahora...

—¿Ahora, Khose?

—Estoy en la puerta del cuartel de la Guardia Civil, aquí en Málaga. Parece que han venido a por ayuda...

—O quizá sea uno de ellos y nos ha tenido siempre engañados —acabó la frase por él. Tenía la voz seria, cortante, y su helor era capaz de traspasar el teléfono. En ese momento estaba seguro de que él los había traicionado, y eso no se lo perdonaría nunca, porque, viniendo de él, era imperdonable.

—Quédate ahí, voy a mandarte refuerzos; quiero que, en el momento en que podáis, cojáis a la mujer, sólo a ella. No quiero muertos, sólo quiero a la chica, con vida. ¿Has entendido, Khose?

—Alto y claro, Viktor.

* * *

Sin hablar y sin resuello, llegaron al despacho de Acero, en el que un Cobos, que se paseaba desquiciado de un lado a otro, los esperaba inquieto.

—Capitán. —Se cuadró al verlo.

Ese gesto sorprendió a Vanesa; no lo había visto nunca en esa pose. Imaginó que se debía a que las otras veces no estaban trabajando, ya que Cobos no llevaba su uniforme como sí hacía en ese instante; uniforme que, por cierto, le quedaba muy bien.

Vanesa no pudo evitar compararlos; los dos eran atractivos, cada uno a su manera. Soledad había tenido mucha suerte, y más después de conocer parte de la historia de ambos; al parecer, sí que existía el amor de verdad.

—Siéntese, teniente —pidió serio.

Vanesa permaneció atrás; se le daba bien quedar en segundo plano y esperó a escuchar lo que Acero tenía que contarle a Cobos, que tenía pinta de ser de vital importancia. No podía evitar estar con el alma en vilo; no tenía ni idea de qué podría haber en ese libro que hubiese alterado tanto a Acero. Se lo veía... excitado; también eufórico y algo cabreado.

Muy cabreado.

—Hemos ido al notario para la lectura del testamento, y mira —dijo antes de tirar el libro sobre la mesa.

—¿Qué es, capitán?

—Compruébalo tú mismo.

Cobos accedió y abrió el libro. Al principio parecía mirar con avidez y triunfo. Tenían algo importante entre manos, eso estaba claro. Estaba segura de que, fuera lo que fuese lo que encerraban esas páginas, iba a ayudarlos a atrapar a quien estuviese tras la muerte de su padre, pero luego la cara de Cobos cambió de forma radical y desvió la vista del libro para fijarla en Acero.

—¡Hostia puta! ¡Joder! ¿Qué cojones es esto?

—Con calma, hay una señorita delante —lo increpó.

—Lo siento, Vanesa, pero es que... Entonces, ¿los rumores eran ciertos?

—Parece ser que sí.

—¿Y esta lista?

—Lee, ¿no te resulta familiar ningún nombre?

—¡Coño! ¿Gertrudis Arias? ¿Es la inspectora Trudy? ¿Se llama Gertrudis?

—Cobos, céntrate.

—Lo siento, capitán, es que vaya nombre... no me extraña que la llamen Trudy.

Vanessa escuchaba atenta; sonrió al ver la reacción de Cobos, ¿quién sería esa Gertrudis? A ella no le parecía tan feo el nombre... bueno, sí; la verdad es que consideró que era mejor llamarla Trudy.

—Hay que avisarlos. Llamar a Ferrer.

—Vamos a ello.

Vanessa siguió en silencio, como si no estuviese allí. Miraba a los dos hombres trabajar; Acero hablaba en voz baja con quien supuso que era Trudy o Ferrer, y Cobos no dejaba de maldecir una y otra vez con cada página que pasaba del libro de su padre.

—¿Acero?

—Dime —dijo después de colgar.

—Mira quién aparece también.

Ella seguía observando la escena sin saber en realidad qué era lo que sucedía y, entonces, los dos hombres se volvieron hacia ella y en ese instante supo que, de alguna manera, ella estaba involucrada en ese jaleo del que su padre, al parecer, no había conseguido mantenerla al margen.

—Vamos a esperar a Ferrer, a él se le da bien toda esta mierda informática.

—También podemos reclutar a alguien del departamento de delitos informáticos, capitán —señaló Cobos, confuso.

—Prefiero que esto quede entre nosotros; ¿no te has dado cuenta de cuánta gente está involucrada?

—Estas redes son tan tóxicas que lo envenenan todo allá por donde pasan. Son como malas hierbas.

—Perdonad, pero estoy aquí —dijo ella de repente, acercándose a ellos—. Si hay algo que deba saber, algo que me involucre de forma directa o indirecta, os agradecería que me lo comunicaseis.

—No es necesario. Cuanto menos sepas, mejor para ti —soltó Acero, furioso.

—Se equivoca, capitán. Si de alguna manera estoy en esto, exijo saberlo.

Acero suspiró pesadamente y cerró los ojos un segundo; todo iba demasiado deprisa, no le daba tiempo a asimilarlo ni siquiera a él, que estaba acostumbrado a eso, ¿cómo iba a tomárselo ella?

Alzó la mirada y Cobos asintió; estaba claro que pensaba que la muchacha tenía derecho a una explicación, así que se levantó y se acercó hasta ella.

—Verás... en el libro que tu padre me ha dejado como herencia, se habla de una red de intercambio de la que sólo habíamos oído rumores. Ésta opera en la Deep Web o Internet profunda, porque, para entrar en ese tipo de foros o páginas o la mierda que sean, hay que tener unos códigos, ya que están ocultos en la Red.

—¿Qué sucede en esa red de intercambio?

—Por lo que hemos deducido, secuestran a mujeres para exponerlas en una subasta *online* al mejor postor.

—¿Eso es real?

—Según tu padre, sí. Incluso ha dejado una lista. Una de las posibles víctimas es la teniente Trudy Arias y otra posible víctima... eres tú.

—¿Por eso mi padre iba a delatarlos? ¿Por eso ha muerto? ¿Se había enterado de que estaba entre las futuras víctimas?

—Todo parece indicar que así es. Puede que quisieran vengarse de su abandono de la organización a través de ti o que... no sé, la verdad —bufó frustrado por todo.

—No lo entiendo, ¿por qué yo? ¿Quién iba a querer pujar por alguien como yo?

Y lo dijo con sinceridad. Acero podía ver en su mirada que ella pensaba en el fondo de su ser que no valía la pena, y no sabía lo equivocada que estaba. No tenía ni idea de los estragos que sus grandes y limpios ojos azules hacían en él cada vez que lo miraban, ni tampoco lo que había sentido al estar dentro de ella, esas ganas de poseerla para siempre, de que fuese suya y de nadie más. Ese egoísmo salvaje a ser el único que disfrutara de ella.

—Siento interrumpir —dijo Cobos—, pero ¿qué te ha dicho Ferrer?

—Que saldrán en cuanto Trudy salga del trabajo y que llegarán cuanto antes.

—Y, ahora, ¿qué vamos a hacer? —planteó Vanesa, aún aturdida.

—Lo primero, mantenerte a salvo. ¿Y ese pelo? ¿No te dije que te lo cambiaras de color?

—Bueno... me compré una peluca cuando estuve con Soledad y su madre,

pero la verdad es que me has ido arrastrando de un sitio a otro a toda velocidad estos días y no he podido ponérmela ni una vez. —Le echó en cara.

—Tienes que llevarla.

—Ahora mismo no sé ni dónde está, creo que la dejé en casa de mi padre.

Acero bufó; estaba nervioso, lo sabía. En realidad ella no tenía la culpa, pero ver su nombre en esa lista había sido como si le propinaran un puñetazo en el estómago.

—No quiero que te alejes de mí. Serás mi sombra. Te quedarás aquí sin moverte.

—¿Y si tengo que ir al baño?

—Te acompañaré.

—Ni lo sueñes —sopló furiosa.

De nuevo se habían ido acercando sin poder remediarlo; era como si Acero la atrajese como un imán y su cuerpo estuviese en la misma sintonía y se dejara llevar sin oponer resistencia.

—Tampoco fue tan mala la última vez que fuimos juntos al baño, ¿verdad?

Vanessa se puso roja como la grana. Acero sonrió al ver que ella se avergonzaba y bajaba la cabeza, pero entonces oyó el carraspeo de Cobos y supo que había metido la pata y la razón por la que la chica se mostraba azorada. ¡Maldita fuera! Le resultaba tan fácil perder el control cuando la tenía cerca y lo embaucaba con ese olor del que no había podido desprenderse...

Vanessa se disponía a decir algo, pero apretó los dientes y lo dejó pasar; en esos momentos había cosas más importantes que lo que hubiera pasado o no en el baño entre ellos. Entre otras cosas, saber quién había acabado con la vida de su padre y por qué su nombre estaba en esa lista.

CAPÍTULO 18

Trudy regresaba a casa después de una noche espantosa. La habían enviado a echar un ojo a los novatos en los controles de drogas y alcoholemia. Desde que su relación se había formalizado con Ferrer, no dejaba de hacer trabajos de poco interés. Estaba aburrída, ésa era la verdad, pero, cuando llegaba a casa y se encontraba con la mirada de Nacho... se le olvidaba todo. Él tenía ese poder.

Era más de mediodía. Cansada, pensaba en comer algo y echarse un rato para dormir a pierna suelta y olvidarse de la noche que le había dado uno de los nuevos, ¡estaba deseando contárselo a Nacho! ¿Cómo se podía estar más verde que el traje que uno llevaba?

Al llegar se fue directa a la cocina, suspendida en el aire persiguiendo el olor tan rico que salía de ella. Olía a algún tipo de carne asada. Gracias a Dios que Nacho cocinaba, porque, si dependiera de ella, ya habrían muerto de inanición... o habrían llevado al extremo la famosa dieta del cucurucho...

Ferrer la oyó llegar; estaba nervioso, la llamada de Acero le había provocado mucho estrés. Parecía que nunca iba a volver a vivir tranquilo. ¿Por qué cojones tenía que estar ella siempre metida en todo?

No sabía cómo decírselo, pero, al verla aparecer tan cansada, se le olvidó todo. No podía resistirse a esa mirada agotada que hacía que los ojos le brillasen. Lo ponía a mil, desde la primera vez que la vio. No pudo evitar sonreír al recordar cómo se habían conocido, ni tampoco evitar sentir de nuevo su pantalón tirante.

Tenía ese efecto sobre él y, en honor a la verdad, no quería luchar contra él. Le resultaba curioso cómo se había enamorado de ella; de forma tan frenética como todo lo que los había rodeado.

Hacía ya algo más de tres años desde que pusieran fin a todo lo relacionado con Dragos; ahora éste estaba en prisión, junto a los que había empapelado Cobos varios meses después. Habían hecho un buen trabajo, aunque, al parecer, no lo suficiente.

De nuevo las sombras se cernían sobre ellos como buitres hambrientos, ansiosos por clavar sus garras en una nueva víctima. Trudy entró, lo besó en los labios y se sentó sobre la encimera de la isla de la cocina.

—Estoy hambrienta; dime que la comida ya está, porque eso huele de muerte.

Quería contarle lo de la llamada, pero verla allí sobre la superficie, a la altura perfecta y con las piernas abiertas con despreocupación, como si no fuese lo más tentador del mundo, hizo que lo que deseaba decirle pudiera esperar para después.

—Yo también estoy hambriento —murmuró entre besos que bajaban por su cuello—, y también me huele de maravilla.

Trudy no pudo decir más; la boca de Nacho besaba la cintura de sus pantalones mientras se los quitaba con asombrosa agilidad. Estaba extasiada sintiendo las caricias que le regalaba. Era lo mejor de volver a casa. Tenerlo a él.

La lengua de él lamió la tela de las braguitas y Trudy dejó escapar un gemido placentero. Lo amaba como nunca había amado a nadie, y lo deseaba más de lo que jamás había pensado que se podía desear a alguien, tanto que a veces le parecía que iba a perder la cordura.

Los jadeos y los gemidos lo llenaron todo a su alrededor. El cansancio de Trudy se evaporó para dar paso a un hambre voraz, todo le parecía poco. Mordía los hombros de Nacho, lamía y besaba su cuello, jadeaba, loca, mientras él no dejaba de tentarla por toda su piel. Estaba entre sus piernas, después en su estómago, luego en su cuello, en sus pechos que clamaban con urgencia más de su atención...

Su ropa interior estaba tan húmeda que sabía que la encimera acabaría hecha un desastre, pero no le importaba, todo lo que deseaba era sentirlo dentro, no quería seguir jugando. Lo necesitaba.

—¿A qué espera, teniente? —susurró impaciente.

—A que no puedas más.

—¿Necesitas más pistas? Estás perdiendo tus dotes de investigación, agente.

Ya no puedo más; o te encargas tú o voy a tener que aliviarme yo sol...

La frase quedó inconclusa. Nacho se hizo con su boca, abrió sus piernas con fiereza, separó las braguitas que ni se molestó en quitar y la penetró con una dura y firme embestida que la hizo aullar, poseída por un gran placer.

Las bocas de ambos se unieron por un eterno instante en el que se dejaron arrastrar por los más bajos instintos, hasta que todo lo que sentían en esos momentos en sus cuerpos salió expulsado por sus bocas... gemidos y jadeos que ponían fin a su unión y que terminaban en la boca del otro.

Todavía sin fuerzas, Nacho besó con suavidad la boca de Trudy y su nariz y, al recordar de repente que el peligro los acechaba de nuevo, su expresión se tornó seria, sombría, y nubló su mirada con el Khaos que mantenía a raya desde hacía mucho tiempo.

Salió de ella con cuidado y la limpió sonriente. No había en el universo nada más hermoso que la visión de Trudy recién follada. Era espectacular.

—No sabes la noche que he tenido. —Sonrió—. Resulta que uno de los novatos, mientras hacía la inspección, se puso a gritar y a tartamudear. Intentaba sacar la pistola, pero no hacía otra cosa que gritar: «¡Joder! ¡Dios bendito! ¡Joder!».

—¿Ha pasado algo grave? —interrogó él poniéndose en guardia. Después de la llamada de Acero, estaba alerta.

—Verás: paramos un vehículo y el joven procedió a la inspección del maletero, ya sabes, buscando drogas.

—¿Y?

—Y, de pronto, cuando se puso a gritar sin parar lo mismo una y otra vez, me acerqué corriendo a ver qué había en el maletero que lo había alterado tanto. Los ocupantes del coche estaban alucinando, como si no supieran por qué mi compañero vociferaba de ese modo. Los agentes que había más adelante, precavidos, pusieron la cadena de pinchos por si acaso se daban a la fuga.

—¿Qué había en el maletero? Me tienes en ascuas.

—Una pierna bajo una manta.

—¡Hostias! ¿Llevaban un cadáver? ¡No me jodas! Con razón el pobre muchacho se puso nervioso...

—Era... una pierna ortopédica de repuesto del acompañante.

Trudy empezó a reír y Nacho no pudo hacer otra cosa que acompañarla.

—El pobre conductor y su padre se quedaron helados y, cuando todo se aclaró y se marcharon, el novato no sabía si reír o llorar. «Joder, me he puesto tan nervioso que no he podido ni sacar la pistola», contó después de un rato. Así que ya hay cachondeo para días. El pobre lo va a pasar mal. Ahora lo llaman El Mala Pata. —Rio de nuevo.

Nacho no quería aguarle la fiesta, pero sabía que debía hablarle sobre el asunto que lo tenía tan preocupado y, si seguía esperando el momento oportuno, éste nunca iba a llegar. Además, le había dicho a Acero que estarían allí esa misma noche y no podían demorarse más.

—Me ha llamado Acero —soltó a bocajarro.

—¿Sucede algo? ¿Ha encontrado ya a la chica que buscaba? ¿Ha aparecido?

—Sí, la chica ha aparecido, pero no me ha llamado por eso. Tenemos que salir para Málaga.

—¿Por qué?

—El hombre al que asesinaron le ha dejado un libro de cuentas en el que especifica todo lo que han hecho durante estos años para blanquear el dinero, así como los negocios, los clientes y... además...

—¿Además?

—Al parecer hay una lista de jóvenes a las que quieren raptar para subastarlas *online* en lo que llaman la Deep Web.

—Entonces, los rumores de que operan en esa red oculta es cierta...

—Eso parece. Y tu nombre aparece en dicha lista.

—¿Qué coño...? ¿De qué hablas, Ferrer? —Trudy sólo utilizaba su apellido cuando estaba alterada o muy enfadada. En este caso parecía que iba a estallar; estaba tan alterada como enfadada.

—Lo sé, pero no voy a dejar que nada te suceda.

—¿Crees que Dragos está detrás de todo esto?

—Lo ignoro, pero también se me ha pasado por la cabeza que sea Marcos. ¡Debiste dejarme ir tras él! ¡Maldita sea!

—Vale. No perdamos la calma, vamos a hacer la maleta y a salir hacia Málaga. Tal vez allí podamos averiguar quién está detrás de todo este asunto. Echo de menos a Dragos; le podríamos hacer una visita, ¿no crees?

—Sí, y llevarle flores.

Los dos estallaron en una risa nerviosa. Sabían que se tenían el uno al otro,

que nada iba a pasarles estando juntos, pero en el fondo temían perder a esa otra parte que les daba la vida.

* * *

—¿Lista? —le preguntó Nacho cerrando su bolsa de viaje.

—Siempre. Por cierto, tengo otra cosa que contarte.

—¿Qué más puede pasar hoy?

—Mi padre quiere venir... a conocerte.

—¿Tu padre? ¿Por qué?

—Tiene curiosidad por saber quién es el que se está tirando a su hija... al estilo *lechuga*.

—Vamos, nena, ¿no le habrás contado eso, verdad?

—¿Qué le pasa, teniente Ferrer, ahora va a darle miedo un hombre mayor?

—Un hombre mayor, no; tu padre, sí. Mucho, además.

—Te has puesto blanco como la leche —se burló—. Anda, vamos, nos queda un largo viaje.

—Toma —dijo tirándole las llaves para que las recogiera—, conduce tú. Yo ahora mismo no me veo capaz.

—Venga, Ferrer, que estás temblando igual que el joven que pensaba que había un cadáver en el maletero.

—La verdad... yo creo que más.

—Pues tendrá que echarle narices, agente —añadió—, porque no he pegado ojo toda la noche haciendo controles y, desde luego, voy a aprovechar esas horas de viaje para descansar.

CAPÍTULO 19

Vanesa había pasado todo el día en el despacho de Acero; ni él ni Cobos se habían movido de allí, ni siquiera para comer algo. A la hora del almuerzo, pidieron que les subieran unos bocadillos del bar cercano y los engulleron a toda prisa, metidos de lleno en los detalles que el libro de cuentas contenía.

Parecía que Antonio Acosta había referido los datos de forma tan detallada que la lista de sospechosos y de inculpados crecía a ritmo desenfrenado. Vanesa estaba un poco preocupada; la verdad era que, saber que estaba en el punto de mira de los hombres que habían acabado con su padre, le ponía un poco nerviosa.

¿Qué querían de ella exactamente? Con su progenitor muerto, no tenían la posibilidad de negociar nada con él. ¿Tal vez pensaban que ella conocía el paradero del libro que Acero y Cobos no dejaban de examinar?

Eso tenía sentido, porque ella no creía tener el perfil de una mujer por la que los hombres se volvieran locos como para exponerla en una puja.

Cuando la puerta se abrió y Soledad apareció por ella, respiró aliviada. Quizá tuviese la suerte de poder salir un rato de allí, tomar algo y respirar aire menos viciado.

—Sol —la llamó Cobos, sorprendido—, ¿qué haces aquí?

—Pasar a veros y, de paso, rescatar a Vanesa. ¿La habéis tenido todo el día encerrada aquí, sin salir?

—Sí. La quiero controlada en todo momento.

—No he podido ni ir al baño —se quejó ésta.

—¿Le habéis prohibido ir al baño? —dijo molesta, mirando a ambos con los brazos cruzados.

—No... exactamente —explicó Vanesa por ellos—, pero, si quiero ir al baño, el capitán me ha dejado muy claro que debo hacerlo acompañada por él.

—Vale. Ahora os la devuelvo, me la llevo a estirar las piernas, tomar aire y un café.

—No, Soledad —cortó Acero.

—Tranquilo, capitán. Voy armada con mi espray de pimienta y, además, no nos vamos a alejar, nos quedaremos cerca. Iremos a la cafetería que hay justo al lado del cuartel, ¿de acuerdo? Necesita salir, ir al baño... ¿vale?

—Vamos, capitán, no estará sola. Además, es justo aquí mismo, no se atreverían.

—Está bien —resopló—, pero no os alejéis y, cualquier cosa, quiero que me aviséis. Soledad, te dejo al cargo.

—A sus órdenes, mi capitán. —Sonrió a la vez que hacía un intento de cuadrarse muy poco natural.

Luego se acercó a Cobos y le dio un suave beso en los labios que él disfrutó más de lo que debiera. La había echado de menos; no la había visto en todo el día y eso lo mataba. Todavía se debían muchas horas perdidas y estaba dispuesto a tratar de recuperarlas todas con ahínco.

—No tardes demasiado; hoy apenas te he visto y te extraño.

—No, nos portaremos bien —sonrió dándole otro suave beso—; un café rápido y una parada en el aseo. Prometido.

Ambos miraron a las mujeres mientras desaparecían por la puerta; Cobos, con sonrisa bobalicona, y Acero, serio, aunque ése era su estado natural.

—Vamos, capitán, sólo van a tomar un café aquí al lado. Estarán bien. ¿Qué te pasa con ella?

—No tengo ni puta idea. Es algo... raro. Tengo esa manía absurda de preocuparme por esa chica, de protegerla.

—Tal vez sientes que se lo debes a su padre... aunque quizá es algo más.

—No lo sé, pero tampoco tengo tiempo ahora mismo de averiguarlo.

* * *

Soledad pasó su brazo alrededor del de Vanesa y le regaló una bonita sonrisa. Bajaron por la escalera en silencio hasta que ésta habló.

—Gracias por venir y rescatarme. Necesitaba darme un respiro.

—Lo he imaginado, por eso la excusa del café. —Le guiñó uno de sus hermosos ojos verdes.

Era increíble. A pesar de la belleza abrumadora que tenía Soledad, ésta no parecía darle ninguna importancia. Era natural, agradable, abierta... todo lo contrario a ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró con timidez.

—Claro, todas las que quieras.

—Es... es personal.

—Entiendo. Acero te ha hablado de mí, ¿no? Dispara.

—¿Cómo lo logras?

—¿Llevar una vida normal?

Vanesa asintió con el rostro enrojecido por la vergüenza; sabía que no era una pregunta adecuada, apenas se conocían, pero anhelaba poder olvidarse de todo, dejarlo atrás y poder vivir, porque, hasta entonces, no había tenido vida.

—Al principio, cuando regresé —musitó con la mirada perdida en el tiempo —, pensé que no merecía nada bueno, y que no iba a poder darle a Jose lo que él merecía. De hecho, lo dejé. No es que lo deseara o que no sufriera, sólo es que consideraba que no me merecía a un hombre así. Después de todo lo que me había sucedido no me consideraba una ganga, ya me entiendes. —Soledad hablaba con calma, aunque el dolor nublaba su mente y empañaba su voz clara —. Sin embargo, después, decidí luchar. La vida te da a veces, otras te quita... es algo que no puedes controlar, pero lo que sí puedes manejar es la manera en que la vives en cada momento. No te menosprecies, Vanesa. No cometas ese error. Eres una mujer valiosa. Todas lo somos, incluso con nuestras taras. Unas tenemos más que otras, algunas más visibles, otras más profundas, pero todas tenemos también algo que ofrecer y todas merecemos a esa persona que nos haga desear vivir. Para mí, eso es el amor.

—Lo intento, pero luego me miro...

—Recuerda que siempre nos vemos peor de lo que nos ven los demás, solemos ser más críticos; además... eres muy guapa. Tienes un pelo precioso, con un color que grita vida, y una sonrisa que derrite hasta al propio Acero. Te aseguro que nunca lo he visto mirar a nadie así en el tiempo que lo conozco.

Vanesa se quedó pensativa un momento. Habían llegado a la puerta que daba

a la calle y se detuvo. Miró a Soledad para decirle que lo que Acero sentía por ella era sólo lealtad hacia su padre y que, aunque habían tenido un par de encuentros, había quedado claro que se trataba exclusivamente de sexo, cuando de pronto sintió que unas manos la agarraban con fuerza y le tapaban la boca.

Oyó gritar a Soledad, vio sangre y la voz cada vez sonó más suave, pues llegaba a sus oídos amortiguada; luego, sólo oscuridad.

* * *

Soledad entró histérica en el despacho de Acero. Cobos, al verla, pegó un brinco del asiento en el que estaba y se tensó como un arco a punto de disparar.

—¡Se la han llevado! —gritaba sin parar—. ¡Se la han llevado!

Entonces se llevó las manos a la cara y sollozó con fuerza; temblaba con tanta fuerza que el teniente se asustó. Al acercarse a ella, se dio cuenta de que tenía el labio partido.

—¿Quién cojones se la ha llevado? —rugió, desesperado, Acero.

—No lo sé, todo ha pasado tan deprisa...

—¿No lo sabes? ¡¡Hostia puta!!

—Carlos, voy a tener que pedirte que te calmes; no voy a consentir, aunque seas mi superior, que sigas gritando a Soledad.

Acero miró al único hombre que podía llamar amigo y trató de tranquilizarse, pero era un acto titánico; las manos le temblaban como nunca e hizo un puño con ellas para tratar de contener la rabia que lo desbordaba.

—Lo siento, Soledad.

—No te preocupes —sollozó—. Todo ha sido muy rápido; estábamos a punto de salir a la calle y, en la misma puerta del cuartel, nos han atacado.

—¿Les has visto la cara? ¿Podrías reconocerlos?

—Creo que sí. Se la han llevado y no he podido hacer nada por evitarlo.

—El que te ha puesto la mano encima va a pagarlo muy caro.

Cobos no lo había dicho gritando; de hecho, no parecía alterado. Sin embargo, esa calma y esa tranquilidad en su voz advirtió a Soledad de lo peligroso que podía llegar a ser Jose.

En mitad de la vorágine, mientras se preparaban para llamar a las unidades disponibles para empezar a buscar a Vanesa, Ferrer y Trudy entraron en el

despacho de Acero y se toparon con el espectáculo.

—¡Joder! ¡Ferrer, Trudy! Venís como caídos del cielo.

—¿Qué ha pasado?

—Se la han llevado.

—Vale, vamos a mantener la calma unos minutos. Ponnos al día y vamos a trazar un plan —intervino Trudy.

—Ella es la inspectora Arias; ellos, el teniente Cobos, el capitán Acero y Soledad —los presentó Ferrer.

—Señor —se cuadró Trudy ante Acero—, teniente —saludó a Cobos—. Soledad, es todo un orgullo conocerte por fin.

—Gracias, igualmente —murmuró, todavía abrumada por lo sucedido.

—Olvidémonos de rangos. Vamos a lo que importa, hay que dar con ella.

—Cuéntenos.

Acero y Cobos se fueron turnando para explicarles lo sucedido desde el principio, la muerte de Acosta, la desaparición de Vanesa, el intento de acabar con ella, lo que había en el libro de asientos... todo hasta ese maldito momento en el que la había vuelto a perder.

—Así que hay una lista con posibles víctimas y entre ellas está Trudy... ¿verdad?

—¿Qué piensas, Ferrer?

—Lo mismo que yo —susurró Trudy—: Que, de alguna manera, Dragos tiene algo que ver con este asunto.

—¿Creéis que...? —De repente Acero se detuvo y todo cobró sentido—. ¡Claro! Eso es. ¿Cómo coño he estado tan ciego?

—¿Qué es lo que no sabemos? ¿Tiene que ver con esos golpes?

—Tiene que ver, sí. La otra noche regresé al local donde se llevaban todas las operaciones cuando estuve de infiltrado. Hablé con Viktor, sigue siendo el mismo que era, y me acogió sin rencores.

—¿No te hizo preguntas? ¿No receló? Eso me parece muy sospechoso.

—Nunca supieron que yo era el topo; además, cuando me marché coincidió con la muerte de Leila y dieron por hecho que me había largado por eso. — Acero se sorprendió a sí mismo, porque era la primera vez que hablaba de ella en voz alta.

—Sigue —lo animó Ferrer.

—En El Almacén, así llaman a la parte de atrás del local, hay oculto un local en el que la gente puede apostar, jugar, contratar a prostitutas de lujo, consumir drogas... Os hacéis una idea, ¿no? Ya no es como antes... ahora ya no tienen a cuatro yonquis que necesitan sus dosis; el negocio se ha expandido y atrae a lo más granado de la sociedad. Peleé como tantas otras veces, de ahí los golpes —explicó señalando los moratones de su cara—, porque tenía que eliminar algo de frustración y, además, hacer que Viktor pensara que seguía siendo el mismo de antaño. Me contó que Niklas continuaba en la cárcel, pero que allí había conocido a un nuevo aliado, con el que se había asociado y que ahora era uno de sus hombres quien llevaba las riendas del todo, mientras los otros seguían presos.

—¿Piensas que es Dragos?

—Tiene sentido —interrumpió Trudy—; me parece que, si estoy en esa lista, es porque, de alguna forma, Marcos tiene algo que ver en esto.

—¿Crees que él está detrás de todo?

—Apostaría el cuello a que sí.

—No apuestes nada que no te pertenezca; tú, entera, eres mía, así que apuesta otra cosa —soltó Ferrer, molesto.

—Como quiera, inspector: apuesto el cuello de Ferrer a que Marcos está detrás de todo.

Acero y Cobos sonrieron embobados por la ocurrencia de Trudy; no sólo era valiente y un gran activo para la Guardia Civil, además era divertida y muy atractiva.

—Muy graciosa, cariño.

—Ya lo sabes, amor.

—Vale, dejémonos de arrumacos. Vamos a continuar. Ferrer, me ha dicho Cobos que manejas bien la informática.

—Sí, se me dan bien los ordenadores.

—Tenemos estos códigos. Mira a ver dónde te llevan. Mientras tanto, voy a poner una alerta de búsqueda.

Trudy empezó a revisar el libro, por si a ellos se les había escapado algo. Miró a Soledad, que seguía afectada por lo sucedido, y dejó de hacer el trabajo para acercarse a ella.

—Oye, ¿estás bien?

—No, tengo la impresión de que todo ha sido por mi culpa. Si no hubiese insistido en salir con ella...

—No te culpes... Cuando esa gente tiene un objetivo claro, no hay quien los detenga. No podrías haberlo evitado; si no hubiese sido hoy, habría sido mañana. Voy a acompañarte a tu casa. Te tendré informada, ¿vale?

—Gracias.

—Cobos, voy a pedir una unidad y nos llevaremos a tu mujer a casa.

—Gracias. Nena, te llamo en cuanto sepa algo —dijo dándole un beso.

Los tres observaron cómo las dos mujeres desaparecían ante sus ojos. Iban a poder pasar unos segundos a solas.

—Trudy es muy buena en lo suyo, una gran teniente. No te preocupes, Cobos, Soledad estará bien en casa. Además, le pediremos a la unidad que las acompaña que se quede por allí, sólo por si acaso.

—Es intensa, sí —confesó Cobos.

—Me tiene loco. —Ferrer sonrió, recordando la cocina.

—No la pierdas.

—No sé... Ahora quiere que conozca a su padre.

—Joder, es un hueso duro de roer; no me gustaría estar en tu pellejo, Ferrer —intervino Acero, sonriendo.

—Ella merece la pena.

* * *

Trudy dejó a Soledad a salvo en su hogar, y a la unidad patrullando cerca. No quería tener que estar preocupada por si algo malo le pasaba a esa mujer que tanto había luchado por su libertad; se merecía un descanso, paz.

Cuando hubo convencido a sus compañeros de que cogería un taxi para volver al cuartel, cambió la dirección a la que sus pasos se dirigían y se plantó en la prisión para hablar con un viejo «amigo».

La cárcel era igual que todas, al menos a Trudy se lo parecía, así que, cuando pidió ver a un prisionero para hacerle unas preguntas sobre una investigación que tenía entre manos y mencionó a Acero, no le pusieron ninguna pega, pero la advirtieron de que sólo podría ver al prisionero si éste accedía a ello, ya que no contaba con una orden judicial para obligarlo en contra de su voluntad.

Trudy acertó al suponer que Dragos iba a acceder a verla; seguramente, se dijo, la curiosidad por saber a qué iba a encontrarse con él a presidio podría más que cualquier duda que le surgiera.

Trudy pidió que el encuentro tuviese lugar en una sala de interrogatorio; quería mirarlo a los ojos y saber si estaba tras todo aquello, si era el responsable de que su nombre estuviese en una puta lista para ser subastada en una red de tráfico ilegal llevada *online*. Desde luego, los criminales tenían una imaginación desbordante para burlar la ley; si la usaran para hacer el bien... sin duda el mundo estaría mejor de lo que estaba.

La teniente esperaba de pie mirando el reflejo que le devolvía el espejo; era consciente de que, tras esa superficie que le mostraba su imagen, habría uno o varios guardias cuidando de que a Dragos no se le fuese la mano ni intentara nada contra ella. De repente, ese pensamiento le provocó un escalofrío. ¿Y si los funcionarios de prisiones estaban comprados y Dragos la atacaba?

Se sacudió esa idea de la cabeza y se giró en el instante en el que la puerta se abrió para dar paso a un Dragos esposado y arrastrado por un guardia grueso y alto. Trudy lo observó unos instantes; seguía siendo atractivo, estaba más musculado y su pelo se había llenado de más hebras plateadas de las que recordaba. Aun así, seguía siendo un hombre imponente.

Los griegos se equivocaban al creer que no había maldad en la belleza; él y el propio Cezar, su mano derecha, eran la prueba de ello; recordar al Ángel la llenó de malas vibraciones, tantas como malos recuerdos tenía de esa parte de su pasado que deseaba que nunca hubiese existido.

—¡Mía! ¡Qué agradable sorpresa! Se te ve radiante.

—Es una pena que no pueda decir lo mismo —escupió—. De todas formas, prefiero que se refiera a mí como inspectora.

—¿Y... a qué debo la visita?

—Cortesía. Pasaba por aquí y he querido saber qué tal te tratan; espero que mal. —Sonrió.

—Siempre me gustó tu descaro, tu falta de miedo. Elisa era demasiado... blanda. ¿Sabes dónde está esa perra traidora? —Sonrió con malicia—. Me gustaría hablar con ella.

—Aunque lo supiera, no te lo diría. No te quiero cerca de ella, bastante daño le has hecho ya.

—¿Daño? Le salvé la vida, ¿no te lo contó?

—¿A eso le llamas salvarle la vida? ¿A abusar de ella? ¿A maltratarla? ¿A darle una paliza tan brutal que le hiciste perder a su hijo? No, Dragos, créeme cuando te digo que ni muerta te diría dónde está... si es que lo supiera.

—Tú, pequeña niña mimada, no tienes ni idea de nada. Se lo di todo. ¿Y cómo me lo pagó? Traicionándome.

—Desconoces lo que es dar algo, todo lo haces por una razón interesada. Te conozco.

—No sabes nada de mí —escupió furioso, apretando los puños.

—Sé lo suficiente. Eres como todos esos cabrones que se creen que por ser hombres pueden satisfacer sus necesidades sexuales usando los orificios de las mujeres como y cuando les plazca. Con eso me es suficiente. Y eso, para Elisa, se acabó.

—Tienes demasiado valor, incluso para tu propio bien —murmuró.

Trudy sintió un escalofrío; los ojos de Dragos parecían susurrar palabras que traspasaban su piel con amenazas tan frías como lo estaba todo a su alrededor. Instintivamente, se inclinó hacia atrás para poner algo más de distancia entre ese hombre y ella.

—Tranquila, Trudy, no voy a morderte —afirmó al intuir lo que pasaba por su mente—. ¿Ves? Estoy esposado.

—Ni siquiera así eres de fiar.

—Si la ves, si hablas con Elisa, por favor, sé buena y pregúntale por mi Tereza; la extraño, no sé nada de ella desde hace demasiado tiempo. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo. Han pasado ya más de tres años...

—Sí, le ha ocurrido algo fantástico: no te tiene cerca. Tereza se largó porque no quería estar a tu lado, ¿qué te hace pensar que querría volver a verte?

—Que... —Dragos se interrumpió un instante y tomó aire. Era un hombre acostumbrado a llevar la voz cantante y verse así no debía ser agradable—... la echo de menos, sólo eso.

Por un instante, tan leve como un pestañeo, Trudy creyó que Dragos decía la verdad y que extrañaba a su hija, pero ese momento pasó tan rápido que no podía saber si había sido real o no.

—Lo siento, pero no sé nada de ellas. —Se mantuvo firme.

—¿Seguro?

—Seguro, aunque, si supiera dónde están, tampoco te lo diría, ya te lo he dicho.

—Dime, inspectora, ¿para qué has venido? ¿Sabe Khaos que estás aquí? No, seguro que no, porque él no te habría dejado acercarte de nuevo a mí. Si has venido a escondidas es porque hay algo que te preocupa, ¿verdad? ¿Estás en peligro? ¿Se trata de eso?

—¿Qué sabes de eso?

—Nada, no sé nada. Estoy aquí, preso, por vosotros. Pero déjame hacerte una advertencia: cuida tus espaldas, hay por ahí alguien muy molesto contigo.

Trudy abrió los ojos, sabía de quién hablaba. Tenía que ser él. Ahora estaba segura. Marcos. ¿Es que nunca la iba a dejar en paz?

—Parece que no logra olvidarme. —Rio para quitar hierro al asunto y para que Dragos no se diera cuenta de la inquietud que en realidad sentía recorrer su cuerpo.

—Eres difícil de olvidar, inspectora, tienes algo... tienes esa rebeldía que hace que los hombres nos obsesionemos con domar. Si estuvieses en venta, te compraría. —Dicho esto, rio a carcajadas.

Eso era todo lo que Trudy necesitaba escuchar; estaba claro que eran ellos los que andaban detrás de todo aquel asunto. Niklas podía ser o no su socio, pero de lo que no le cabía duda era de que Dragos seguía teniendo poder, aunque estuviese encarcelado.

Con una furia que debería haber controlado, acertó demasiado la distancia con Dragos, puso las manos sobre la mesa y acercó su rostro al del hombre que acababa de desvelárselo todo sin apenas palabras.

—Antes acabaría yo misma con mi vida —escupió.

Y en ese instante, Dragos se abalanzó y la besó con furia, pasó sus manos esposadas por detrás del cuello de Trudy y la atrajo contra él, dejándola encerrada entre su cuerpo y la mesa.

Trudy trató de alejarse, pero no pudo; el muy cabrón seguía en buena forma y ella había sido muy inconsciente. No obstante, no se achantó y mordió el labio de Dragos, que, al tratar de soltarse, hizo que apretara más los dientes.

Al cabo de unos segundos que se eternizaron para él, dos guardias entraron y la rescataron del abrazo mortal de Dragos.

—Dale recuerdos a Khaos, dile que me ha gustado volver a saborear a su

mujer.

—Creo que la que te ha mordido he sido yo —se jactó escupiéndole a la cara la saliva mezclada con la sangre que había quedado en su boca.

Dragos sonrió, complacido y con una mirada de deseo que encendió más la ira de la teniente, quien, en ese instante, dejó escapar un puñetazo que le dio de lleno en la nariz. La sangre que brotó de sus fosas nasales lo salpicó todo y, sin más, se alejó, dejando tras ella un rastro rojizo de la sangre del Dragón, mezclada con el odio que, en vez de aplacarse, se había acrecentado.

CAPÍTULO 20

Vanesa despertó aún aturdida y se percató de que estaba maniatada. ¿Dónde se encontraba? ¿Quién se la había llevado? ¿Por qué? Había sido todo tan rápido. Recordaba a Soledad gritando, con la sangre corriendo por su boca... y luego sólo oscuridad. Habían sido los mismos que se habían llevado la vida de su padre, estaba claro, pero ¿para qué? Ella no tenía nada, no sabía nada. ¡Ni siquiera había tocado el libro!

Un escalofrío recorrió su aterido cuerpo, congelándolo todavía más; su respiración se aceleró y tuvo la sensación de que, cuanto más rápido tomaba aire, menos llegaba éste a sus pulmones.

¿La estaría buscando Acero? Sí, seguro que Soledad los había avisado, ¿o no? ¿La habían secuestrado a ella también? No podía estar segura. ¡Joder! ¿En qué lío la había metido su padre?

De repente, un ruido mecánico hizo que se centrara y, al mirar hacia el origen de ese sonido, se encontró con una cámara de seguridad que la enfocaba. Tenía una luz roja que no dejaba de parpadear y que la hipnotizaba de una forma inquietante. No podía despegar los ojos de ella, mientras los pensamientos que no podía expresar en voz alta gritaban dentro de su cabeza sin cesar.

No sabía qué era lo que querían, ni lo que pretendían, pero tenía clara una cosa: no iban a recibir de ella nada más que silencio. Ahora había llegado el momento para el que se había preparado toda su vida.

* * *

Trudy llegó al local del que había oído hablar a Acero. Sabía que no iba

vestida para la ocasión, así que se dio una vuelta por los alrededores hasta que descubrió una tienda de ropa de segunda mano. Entró y, tras buscar durante lo que le pareció una barbaridad, encontró un vestido bastante elegante, negro, con transparencias y lentejuelas, que pensó que la ayudarían en su misión. No iba a dejar a esa chica sola, y algo le decía que dentro de ese pub de mala muerte iba a hallar las respuestas que necesitaba.

Se miró en el espejo y no pudo evitar recordar un escenario parecido en el que se vestía y preparaba para ser elegida por el Ángel. En esta ocasión sería diferente. Ahora no era por venganza, ahora sí temía perder la vida, así que haría las cosas de otra manera.

Salió del probador, pagó la ropa y guardó en la bolsa la que llevaba. Se topó con un callejón poco transitado en el que pensó que sus cosas estarían seguras.

Cogió el móvil y llamó a Ferrer; sabía que sus gritos iban a tirar abajo todo el cuartel y que algún novato iba a tener pesadillas, pero necesitaba acción. Ferrer la había tenido apartada de la adrenalina durante mucho tiempo y no podía más. Sus manos hormigueaban ante la expectativa de lo que le esperaba dentro.

Suspiró y se preparó para hacer la llamada que, esperaba, no le costara su relación y sí le valiese para salvar a Vanesa.

* * *

Ferrer no podía creer lo que estaba viendo, y eso que había visto cosas horribles a lo largo de sus años de servicio, pero eso era... era espeluznante. El estómago se le revolvió al ver la imagen de Vanesa en el monitor.

—¡Maldita sea! ¡La tengo, capitán!

—¿Dónde está?

—La están subastando.

—¿Qué cojones...? —exclamaron Acero y Cobos a la vez.

Ferrer giró la pantalla para que vieran lo que él estaba mirando. Vanesa estaba sentada en una silla, con las manos atadas a la espalda y mirando fijamente a la cámara. En el monitor también aparecía un contador que iba aumentando de cantidad. Era el dinero que iban sumando los que pujaban por ella.

—Voy a matar al hijo de puta que se la ha llevado y luego le arrancaré los

huevos —rugió Acero.

Cobos y Ferrer lo miraron para asentir; no se merecía menos el responsable de esa atrocidad. La verdad era que iban a tener muy difícil controlar los instintos que se reflejaban en el rostro de su capitán.

De pronto, el teléfono de Ferrer sonó y todos los ojos fueron a parar a él.

—Es Trudy, tengo que contestar. ¿Qué pasa, nen... teniente? —recló.

Cobos y Acero asintieron mientras volvían la mirada hacia la cámara, tratando de averiguar dónde coño la tenían retenida.

—¿Estás loca? Nena... ¡Nena! No me cuelgues, ¡joder! ¡Me cago en la puta! ¡Me ha colgado! Esta mujer está loca, ¡loca!

—¿Qué sucede?

—¿Soledad está bien? —inquirió Cobos con el corazón a mil.

—Sí, sí, ella está bien. La que no está bien es la chiflada de Trudy.

—A ver, teniente, cálmate un poco y cuéntanos qué pasa.

—Pasa que mi compañera está loca de atar, como una cabra. Siempre hace lo mismo. Va a conseguir lo que no ha podido hacer la escoria que lo ha intentado: acabar conmigo. Se ha ido, sola, al sitio ese del que habló, capitán. Ha ido a por ella... a buscar a Vanesa.

—Tiene los huevos bien puestos —silbó Cobos, impresionado.

—Vale, vale. Vamos a calmarnos todos.

—¿Calmarme? Estoy que me subo por las paredes. Ahora mismo... ahora mismo...

—Respira, Ferrer. Trudy sabe lo que hace; ten en cuenta que es buena en su trabajo, y metódica. Ya se encargó, prácticamente sola, de sacar a la luz todas las pruebas contra Dragos.

—A ese hijo de puta me lo cargo. Todo ha sido por su culpa, pues antes ha ido a la prisión a hablar con él. ¿Lo podéis creer?

—Ferrer, estás así porque se trata de la mujer que quieres...

—Sí, de la mujer que quiero asesinar —lo interrumpió.

—Pero no ha hecho nada que no hubiésemos hecho nosotros, y no te olvides de que ella es una de los nuestros. Tiene formación, es inteligente y estoy convencido de que puede defenderse. Por lo menos te ha dicho dónde está, y vamos a cuidarla. Nosotros. ¿Vale?

—Está bien, voy a tratar de centrarme.

—Ha ido a El Almacén, seguramente se colará como una *escort* o una prostituta de lujo. Hay dos posibles alternativas. Una: que Viktor no tenga ni idea de lo que se cuece de verdad y, por lo tanto, no sepa quién es Trudy. Dos: que sí esté al tanto de todo y, al verla, se relama. En cualquier caso, vamos a protegerla mientras descubrimos dónde tienen a Vanesa.

—Habrà que triangular la señal, pero tened en cuenta que deben de contar con un sistema de seguridad que escapa a mi control. Si no hubiese sido por los códigos que nos dejó Acosta, no hubiera encontrado esas páginas por mí mismo.

Acero se quedó pensativo un segundo, no podía dejar de contemplar el rostro asustado de Vanesa. Tenía lágrimas que empañaban ese azul cielo de sus iris y, al verla tan desprotegida, sintió que su corazón se encogía... de dolor, de rabia y de deseo. El mismo que sintió cuando apenas empezaba a ser una mujer y la sacó de esa piscina helada. Estuvo días culpándose por haber tenido ese deseo por una cría tan joven; por eso se alejó, por eso no quería permanecer cerca, porque había algo en ella que le hacía desear protegerla a toda costa. Después conoció a Leila y todo cambió. Ella era diferente, desinhibida, segura de sí misma, una mujer que disfrutaba del sexo y utilizaba sus encantos para embrujar a los hombres, lo que le pasó a él.

Volvió a mirarla; había cambiado mucho con los años, por eso al principio no la había reconocido, pero ahora... ahora jamás iba a olvidarla, lo sabía desde que no se había podido resistir a hacerla suya, aunque no había querido admitirlo hasta ese preciso momento en que era consciente de que, tal vez, no la viese más.

Así que se prometió que, si todo acababa bien, se darían una oportunidad. Si ella no era capaz de ver la belleza que irradiaba, él se la mostraría y tal vez, sólo tal vez, la bestia que ocultaba bajo la piel calmaría su hambre voraz al poseerla una y otra vez.

—Está bien, llamad a los chicos de delitos informáticos. Que traigan al más cualificado; mientras tanto, iré en busca de Trudy.

—¿Vas a ir en buscarla tú solo?

—Hasta donde sé, no sospechan de mí... y puede que la encuentre antes de que sea tarde. Es hora de que saque al lobo a aullar, lleva demasiados años silenciado.

—¿Y nosotros?

—Vosotros os quedareis cerca. Necesito que estéis en el local, como si

hubieseis entrado a tomaros una cerveza, como un par de clientes normales. Si las cosas se salen de madre, espero que suceda algo para que os deis cuenta y me echéis una mano.

—No pienso quedarme tomando una cerveza mientras Trudy está dentro, sola. Iré contigo. Me haré pasar por un luchador, tampoco es como si todo esto me fuese ajeno.

—No puedes, ten en cuenta que, al parecer, Dragos está metido en el ajo. Te podrían reconocer y echarías a perder todo el plan.

—Iré yo.

—¿Irás tú? —le preguntaron al unísono a Cobos.

—Puedo pelear, soy bueno. Puedo presentarme allí y tantear al tal Viktor. A mí no me conocen.

—Podría funcionar —musitó Acero.

—¿Y yo? —inquirió Ferrer.

—Tú te quedarás fuera y esperarás por si pedimos refuerzos. Además, coordinarás al resto de unidades que podamos necesitar. Al menos quiero dos en la zona, que se queden en las proximidades; ponlos a hacer controles de alcoholemia, así de paso evitamos que la gente que haya en El Almacén salga en estampida. Se quedarán hasta que los controles acaben. ¿Te parece bien, Ferrer?

—Sí, señor, me parece bien. Lo que no sé si es voy a poder hacer esto. No otra vez... —musitó recordando los días que Trudy estuvo incomunicada dentro de la casa de Dragos y él pensó que se volvería loco; en la actualidad sería todavía más difícil. En aquel entonces sentía por ella una atracción que no podía negar, pero ahora... ahora la amaba como nunca había amado ni deseado a nadie. Estaba claro que iba a ser la prueba más dura de su vida y después, cuando todo acabase y ella estuviese sana y salva... la mataría con sus propias manos.

CAPÍTULO 21

Trudy notaba cómo sus manos sudaban sin parar; no era como si fuese la primera vez que lo hacía, y tampoco experimentaba miedo... era excitación. Sentía la adrenalina tomar el control de su cuerpo y ¡lo echaba tanto de menos! Los últimos meses habían sido demasiado tranquilos y la verdad era que los dedos le hormigueaban a causa de la emoción.

Sabía que Ferrer estaría como mil demonios, pero ya lo arreglaría luego. En ese momento tenía que centrarse en hacer lo que había ido a hacer allí. Esperaba averiguar su paradero y dar con Vanesa, y esperaba, sobre todo, encontrarla con vida.

Abrió la puerta del pub y se fijó en que allí dentro no habían visto un trapo ni una gota de agua en su vida. La mano se le quedó pegajosa después de empujar el pomo y comprobó que en el interior el resto no era mucho mejor: mesas que no entendía cómo seguían en pie, taburetes rotos, una televisión de las que sólo se veían en los museos o en alguna de esas series de años atrás... y todo cubierto por una capa de decadencia que se respiraba nada más entrar.

Se dijo que ésa era la tapadera perfecta para lo que ocultaba ese antro tras la puerta trasera... esa que la llevaría, con suerte, a El Almacén. Entró con paso seguro y no disimuló cuando arrugó la nariz. Quería que el hombre tras la barra, ese tal Viktor, notase que no era precisamente ese ambiente lo que buscaba.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué desea?

—La verdad es que ya no estoy tan segura —murmuró limpiando con una servilleta el asiento antes de usarlo—. Una amiga me dijo que aquí podría encontrar... ya sabe, buena «compañía», pero creo que he debido equivocarme.

—¿Quién la envía?

«Mierda, no había pensado en esa pregunta ni en cómo responderla.»

—Lo siento, no puedo desvelar la identidad de mi amiga; no lo conozco y no sé si puedo confiar en usted o no.

—Así que se dedica... —continuó el hombre con sus preguntas mientras no dejaba de limpiar un vaso con un trapo que lograba el efecto contrario.

—Soy acompañante. —Sonrió.

—Entiendo. —Sonrió también, y fue esa sonrisa, esa misma que tenían todos los que hacían negocio a costa de los demás, lo que le indicó que lo tenía en el bote—. Dame un segundo, veré qué puedo hacer.

El tipo desapareció de su vista. Trudy cruzó las piernas y esperó con calma. Revisó mentalmente de nuevo su plan: entraría, se daría una vuelta simulando buscar a un cliente guapo y rico dispuesto a pagar por sus «servicios» y de paso trataría de averiguar algo más. Esperaba que a Vanesa la retuvieran allí, aunque lo cierto era que no lo había pensado con claridad. ¿Y si no estaba en ese antro? ¿Y si, a las que secuestraban, las tenían en otro lugar diferente, uno del que nadie supiera nada?

Tomó aire, preocupada; cuando se metió en la guarida de Dragos, las cosas eran muy diferentes. Entre otras cosas, Ferrer no significaba para ella lo que en la actualidad. Su relación había partido de una situación fuera de lo común en la que la adrenalina los había cegado, pero después había dado paso a un amor del verdadero, de ese con el que sabes que, pase lo que pase, tienes a alguien que va a sostenerte, a darte un abrazo o a gritar más fuerte de la cuenta porque la preocupación lo ciega. Y eso la asustaba.

No quería que Ferrer sufriera, pero tampoco podía renunciar a lo que era, ni podía dejar de hacer aquello para lo que se había estado entrenando tan duro y durante tantos años. Volvió a dar otro suspiro y esperó que pareciera aburrimiento y no incertidumbre cuando Viktor apareció de nuevo por donde había desaparecido y la miró sonriente. No podía dejar de ver que no parecía pertenecer a ese sitio; a pesar de la ropa que llevaba, caminaba de forma elegante, como si desempeñara un papel que no le correspondía, y los cabellos plateados que tenía dispersos por su espesa melena no hacían otra cosa que hacerlo más... interesante.

—Está de enhorabuena, señorita...

—Tres —mintió—, me llamo Tres.

—Curioso nombre, ¿de dónde viene?

—Saber qué significa vale mucho, no creo que pueda pagarlo. —Guiñó un ojo, descarada.

—Estoy seguro de que merecería la pena gastar hasta el último céntimo que tengo ahorrado para descubrirlo, pero no va a ser hoy. —Viktor rio y le indicó con un gesto de la mano que lo siguiera.

—Quizá en otra ocasión —dicho esto, le sonrió coqueta.

Después de todo, Tres seguía dentro de ella. Le había venido bien interpretar ese papel en el pasado, al menos no le costaba fingir que era una prostituta. Un escalofrío la recorrió al recordar su noche con el Ángel y sintió un nudo en el estómago. Era fácil dejarse abrigar por la oscuridad y no sólo la de la noche, sino la de las personas; tenía algo mágico que te hechizaba sin darte cuenta, que te susurraba sin descanso que te dejaras abrazar. Eso era lo más peligroso y a la vez lo más excitante de ese tipo de misiones, que siempre se debía estar alerta para no dejar de ver la delgada línea que, igual que sucedía con el amor y el odio, separaba el bien del mal.

Viktor la condujo por un pasillo, que de nuevo le recordó a otro recorrido tiempo atrás, hasta llegar a una gran puerta metálica. La abrió marcando un código de seguridad en un panel y, una vez que la puerta hizo clic, le mostró lo que se ocultaba en la parte trasera del negocio.

Por fin entendió por qué lo llamaban El Almacén, aunque no tenía nada que ver con el uso que, con toda probabilidad, habría tenido en sus inicios.

Un ring presidía el centro del espacio. Pensó en Ferrer, luchando contra el Ángel y luego contra Dragos. También se imaginó a Acero; seguramente se habría subido en más de una ocasión a uno como aquél; tenía musculatura de boxeador y las cicatrices de su cara bien podían proceder de ese tipo de peleas clandestinas, en las que apenas había reglas.

A la izquierda, una lujosa barra de bar en color negro, tras la que brillaba una gran pared de cristal. Sonrió a Viktor como si estuviese acostumbrada a ese tipo de locales, al lujo que desprendían los clientes y las *escorts* que los acompañaban.

—Ahora sí que nos entendemos. —Sonrió a Viktor.

—Diviértase, Tres.

—Estoy segura de que lo haré —contestó con la mirada brillante por la

expectación.

Caminó con paso cada vez más decidido, más segura de sí misma; algunos hombres giraron la cabeza al verla y silbaron con poco disimulo, pero no se detuvo; quería ir con calma, averiguar todo lo que pudiera, meterse en el ambiente... así que guio sus pasos hasta la barra, se sentó en un taburete y pidió un gin-tónico.

—¿Nueva, verdad?

La voz del joven tras la barra la hizo volver a la realidad, esa en la que era una guardia civil de incógnito dentro de un antro lleno de todo tipo de personas.

—Si te refieres a si es la primera vez que vengo aquí, sí, así es. ¿Se me nota mucho, guapo? —coqueteó, rezando por acordarse de cómo hacerlo.

—Un poco. Soy Lyonya —dijo con un marcado acento ruso—, pero puedes llamarme Lyon.

—Mi nombre es Tres.

—¿Tres? Interesante. ¿Has venido sola?

—Sí, aunque espero irme bien acompañada.

—La mejor forma de conseguir un buen «amigo» por aquí es la barra.

—¿La barra?

—Sí; todas las noches algunas jóvenes la usan para bailar y mostrar sus encantos, así consiguen a los que más dinero tienen.

—Parece que no es ningún secreto a qué venimos.

—Aquí es legal. Todo el que viene está cometiendo algún tipo de delito: apuestas —explicó señalando las mesas de cartas y las ruletas—, peleas cuya única regla es que no hay ninguna regla —sonrió señalando con la barbilla el ring— y mujeres hermosas dispuestas a compartir su cuerpo por unas horas, a cambio de la suma de dinero adecuada.

»Aquí los clientes se sienten a salvo, porque todos vienen a lo mismo y acusar a alguien sería como acusarse a sí mismos... así que todos nos divertimos, nos quitamos la máscara que llevamos durante el día y vivimos fuera de las normas que nos impone la sociedad.

—¿Y qué hay de ti? ¿Un chico joven y atractivo que sólo sirve copas? ¿Dónde está tu delito?

—Eso es un secreto que te costará mucho descubrir.

Trudy rio, provocándolo. Parecía dispuesto a hablar, pero ¿conseguiría que le

dijese algo interesante?

El chico la dejó a solas en cuanto otro cliente se acercó a pedir y enseguida se dio cuenta de que parecían hablar de ella; eso la puso nerviosa. El tiempo pasaba demasiado deprisa para Vanesa y demasiado lento para ella, ¿cómo era siquiera posible?

Las luces perdieron intensidad y de repente el silencio se hizo a su alrededor, como si alguien hubiese pulsado un botón automático de apagado. Un foco dio de lleno sobre la enorme barra y oyó la seductora voz de Lyon pidiendo voluntarias para lucir sus encantos.

Trudy no tenía la intención de bailar, otra vez, pero ver que el hombre que había hablado con el camarero se acercaba a ella le dio unos ánimos que, sin embargo, se podían esfumar tan aprisa como la ginebra de su copa. Dio un sorbo para vaciar el contenido de ésta y bajó del taburete, contoneándose de manera provocativa.

Primero, silencio; todos esperaban a ver cuál iba a ser su siguiente movimiento. Trudy dejó que la música, una canción que nunca había oído, se colara por sus terminaciones nerviosas. Acarició la superficie metálica con las manos, adorándola... como si fuera el sexo de un hombre al que deseara; después la lamió, arrancando un jadeo a más de un supuesto potencial cliente y alguna que otra crítica por parte de las mujeres a las que hacía la competencia.

Cerró los ojos y se dejó llevar; en un momento dado, volvió a abrirlos y se encaramó sensualmente a la barra, para luego bailar encima de ella con los ojos cerrados, imaginándose que su único espectador era Nacho. Ese baile que nunca disfrutaría sería para él.

Cuando terminó, al abrir los ojos de nuevo, vio cómo algunos de los presentes la miraban relamiéndose; era lo peor de esos casos, tener que ver cómo los depravados se creían con el derecho de poder usar los cuerpos femeninos para satisfacer sus apetencias sexuales. ¿Nunca iban a erradicar esa plaga?

Los aplausos se sucedieron y Trudy hizo una elegante inclinación para dar las gracias. Al final, sus clases de danza le estaban sirviendo más de lo que en un principio imaginó.

Se bajó de la barra embriagada por todo lo que la rodeaba, cuando el camarero con el que había hablado antes se acercó a ella y la cogió del brazo más fuerte de lo que debería.

—Acompáñame; estás de suerte, el jefe se ha interesado en ti. No puedo decir que me sorprenda, siempre se queda a las mejores.

De nuevo, la sensación de estar reviviendo el caso de Dragos la golpeó con fuerza en el estómago, pero no dijo nada, tan sólo sonrió y se dejó guiar.

Quizá tuviese suerte y descubriera dónde tenían a Vanesa, o tal vez había metido la pata al infiltrarse en ese lugar sin más protección que una pequeña navaja, que más se asemejaba a un cortaúñas que otra cosa, para tratar de averiguar ella sola algo que parecía tener muchos hilos sueltos dentro de la madeja.

CAPÍTULO 22

Trabajaban a contrarreloj. El informático estaba tardando una eternidad en tratar de descubrir desde dónde emitían.

Acero se impacientaba cada vez más, y Ferrer y Cobos ya se habían ido al pub de mala muerte para entrar en el momento que hiciera falta sacar a Trudy de allí.

Los minutos no dejaban de volar a toda velocidad en la cuenta atrás del marcador de la subasta. Por un segundo se perdió en la aterrada mirada de Vanesa; parecía confundida, pero ¿cómo no estarlo cuando te ocurre algo así?

Acosta tenía que haberse asegurado de que ella iba a estar bien, aunque codeándose con gente de esa calaña uno nunca estaba a salvo. Una vez que entrabas en contacto con ellos, debías vigilar la espalda para siempre.

Miraba con fijeza la pantalla, procurando grabar cada detalle de lo que la cámara le mostraba. La visión era borrosa. La tenían en una habitación a oscuras y no se veía apenas nada. Lo que más destacaba era la claridad de sus ojos, y sabía que nunca iba a olvidar esa mirada perdida y asustada.

Entonces la cámara hizo otro de sus recorridos; cada diez minutos exactos realizaba un pequeño barrido, aunque nunca perdía de vista a la mujer. Se fijó en el contador; quedaban diez horas para que acabara la subasta. Eso no era suficiente, no podría llegar a tiempo y, por tanto, iba a perderla. Iba a fallarles, a ambos. ¿Qué le diría Acosta si pudiera? Se sentiría decepcionado con él.

Le había enseñado, entre otras cosas, que se podía confiar en las personas, que a veces la gente tenía mala suerte y perdía a sus padres a temprana edad, como le sucedió a Vanesa, como le había pasado a él mismo, pero que no había que guardarle rencor a la vida ni a los muertos. No era culpa de nadie. Lo que

sucedía era que la vida no era justa y, cuanto antes uno se diera cuenta de eso, más fácil sería vivir con ello.

De pronto, sumido en sus pensamientos, lo vio. Sabía dónde estaba. Lo acababa de descubrir. ¿Cómo no había caído en ello antes? Porque hacía muchos años de aquello. La tenían encerrada bajo El Almacén, en una de las habitaciones que Niklas había usado para guardar la droga y para follarse sin interrupciones a las pobres incautas que intercambiaban sexo a cambio de una dosis, como Leila en los últimos días, cuando la adicción la consumía a pasos tan grandes que no eran capaz de frenarla.

—¡Joder! ¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¡Avisa a todas las unidades! ¡Vamos a por ellos! —gritó mientras apuntaba en una hoja de papel la dirección para dejársela a su compañero.

Y, sin más, salió a toda prisa del despacho para dirigirse al sitio donde la tenían retenida; sólo esperaba poder sacarla ilesa, porque no podría vivir con otra pérdida sobre sus hombros.

* * *

Vanesa no sabía qué hacer; quería llorar, pero ¿de qué le serviría? No tenía muy claro dónde estaba, pero sabía qué hacía allí. La iban a subastar. Estaba segura de ello. No oía nada, sólo su respiración y el denso silencio que parecía gritarle en los tímpanos. Pensó en Acero; no había dejado de hacerlo ni un segundo... en sus encuentros. Al menos, si tenía que morir, se llevaría eso a la tumba. Había disfrutado junto a él. Aunque a veces le resultara odioso, no podía evitar reconocer que había algo entre ellos, a pesar de su diferencia de edad, a pesar de que no merecía el amor de nadie.

¿Cómo iba a recibir amor una persona que había sido capaz de alegrarse de la muerte de su propia madre por culparla de su accidente? No, el amor no era algo que ella mereciera. Se había ganado todo lo que le estaba pasando, y por eso aceptaría su destino sin protestar.

Aguardaría paciente a que llegase su hora. Le daba igual si acababan con su vida o si la utilizaban. De todas formas, no tenía alma, así que, ¿qué más iban a poder arrebatarse?

* * *

Trudy caminaba nerviosa. El joven camarero la había conducido a través de otra puerta metálica de seguridad camuflada tras la barra. Daba la sensación de que aquel sitio no tenía fin. Con toda probabilidad el edificio entero y los sótanos eran de ellos; se temía que incluso hubiesen hecho más habitaciones fuera de los planos oficiales, para que nadie que ellos no quisieran tuviese conocimiento de esos lugares.

De nuevo iba contando los pasos, fijándose en cada tramo del camino; no había perdido las viejas costumbres.

—Pasa —ordenó el chico abriendo otra puerta.

Trudy entró con fuerza gracias, en parte, al empujón que el joven le propinó. Cuando recuperó el equilibrio, se vio dentro de un pequeño despacho. Había una gran mesa de madera, se notaba que era cara, y un sillón de piel del que sólo veía el respaldo y el cabello oscuro de la persona que lo ocupaba, pero que le daba la espalda. Hizo un rápido escaneo en busca de las posibles vías de escape, pero la única era la puerta de seguridad que Lyon acababa de cerrar tras ella.

Estaba atrapada, con sólo un... cortaúñas. Se había vuelto a meter en un lío de los gordos. Si salía con vida de ésa, estaba segura de que Nacho iba a matarla. O, peor, la iba a enviar a un convento. La quitaría de en medio. Estaba convencida de que iba a hacer todo lo que estuviese en sus manos para que nunca más saliera de la oficina, la enterraría en papeleo.

El sillón se fue dando la vuelta con una lentitud deliberada que logró que su corazón se ralentizara hasta latir al mismo pausado ritmo. No sabía qué iba a suceder. No sabía qué hacer.

Estaba en un estado extraño, ese en el que asumía cada vez más el peligro real que la acechaba. Tenía miedo y a la vez estaba excitada. Siempre le sucedía eso cuando no tenía ni idea de lo que le esperaba. Y, desde luego, no se esperaba para nada a la persona que estaba sentada en ese sillón y, a la vez, era justo quien esperaba.

—Trudy, estás preciosa. Como siempre. Está siendo una noche cargada de sorpresas —susurró complacido al ver la cara de desconcierto de la mujer que tenía frente a él—. Me alegro de verte.

Trudy permaneció imperturbable, tranquila; en cierta forma se había

imaginado que el jefe del que el joven barman había hablado fuese Marcos, ¡maldito hijo de perra! Debería haber dejado que Nacho lo encontrase y lo... matase.

No se merecía la posibilidad de redención, era un jodido cabrón que disfrutaba haciendo el mal.

Apretó las manos en dos firmes puños y trató de guardar la compostura. Intentaría mantener una calma que estaba muy lejos de sentir en ese preciso momento en el que lo que de verdad deseaba hacer era golpear a ese hijo de puta hasta dejarlo fuera de juego.

—Siento no compartir el sentimiento. La verdad es que no debería extrañarme verte aquí. Siempre lo supe, pero estaba cegada. —Sonrió sin mostrar emoción alguna.

—¿Qué supiste siempre? —preguntó interesado, inclinando su cuerpo hacia el de la teniente.

—Que no eras trigo limpio; aun así, me dejé enredar por los hilos de tu enmarañada madeja, quizá tratando de desenredarlos, de devolverlos a su lugar correcto, pero no se puede cambiar a alguien a quien le gusta estar liado y torcido.

—¿Me estás comparando con un hilo?

—Con uno enredado, retorcido.

—Me sigue excitando tu descaro. Ese Ferrer es un hijo de puta con suerte. Espero que te esté tratando bien.

—¿Y eso me lo dices tú? —Sonrió.

—Trudy... lo que sentí por ti fue real, tal vez no lo demás, pero lo que había entre nosotros... —murmuró levantándose del sillón para acercarse a ella.

La teniente permanecía estática. Todo parecía sacado de una pesadilla. Quería moverse, reaccionar, pero no podía mover los pies; de repente, sus piernas se habían convertido en dos columnas de cemento que no podía desclavar del suelo.

Marcos se acercó a ella y acarició con sus manos infectas uno de los mechones de Trudy para llevárselo tras la oreja. Después dejó vagar sus dedos por el cuello y acercó sus labios a éste.

Ella quería golpearlo con fuerza en las pelotas y ponérselas por corbata, pero debía esperar e iba a hacerlo. No era la ingenua de antes, había madurado, y

aguardaría su oportunidad. Después de todo, la navaja que llevaba escondida le iba a servir; no iba a terminar con él, claro estaba, pero pensaba hacerle un buen regalo, una marca que le recordaría siempre ese momento en el que ella le dejaba claro que sólo era escoria.

Sintió extraña la boca de Marcos sobre la piel, acostumbrada como estaba a los labios de Nacho, pero aguantó las arcadas incluso al notar sus labios poseer su boca con ansia... con un hambre voraz.

Sus labios siguieron su juego, Trudy los obligaba, y, cuando notó que Marcos sonreía creyéndose ganador, cogió con disimulo la pequeña navaja y se la clavó con vigor en la cara. Sin duda le había traspasado la carne de la mejilla, porque ella misma pudo probar el sabor metálico de la hoja en su lengua.

Marcos gritó, la empujó y, con los ojos desorbitados por la sorpresa, la golpeó con rudeza en la cara.

—¿Qué has hecho, maldita zorra?

—Darte un regalo, así nunca me olvidarás.

Marcos, furioso como nunca, la agarró del pelo y la arrastró hasta una de las habitaciones. Trudy pateaba y se revolvió, inquieta, tratando de soltarse, pero él, a pesar de estar herido, no había perdido fuerza, sino todo lo contrario, pues parecía que ésta había aumentado con el corte.

La sangre de Marcos iba goteando por el suelo y Trudy se encargaba, con su cuerpo, de arrastrarla junto a ella, dejando un perturbador sendero similar a uno hecho con migas de pan.

—Ahora no habrá compasión —afirmó con la voz seria y tranquila, lo que hizo que Trudy se sacudiera de miedo.

Abrió una puerta y la empujó dentro, para acto seguido cerrarla. Trudy, en el instante en el que se fue y la dejó sola en esa habitación a oscuras, dejó que la rabia que guardaba dentro saliera por sus ojos a raudales.

—¿Quién está ahí? —oyó de pronto la voz de una mujer.

—Vanesa, ¿eres tú? —preguntó con la voz trémula.

—Sí, soy Vanesa. ¿Quién eres?

—Soy la teniente Arias. He venido a sacarte de aquí.

—¿De verdad? —preguntó con un hilo de esperanza cosiendo sus palabras.

—De verdad, lo que pasa que no lo vamos a tener fácil —murmuró acercándose despacio para que sus ojos se acostumbrasen a la falta de luz.

—¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, eso ha sido sencillo; te tienen en un lugar que Acero conoce, espero que estén cerca y que den con nosotras.

—¿Cómo van a encontrarnos?

—Creo que tu padre dejó pistas más que suficientes como para que localicen este sitio. Han sido listos, estos hijos de perra; han creado una red subterránea para llevar a cabo todos sus trapicheos que nadie conoce.

—¿Y ahora?

—Ahora esperaremos a que lleguen los buenos.

* * *

Acero no había hecho más que aparcar cerca del pub cuando una llamada de su despacho entró en el móvil.

—¿Qué coño pasa ahora?

—Capitán, esto no le va a gustar.

—¿Qué sucede?

—Han metido a otra mujer en la subasta y las pujas se han disparado. «Dos por una», han llamado a esta sala, y creo que el teniente Ferrer se volverá loco cuando descubra quién es ella.

—Mierda, han cogido a Trudy.

—Bingo.

—Está bien. Envía a todas las unidades que estén cerca y a todo el personal que tengamos disponible; se va a liar una bien gorda aquí y no quiero que ningún cabrón se escape.

—Señor, sí, señor. Me pondré manos a la obra.

—¿Serás capaz de identificar a alguno de los que pujan?

—Eso va a ser una tarea casi imposible, señor.

—Está bien, nos conformaremos con cerrar esto.

Acero entró en el antro y pudo ver a Ferrer vestido como un luchador. Llevaba una sudadera con la capucha levantada, ocultando parte de su cabeza; su pecho descubierto dejaba ver la suave y fina capa de vello y su musculatura trabajada. Sin ropa era impresionante, daba miedo. Cobos esperaba sentado tomando una cerveza, disimulando estar pendiente de las noticias.

Viktor parecía estar evaluando a Ferrer cuando Acero los interrumpió.

—Se acabó todo, Viktor. Llévame a donde las tienes. Esto termina hoy, para ti y para todos los que están dentro. Es una redada.

Aunque susurró las palabras, los clientes más cercanos intuyeron que algo pasaba e intentaron huir despavoridos hacia la calle, pero su intento de fuga resultó en vano, pues los refuerzos habían llegado y se colaron en el local, cerrando el paso a todos los que merodeaban por allí y empezando a hacer arrestos.

—¿A quiénes tienen? ¿A Arias? —preguntó Ferrer tratando de sonar indiferente frente a Viktor, pero Acero pudo ver cómo le temblaban las manos y supo que más de uno iba a salir mal parado.

—¿Acero? ¡No me jodas! ¿Eres uno de ellos?

—Siempre.

—Nos engañaste bien, Volk, aunque no puedo decir que no se me hubiese pasado por la cabeza.

—Era mi trabajo.

—¿Leila lo sabía?

—No, y, si te lo preguntas, la quise de verdad. Ahora ahórrame tener que partirla la cara a un viejo amigo y abre la puerta de El Almacén.

Viktor quería resistirse, pero no tenía ningún sentido: todo estaba lleno de guardias civiles y, en concreto, lo asustaban los tres que lo miraban retándolo a rebelarse; seguro que estarían encantados de romperle algunos huesos y ya estaba algo viejo para esas cosas.

—Está bien, os abriré.

Viktor cumplió su palabra y dejó que las fuerzas de la ley entrasen para comenzar a dismantelar todo el local. Tomaban declaraciones y ponían esposas a una velocidad de vértigo, mientras que Acero, Ferrer y Cobos buscaban alguna pista de Trudy y Vanesa.

—Viktor, será mejor que me digas dónde está la inspectora Arias; si no, las cosas se van a poner más feas todavía.

—¿Era una inspectora? ¿Ese bombón que dijo que su nombre era Tres?

—¡Demonios! —exclamó Ferrer—. ¡Esta mujer va a acabar conmigo! ¿Dónde está?

—¿Es ella?

—Sí; ha usado el mismo nombre que utilizó para una de sus misiones. Fijo que es Trudy.

—Pues parecía una puta cara de verdad —soltó Viktor con sinceridad.

—¿Qué coño has dicho?

—Tranquilo, tranquilo, agente. No lo he dicho con ánimo de ofender, es que la chica me ha engañado pero bien, ha hecho un buen trabajo. O puede que esté demasiado viejo para estas tonterías.

—Dinos dónde está.

—El camarero se la llevó al nuevo jefe; en cuanto la vio, la pidió para él.

—¿Y dónde está ese nuevo jefe?

—¡Viktor! ¡Necesito que llames a un médico! —interrumpió de repente una voz que llegaba desde una puerta de seguridad—. Esa malnacida me ha clavado una navaja en la mejilla. ¡Me ha rajado, la muy hija de puta!

Todos se quedaron en silencio mirando al propietario de la voz. Ferrer no pudo evitar apretar los puños con fuerza, igual que los dientes. Tenía la mandíbula desencajada. La sangre hervía dentro de él, desatando al Khaos que siempre trataba de mantener a raya, pero en ese instante no podía. No podía dejar de preguntarse qué era lo que le había hecho a Trudy después de que ella le desfigurara la cara. Aunque, por ese detalle, su chica se merecía un premio.

CAPÍTULO 23

Marcos levantó la mirada y se encontró con algo que no esperaba, aunque en realidad tampoco podía decir que lo sorprendiera del todo. Era predecible que Trudy no hubiese ido allí sola, pero el deseo que había sentido al verla de nuevo lo había cegado y por ese error ahora iba a pagar las consecuencias. Lo habían pillado con las manos en la masa y esa vez, estaba convencido de ello, no iba a poder escaparse con tanta facilidad.

Lo podía ver escrito en la mirada de Ferrer. Sus ojos parecían tener el color rojo de la furia, de la muerte que esperaba a su presa relamiéndose.

En eso se había convertido, en la presa de esa bestia que le había arrebatado a Trudy.

Antes de poder huir, Ferrer lo tenía a varios centímetros del suelo contra la pared y no dejaba de sacudirlo como si fuese una alfombra.

—¿Dónde está?

—No sé de qué coño me hablas, Ferrer.

—Última oportunidad, ¿dónde cojones la tienes?

Marcos pensó en mentir, no en vano trabajaba para Dragos, pero no podía hacer nada. De todas formas iban a averiguar dónde las tenía, todo había terminado. Esa vez nada lo salvaría y tenía la espalda destrozada por los golpes contra la pared que Ferrer le propinaba, pero antes debía obtener alguna ventaja.

—Quiero algo a cambio.

—No te encuentras en disposición de exigir.

—Quiero estar a salvo, si no... ellos... acabarán conmigo.

—Parece que tienes miedo, Marcos.

—No sabes qué puede hacerme esa gente.

—Tampoco sabes qué soy capaz de hacerte yo.

—Por favor... —balbuceó—. Sólo quiero que me encerréis lejos de ellos.

Ferrer notó que no iba a seguir oponiendo resistencia y que estaba a punto de colaborar; entonces percibió un líquido dorado ensuciar el suelo y supo que Marcos no valía nada. Se había meado en los pantalones.

—Están en la sala de seguridad que hay al final del pasillo. Tengo que llevaros yo, sólo se abre con la huella dactilar de mi dedo.

—No hará falta —rugió Ferrer mientras le cortaba el dedo con su navaja.

El aullido de Marcos paralizó el griterío que inundaba la estancia. Todos se quedaron en silencio, incluidos los compañeros guardias civiles. Con el dedo en la mano, se dirigió hacia la puerta de seguridad junto con Viktor, seguro de que éste conocía la contraseña.

—Ten —dijo Cobos lanzándole un pañuelo—, aprieta fuerte, no vaya a ser que tengamos la gran desgracia de perderte.

Marcos se quedó tirado en el suelo, con la herida sangrando y él intentando detener la hemorragia mientras gritaba sin cesar, pidiendo a un médico. Ahora tenía una herida en la mejilla, un dedo menos y un charco de meados que lo empapaba.

—Viktor, no estoy de broma —dijo Acero, serio—: Abre la puerta y llévanos hasta la sala.

El hombre no hizo nada para entorpecer el camino a los agentes, marcó el número de acceso a la puerta y, después, los llevó hasta la sala en la que Ferrer, con una frialdad que daba miedo, colocó el dedo de Marcos para abrir la puerta que lo separaba de la mujer que amaba.

En cuanto ésta se abrió, prendieron la luz y las vieron allí, Trudy abrazaba a Vanesa, que seguía maniatada a la silla, consolándola. Estaban bien. Era lo único que les importaba. Estaban bien.

—Voy a matarte, agente Arias —gritó Ferrer enfadado, señalándola con el dedo de Marcos aún en sus manos.

—Yo también te quiero, Nacho —murmuró sonriendo al verlo.

Se puso en pie con esfuerzo, ya que las piernas no la sostenían, y se dejó caer en los fuertes brazos del hombre que siempre estaba ahí para ella.

—Sabía que vendrías, sabía que nos sacaríais de aquí.

—Nunca lo dudes, nena; aun así, voy a matarte.

—Nacho, ¿qué es eso? ¿Es un dedo? ¡Te han cortado un dedo! —gritó de repente fuera de sí.

—No, es del cabrón de Marcos. Lo necesitaba para abrir la puerta.

Todo era una locura, pero era su locura y los dos se abrazaron y dejaron que una risa histérica los contagiase.

Mientras, Acero se había agarrado al quicio de la puerta. Nunca, jamás, había sentido tal alivio. Creyó que iba a caer sobre el pavimento. Estaba bien. Ella estaba bien, y eso lo alegraba tanto que sintió un nudo en la garganta y unas inmensas ganas de... ¿abrazarla?

No, no iba a hacer eso.

Se acercó hasta ella y la liberó de sus ataduras.

—¿Has venido? —murmuró incrédula.

—No podía dejarte aquí.

—Gracias. Me has salvado.

—Es mi trabajo.

—Lo sé, capitán, no se me olvida.

—¿El qué?

—Que contigo es sólo una vez.

* * *

Los compañeros fueron sacando a todos los que estaban en el local. El cuartel quedó hasta los topes; era un asunto que no iba a tardar en atraer la atención mediática del país entero, no todos los días se desarticulaba una banda que subastaba mujeres, entre otros objetos, en la Deep Web, algo que hasta el momento sólo habían sido rumores. Ahora ellos habían demostrado que era real y lo habían destapado.

La condena de Dragos iba a alargarse considerablemente; tal vez, después de eso, se le quitaran las ganas de seguir delinquiendo. Aunque mucho se temía que Dragos era de la vieja escuela, de esos que morían con las botas puestas.

También fue toda una sorpresa descubrir la red de túneles que parecía no tener fin y que daba al lujoso hotel que les hacía de tapadera y les ayudaba a blanquear parte del dinero. Había tantos imputados que ese caso les llevaría mucho tiempo.

* * *

Al día siguiente, todos se reunieron en el cuartel, incluidas Soledad y Vanesa, algo más tranquila después del infierno que había pasado.

Allí hablaron de todo lo que habían descubierto gracias a su padre y de los años que les caerían tanto a Niklas como a Dragos, que no dejarían la prisión hasta que lo hicieran en un ataúd.

Marcos tampoco iba a tener un futuro mejor, eso contando con que Dragos no se las apañase en la cárcel para que sufriera un accidente.

Ferrer, después de que le insistieran mucho, devolvió el dedo, pero esperaba que hubiera sido demasiado tarde y que no se lo pudieran coser de nuevo. Era un pequeño castigo por todo lo que había hecho.

Acero había declarado que actuó en defensa propia, cuando trataba de protegerse; tenía que ocultar el leve detalle para evitarle problemas a Ferrer, y nadie puso en duda su declaración, que, además, fue apoyada por Cobos.

Ferrer y Trudy se despidieron de todos una vez terminado el enorme papeleo, ya no les quedaba nada que hacer allí. Así que, abrazados, dejaron el cuartel de Málaga y regresaron a Almería, donde pensaban tomarse unos días libres. Necesitaban desconectar y relajarse. Tal vez fuesen a un balneario.

Cobos y Soledad también se marcharon entrada la tarde, no se habían movido de allí en todo el día. Había muchos papeles que rellenar, testimonios que tomar y miedos de los que hablar.

Cuando al fin Acero y Vanesa se quedaron a solas, la luna empezaba a brillar en el cielo con la fuerza que les había robado a ellos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Supongo que regresar a casa y quizá empezar a trabajar. He pensado crear un bufete dedicado a trabajar con mujeres que han sufrido abusos de cualquier tipo.

—Lo harás genial. Estoy seguro de ello.

—Gracias, Carlos. Por todo.

Acero oyó su nombre en la boca de esa mujer que había aparecido de repente en su vida y lo había puesto todo patas arriba y sintió que su corazón latía de nuevo; despacio, pero era como si fuese cogiendo ritmo.

Quería decirle algunas cosas que le habían rondado por la cabeza durante las horas que había estado secuestrada. Quizá había llegado el momento de intentarlo, de darse una oportunidad. Ya tenía edad para ello.

—Vanesa —comenzó a decir, y carraspeó nervioso.

—¿Sí, capitán?

—Prefiero que me llames Carlos, por lo menos cuando estemos solos.

—Está bien. ¿Sí, Carlos?

—He estado pensando en...

—¿En qué? No te preocupes por lo de la herencia, no voy a impugnarla. Si mi padre quiso que todo fuese para los dos, estoy de acuerdo. Te debo mucho más de lo que mi padre te ha dejado, te debo la vida.

—No, no es eso. Es... la verdad... Vanesa —Acero dudó, tampoco tenía claro lo que quería decir, todo había pasado demasiado rápido y en muy pocos días—, espero que todo te vaya bien.

—Gracias, igualmente.

—Ya nos veremos.

—Supongo.

Y con esa despedida tan fría, Vanesa abandonó el despacho de Acero y, al hacerlo, supo que había dejado algo de ella para siempre entre esas cuatro paredes.

* * *

Había pasado más de una intensa semana, en la que Acero y Cobos no habían tenido ni unos minutos de descanso; el papeleo, los interrogatorios, hablar con la prensa... todo había sido de locos. Habían acabado, por fin, con una gran enfermedad para la que parecían haber encontrado la vacuna adecuada.

Acero no había sido el mismo durante esos días; había cambiado de apartamento, porque, cada vez que miraba ese maldito agujero, se acordaba de ella y lo ponía de mal humor. No entendía por qué, pero era como... como si la echara de menos.

—¿Qué pasa, capitán?

—Nada, ¿tiene que pasarme algo?

—Llevas unos días, desde que se fue Vanesa, para ser exactos, insoportable.

Todo te molesta. Y, no me jodas, no es por el caso.

—Jose... —suspiró en señal de rendición tras sopesar las palabras de su amigo—, es que no sé cómo actuar. Sé que apenas la conozco, que todo ha sucedido muy rápido y sin duda no en las mejores condiciones, pero... no me la quito de la puta cabeza.

—¿Y qué te impide intentarlo? Nadie puede asegurar nunca que algo acabe con éxito o no, pero, si no lo intentas, desde luego, siempre te quedarán las dudas.

—Es la hija de Acosta. Además... es una cría.

—Primero: que Acosta fuera como un padre para ti no lo convierte en tu padre, por lo que no tienes ninguna relación ni legal ni de consanguinidad con Vanesa. Segundo: ¿una cría? ¡Tiene treinta años!

—Le saco diez, ¿te parece poco?

—Me parece que el que tiene pinta de estar comportándose como un crío eres tú, Carlos. No creo que la diferencia de edad deba o no ser importante en una relación.

—¿Una relación...?

—Vamos, ¿Acero sintiendo miedo?

Éste se quedó abstraído; miraba hacia la ventana que daba a la calle y apoyó las manos en la cristalera. Descansó la frente en la superficie y cerró los ojos, dándole vueltas a todo. Era verdad que no había podido dejar de pensar en la pelirroja y, peor aún, cuando había llamado a Raquel para aliviarse con ella, no había podido. Todo un desastre. Ni siquiera se le había levantado.

—Por si te interesa, dentro de un rato Soledad va a verse con Vanesa. Van a trabajar juntas en un nuevo proyecto que Vanesa quiere sacar adelante para ayudar a las mujeres que han sido víctimas de abusos. Soledad va a echarle una mano con todo el tema psicológico.

—¿Va a estar aquí?

—Sí, han quedado para hablar de negocios. Ve. Ve tú en lugar de Soledad; la llamaré y le diré que no se presente; que me dé la dirección y hablas con ella. Te mereces ser feliz, deja de recrearte en la mierda del pasado.

Sabía que Cobos tenía razón, hacía lo mismo por lo que había increpado a Vanesa tantas veces. Quizá era hora de dejar su pasado atrás y ver a dónde lo llevaba el resplandor rojo que lo visitaba en sueños.

* * *

Vanesa llegó a la cafetería en la que Soledad la había citado. Miraba nerviosa el reloj y las mesas, buscándola; llegaba tarde, pues había pillado tráfico al salir de Sevilla. Si Soledad pensaba trabajar con ella, iba a tener que alquilarse, o comprar, una vivienda en Málaga. Ahora el dinero no era problema y, aunque su padre lo había ganado de forma poco honrada, ella iba a reutilizarlo para ayudar.

—Hola, Vanesa.

Al oír esa maldita voz que siempre conseguía erizarle el vello de la nuca, se dio la vuelta hasta toparse con la mirada afilada de Acero. Estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros que le sentaban a la perfección y una camisa a medio abrochar y remangada hasta los codos. En la mano, su chaqueta de cuero. Parecía serio.

—Carlos, ¿qué haces aquí?

—Quería volver a verte.

—Volver a verme, ¿a mí? ¿Hay algún problema con la herencia? ¿Es por el caso?

—No, tan sólo quería verte. Hablar contigo. Sentémonos, por favor.

Ella obedeció sin rechistar, entre otras cosas porque no salía de su asombro. ¿Qué era lo que Acero quería de ella? ¿Dónde habían quedado su arrogancia y seguridad?

—Tú me dirás —inició la conversación una vez sentada.

—Ya te lo he dicho, quería volver a verte.

—Verme...

—Sí, verte. Quedar. Salir juntos. Tener una cita.

—¿Quieres tener una cita conmigo? ¿Una cita de esas que tienen las personas que se gustan?

—Eso parece.

—¿Vas a romper tu norma por mí?

—¿Qué norma?

—Esa de sólo una vez.

—Ésa la puse sólo para ti.

—Qué honor.

—Sé que no me porté como debía; la verdad es que había cosas que me parecían una barrera insalvable entre los dos.

—¿Y ahora ya no es así?

—Ahora no tanto.

El silencio los cubrió de nuevo, pero esta vez no resultaba un silencio incómodo, sino uno que brillaba con esperanza para ambos.

—No sé a dónde nos llevará esto —continuó diciendo—, ni siquiera sé si tú estarás de acuerdo, pero me gustaría empezar de cero.

—Carlos, ya sabes que yo no soy como las demás.

—Lo sé, por eso creo que lo nuestro podría funcionar.

—Sí, la Bella y la Bestia —musitó.

—Bueno, en nuestro caso no se sabe a ciencia cierta quién es la Bella y quién la Bestia. —Sonrió al sentirla cerca.

Vanesa estaba confusa; no era la cita que esperaba y no estaba preparada para eso. Se levantó pensando en las noches que había pasado perdida en su recuerdo y cómo le había dolido no poder verlo. No sabía si ahora quería o podía seguir adelante con esa propuesta.

Acero la agarró por la muñeca al pasar por su lado y la acercó. Sus cuerpos estaban tan cerca que el calor se sentía entre ellos; él no pudo resistirse y acarició un mechón rojizo, que luego colocó detrás de la oreja femenina para después dejar que sus dedos acariciaran la zona quemada de la mejilla de Vanesa.

—Déjame intentarlo. No voy a hacerte promesas, sólo puedo decirte que me he dado cuenta de que prefiero enfadarme contigo que estar con otra; de hecho, no he podido hacerlo. Mi gatillo se ha negado a disparar.

Vanesa escuchó atónita esas palabras, no era para nada lo que esperaba oír, pero eso le sacó una carcajada de las de verdad, una que le hizo lagrimear de risa y sentir cómo sus pulmones se ensanchaban.

—Supongo —dijo una vez que pudo controlar el ataque de risa— que podemos ver a dónde nos lleva esto y averiguar si ciertamente tienes el arma encasquillada.

Y tras esas palabras, Vanesa se dejó llevar y se fundió en un largo y abrasador beso que la llenó de un nuevo sentimiento que no había experimentado antes y que estaba dispuesta a arriesgarse a conocer. Un sentimiento cálido, un

sentimiento con olor a hogar.

EPÍLOGO

Había llegado el día, después de mucho esfuerzo, en que inauguraban su proyecto. La asociación Nunca es Tarde abría sus puertas, y Soledad y Vanesa no podían estar más radiantes. Habían trabajado muy duro, y Soledad estaba a punto de diplomarse en psicología. Harían un gran equipo y ayudarían a todas las mujeres que necesitaran de su colaboración y conocimientos.

Sentía que por fin era útil y desde hacía algún tiempo también había perdido esa sensación de que la gente la miraba con repugnancia; por el contrario, había encontrado muchos amigos y buenas personas que no veían en ella esas marcas, sino a la persona que había debajo de las capas de piel dañada.

Acero la miraba con el orgullo bailando en sus ojos. Estaba loca por él. Lo había estado desde el principio, ¿para qué negarlo?, aunque no había sido consciente de cuánto hasta unas semanas después de empezar a salir como pareja. Había conocido a un Acero más tierno, más vulnerable, más atento... uno que le hacía el amor de forma apasionada y la dejaba sin aliento. Desde luego su arma seguía funcionando a la perfección.

Soledad se había convertido en su socia y mejor amiga. Eran casi inseparables y en ella había hallado una fuente de inspiración y fuerza que la ayudaba a seguir adelante con una gran sonrisa tatuada en la cara. Era como una hermana y le gustaba tenerla en su vida.

—La fiesta está resultado ser todo un éxito, roja.

—Eso parece, lobo.

—Ahora mismo...

—¿Qué?

—Este lobo se llevaría a Caperucita a uno de los baños y metería el hocico

dentro de su cesta, huele que alimenta.

Vanessa sonrió y besó a Acero con la promesa implícita de que ese deseo se haría realidad un poco más tarde.

* * *

Tras varios meses, seis para ser más exactos, por fin había conseguido saber algo de Elisa. Se lo habían puesto difícil, pero no había tirado la toalla.

Se había trasladado a Cádiz; allí vivía una vida discreta junto al hombre que la había seguido y que se había convertido en el amor de su vida.

—Tres —dijo al verla, sin poder contener la emoción.

—Elisa —contestó emocionada—, llámame Trudy.

—Te veo bien.

—Y yo a ti.

—¿Qué sucede? Imagino que algo grave para que hayas removido cielo y tierra para dar conmigo.

—Hace varios meses, vi a Dragos.

—¿Por qué?

—Estábamos investigando un caso y él estaba detrás de ese asunto.

—No puedo decir que me sorprenda.

—No, yo tampoco lo hice. Fui a verlo a la cárcel.

—Espero que lo estén tratando fatal.

—Me gustaría decirte que estaba en mal estado, pero mentiría. Estaba en buena forma y se lo veía saludable.

Elisa comenzó a caminar por la orilla y dejó que el sonido embriagador de las olas calmase el maremoto que acababa de despertarse en su interior.

—¿Qué sucede, Trudy?

—Te busca.

—Supongo que no se va a cansar nunca de hacerlo.

—Espero que, después de la que le ha caído encima, pues, a causa de este nuevo caso que te he comentado, muy probablemente aumentarán su condena a perpetua, te deje en paz, pero también busca a Tereza... y no he sido capaz de dar con ella.

—¿Crees que está en peligro?

—Creo que, con Dragos en prisión y todo lo que se le va a venir encima, hará lo posible por dar con ella.

—No iré a...

—Con él, nunca se sabe. Si piensa que su testimonio puede perjudicarlo, quizá se lo plantee. Si te busca es porque cree que sabes dónde está.

—Estaba en Córdoba la última vez que hablé con ella. No sé nada más. Sólo que aparentemente está bien.

—Gracias, Elisa. Algo es algo. Cuídate.

—Él me cuida siempre. —Sonrió dirigiendo la mirada hacia atrás, en dirección al hombre que las seguía en un discreto segundo plano.

—Me alegra mucho haberte visto bien. Ten, éste es mi número. Si te hace falta algo, sólo tienes que llamarme. No pierdas el contacto, por favor.

—Lo intentaré. —Sonrió mientras le daba un abrazo.

Trudy se marchó con el corazón roto; esa mujer se merecía que la dejaran en paz, pero, al parecer, el fuego del Dragón era difícil de extinguir.

* * *

Al llegar allí donde había dejado el coche y a Ferrer, le contó la breve conversación que había mantenido con Elisa.

—Está claro que tenemos que avisar a Benji. Tereza se merece saber qué fue de él y él sigue buscándola.

—Parece que nunca se va a terminar esta pesadilla.

—Acabará, Trudy, me encargaré de poner fin de una vez al Dragón, le cortaré la cabeza.

—Ese honor será para mí, confórmate con cortarle la cola. —Sonrió.

Ferrer la besó con pasión, aunque también con temor, porque presentía que se verían envueltos, de nuevo, en algo peligroso y, pese a que había aprendido que no podía frenar el espíritu de Trudy, eso no significaba que no tuviese miedo a perderla. Y el miedo era un sentimiento que no le gustaba tener y, por eso, iba a poner fin al maldito Dragón.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, ésta es la parte más difícil de escribir para mí, porque tengo tanto que agradecer y a tantas personas que creo que nunca doy las gracias lo bastante.

En primer lugar, a mi editora guerrera, Esther Escoriza, por darme una oportunidad desde el principio, por estar ahí cuando me ha hecho falta y por confiar en esta serie que, para mí, es tan especial. También quiero mencionar aquí al resto del equipo de Editorial Planeta, por su infinita paciencia y por escuchar siempre mis opiniones.

En esta ocasión, también deseo agradecer la colaboración de dos personas que me han ayudado a esclarecer algunas dudas sobre las quemaduras: Mari Carmen Fernández Muñiz, por aguantar esa larga larga charla telefónica con tanta entrega y cariño, y a mi compañera Mimmi Kass, por echarme una mano en algunas cuestiones médicas.

A mi familia, gracias por estar siempre ahí, al pie del cañón, apoyándome en cada una de mis locuras; sobre todo a mi marido, al que espero, algún día, poder regalarle ese Jaguar que tanto ansía, aunque de momento se va a tener que conformar con uno de la juguetería. ☺

A Santi; gracias por ayudarme con las dudas que tenía sobre algunos aspectos de los homicidios y el desarrollo de algunas cuestiones policíacas.

A Rafael Soto, por dejar sin reparos que le tome el nombre prestado.

A mis niñas del desayuno antiestrés, porque sin ellas quizá ya hubiese tirado la toalla. Gracias por ser implacables conmigo y conseguir que, cada día, me esfuerce más.

A mis queridas Paola C. Álvarez, Dama Beltrán y García de Saura, porque sois una parte importante de mi vida y la tabla a la que me agarro para salir a

flote en esos momentos en los que el agua parece llegarme más arriba del cuello.

Y un último gracias, no por ello menos importante, a todas mis lectoras, por el apoyo, por los privados para contarme qué os ha parecido cada historia, por los comentarios... Gracias a todas, porque sin vosotras nada de esto sería posible. Gracias.

BIOGRAFÍA



Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*, por lo que está considerada como una de las promesas de la literatura romántica con más futuro. En la

actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.alissabronte.webs.com

Puro acero
Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Improvisor / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-17858-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

